

## Operación Drácula

KRK ediciones  
Colección Valkenburg

CUBIERTA: XXXX

FOTO DE AUTOR: XXXX

AL CUIDADO DE LA EDICIÓN: CELESTE SÁNCHEZ MARTÍNEZ

Pilar Sánchez Vicente

# Operación Drácula

EDICIONES  
KRK

2010

© Pilar Sánchez Vicente  
© KRK ediciones. Álvarez Lorenzana, 27. 33006 Oviedo  
[www.krkediciones.com](http://www.krkediciones.com)  
ISBN: 978-84-8367-XXXX  
D.L.: AS-XXXX  
Grafinsa. Oviedo

# Índice



## Operación Drácula



Me gusta marcar a las nuevas, no sólo desvirgarlas. Es una forma de decir a los que vengan después: «Cuidado. Es propiedad». Y ellas saben así también a qué atenerse, quién es el amo. Es mi ganado, al fin y al cabo, reses de buena planta, dóciles, ésa es la base del negocio. En escasas ocasiones el ritual se me escapa de las manos y no por mi culpa. O no del todo. Si son listas callan o protestan lo justo para ponerme cachondo. No se pueden quejar, el alcohol desinfecta y la saliva ayuda a cicatrizar los cortes. Me calienta sobremanera el sabor salado y metálico de la sangre, a mar y a hierro, fundido con el aroma a madera del buen güisqui de malta. Sofisticación total. Como corresponde. ¡Y después quedan tan mansas...! Perras en celo, eso son las mujeres.

Pero siempre hay alguna zorra imbécil, como ésta, empeñada en gritar y resistirse. ¡A mí! El estúpido de Viorel le puso una dosis menor de lo habitual en el champán. ¡Qué forma de malgastar el Moët-Chandon Brut Imperial! La amordazamos y, aun así, pataleaba desbocada. Si le quitábamos la venda la oiría todo el vecindario, así que le mantuvimos la boca tapada mientras le demostrábamos quién mandaba. Y lo aprendió, vaya si lo aprendió, seguramente no hubiera sido necesario hacerle tragar después otro medio frasco. Viorel no tiene remedio. Siempre se lo repito: el secreto está en la justa medida. Y lo intenta, es buen chico pero un poco extremista, se pasa o se queda corto. Entre tanto la nieve había ido bajando, un tiro tras otro. Rayas grandes, buena farlopa, digna de un rey. Nada de esa mierda cortada que pasan los camellos por las

esquinas. Ciertamente, ya llevábamos encima lo nuestro. Quizá por eso perdimos el control. O no. Ella fue la única culpable de lo sucedido. La muy puta.

ESPAÑA, MADRID.  
Lunes, 5 de octubre de 2009. 09.00 horas

—¿Da su permiso, comisario?

Antonio golpeó dos veces con los nudillos en la puerta entreabriéndola a la par y sus ojos verdes asomaron por la rendija mostrando curiosidad. Con idéntica actitud, Sara lo observó desde la silla. Era un hombre alto y el uniforme remarcaba su aspecto atlético, apenas desvirtuado por una incipiente barriga. Tenía la voz grave, profunda, y las canas teñidas excepto en las sienes. Contribuía a su atractivo una sonrisa seductora y resabiada, ejercitada a fuerza de imitar a los galanes de las películas de Hollywood, especialmente a George Clooney, de quien había copiado el rictus irónico y ladeado en su afán de identificarse con él. Contempló a Sara de arriba abajo, sin disimulo, mientras se ajustaba el cuello de la camisa. Ella lo miró fijamente, sin dejarse intimidar por su descaro.

—Adelante, Antonio, adelante. Te presento a Sara Ocaña Pedrera, inspectora. Ya te comenté ayer su impresionante currículo y su especialización. Antonio es también inspector-jefe, trabajaréis juntos en este caso.

Sara se levantó cortésmente y Antonio se le plantó de un salto delante sin perder el gesto. Se estrecharon la mano sin pestañear y, al sentir la sacudida en su brazo, exclamó sorprendido, interrumpiendo a la mitad la ampulosa reverencia iniciada:

—¡Caray! ¡Estás en forma!

¿Era fruto de su ilusión o la mujer había esbozado una sonrisa? Complacido, la analizó sin reparos. El pelo cortado a cepillo y recién teñido de rojo remarcaba sus rasgos angulosos y el filo de su

mandíbula seria y apretada. Se salvaba de transmitir una dureza implacable por el brillo de sus enormes ojos atigrados, expresivos y profundos, tras los cuales se intuía la ternura agazapada. Era musculosa, sin un gramo de grasa de más, y casi tan alta como él. Tenía un moreno natural, fruto del deporte al aire libre, y Antonio se alegró de haber ido el día anterior a la lámpara en el gimnasio. Recién cumplidos los cincuenta, cuidaba mucho la apariencia y, aunque se negara a hablar de la crisis de edad, empezaba a estar obsesionado con mantenerse joven. Había consultado los precios por Internet en varias clínicas que prometían estiramientos faciales milagrosos y, después de un inesperado gatillazo, ya no acudía a ninguna cita sin llevar la todopoderosa pastillita azul de Viagra en el bolsillo. Aunque jamás pensara confesar ni lo uno ni lo otro.

—Compartiréis despacho, os conviene llevaros bien. ¡Y espero resultados! Este asunto está ocupando la primera plana de todos los periódicos y ya sabéis lo que eso significa. Toni, si no tienes bastante personal, comunícamelo, no escatimaremos en recursos ni en refuerzos; ya se lo he comentado a Sara y ésa es la razón de su presencia entre nosotros. Hemos de agradecerle su disposición, ha venido en cuanto la hemos llamado.

Sara le correspondió con una inclinación de cabeza y Antonio se dio cuenta de que no le había escuchado decir todavía una palabra. Lo sorprendió su timbre, grave y profundo, cuando se despidió del comisario. Al quedar solos tras la puerta cerrada la tomó por el brazo con familiaridad.

—Tú también puedes llamarme Toni...

Sará se soltó educadamente.

—¿Comentamos las diligencias ahora? —dijo por toda respuesta clavando en él sus pupilas ambarinas.

Un tanto cortado condujo sus pasos en silencio hacia un despacho cercano.

—Éste es mi cubículo —anunció con orgullo.

La habitación, con las paredes pintadas de verde, estaba amueblada con una mesa de pino macizo, lustrosa pese a su evidente antigüedad, bajo un retrato descolorido de Juan Carlos I. A la izquierda un archivador metálico gris, sobre el cual los papeles se apilaban alcanzando el techo. A la derecha, delante de la ventana, habían colocado otra mesa para la nueva ocupante, más reducida y a juego con el archivador, aunque se veía por la profusión de rayones en su superficie que habían hincado los codos en ella numerosos funcionarios antes. También la silla se mostraba ajada por el uso, sobre todo en comparación con el ergonómico sillón sobresaliente detrás de la mesa principal. Antonio quiso disculparse, aunque bien se había asegurado de colocarla en una situación de franca inferioridad:

—El material no es nuevo, ya lo ves. Aquí el presupuesto no da para tanto. La silla me la ha prescrito el médico de Salud laboral, tengo frecuentes problemas de espalda...

—No te preocupes. ¿Empezamos ya o tienes algún quehacer más importante? —señaló el reloj de pared con la bandera de España que flanqueaba al monarca marcando las nueve y cuarto de la mañana.

Sin responderle, Antonio cogió tres voluminosas carpetas que reposaban encima de su mesa y se las puso en las manos.

—Aquí están el atestado y las diligencias. También la copia del informe forense y los informes periciales de la policía científica. No hay indicios ni conclusiones, estamos atascados. Tal vez como ahora estás tú aquí...

Haciendo caso omiso de su retintín, Sara ocupó la mesa destinada para ella, colocando con cuidado la chaqueta en el respaldo de la decrepita silla antes de sentarse.

—Si no te importa...

—¡No, por favor! Ponte cómoda, estás en tu casa. ¿Quieres un resumen? —preguntó diligente al verla sacar las gafas de su funda y disponerse a ordenar los folios.

—De acuerdo —dijo poniéndoselas mientras agrupaba los documentos.

«¡Jesús, qué mujer más seca y estirada!», pensó mientras carraspeaba dudando cuál sería el mejor punto de inicio. No quería quedar mal ante ella, venía avalada por un reconocido prestigio como investigadora y no iba él a ser menos. Al observar su titubeo, Sara levantó la vista y se le anticipó.

—Te diré los datos que conozco. Dos prostitutas aparecen salvajemente asesinadas en el corto plazo de tres días en un lugar nada frecuente: el barrio de Salamanca, en pleno centro de Madrid. Ninguna tiene antecedentes ni lleva documentación encima. Lo único claro es su nacionalidad.

—Efectivamente. En principio son rumanas, por eso estás tú aquí —repitió adulator.

—Sí. Por suerte o desgracia la delincuencia rumana se ha convertido en mi especialidad —buscó las fotografías entre los papeles y las barajó detenidamente antes de mostrárselas con el ceño fruncido—. Algo no encaja... Son demasiado jóvenes, sobre todo la primera, y muy guapas. Sus chulos no tendrían por qué querer acabar con ellas, es como matar a la gallina de los huevos de oro. Normalmente las secuestran, las atemorizan, las amenazan y si las golpean es donde les duela pero que no deje marcas, por ejemplo, en el vientre. ¿Qué pudieron hacer para merecer este fin? —no pudo evitar un deje de disgusto en sus palabras.

—La primera es menor de edad, los análisis lo demuestran —extrajo un juego de fotos marcadas con el mismo código y separó un par de ellas—. Murió desangrada, tiene marcas de cuchilla de afeitar por todo el cuerpo, especialmente en el pecho y las

nalgas —señaló las heridas con una uña pulida y bien cortada—. El forense dijo que antes de morir había sido violada al menos por dos sujetos. Tenía restos de semen en la vagina, el ano y la garganta. No puede asegurar si fueron uno primero y otro después o los dos a la vez, en todo caso no hubo separación temporal entre ambos. Lo único evidente es que murió en otra parte; si éste hubiera sido el lugar del crimen se hubiera encontrado mucha más sangre. El cadáver estaba aún caliente cuando un vecino tropezó con él a las seis de la mañana, al salir a trabajar en su horario habitual. Como puedes observar, apareció totalmente desnuda.

—¿La limpiaron antes de depositar su cadáver en la acera? No tiene sangre coagulada ni postillas en los bordes... —indicó la piel cruzada por numerosas y finas rayas.

—No te lo vas a creer, le mojaron las heridas con alcohol antes de lamérselas.

—¿Alcohol? ¿Desinfectante?

Antonio rio divertido. La había pillado desprevenida.

—¡Buen güisqui y mejor cava! Bebieron de ella como de una copa, algunas rajadas incluso presentaban el hematoma exógeno producido por la succión. A esos cabrones les gusta la sangre. Probablemente les excitara hacerle pequeños cortes, chuparla mientras la follaban, verla sangrar y gritar, aunque encontraron partículas de fibra en la boca, señal de que estuvo amordazada. En la sangre se halló una cantidad importante de Rohipnol, con suerte apenas sería consciente de lo sucedido y se desmayaría antes de morir. Al principio se barajó que hubiera sido víctima de un ritual satánico o exorcista, pero esa idea ya ha sido desechada, sobre todo al aparecer la segunda víctima.

—¿También fue acuchillada? —tomó entre sus manos el otro bloque de fotos mirándolas detalladamente—. No lo parece...

En una el rostro de la mujer ocupaba un primer plano de 25 x 30. Su pelo rubio, apelmazado por la sangre negruzca y reseca, le cubría en parte la cara, absolutamente deformada. Mostraba rotos los pómulos y la nariz, las cejas y los labios reventados, un globo ocular hundido y el otro tan hinchado que apenas se distinguía la ranura del ojo. El conjunto le confería una apariencia extraña, monstruosa. En las siguientes imágenes el cuerpo no presentaba mejor aspecto. Lucía una escueta falda negra y un top rosa, a juego con unas relucientes sandalias de altísimo tacón, tiradas al lado de los pies descalzos. La carne a la vista presentaba contusiones y desgarros en toda su superficie y el brazo derecho se doblaba artificialmente hacia fuera, claramente roto y desencajado.

—Con ésta se ensañaron a golpes hasta matarla. Es mayor que la otra, unos treinta años.

—No veo un patrón común.

—No lo hay, excepto la saña y su común nacionalidad. Y el lugar donde se deshicieron de ellas.

—¿Nadie reclamó su desaparición? ¿Preguntasteis por la Casa de Campo? ¿Registrasteis burdeles? ¿Algún confidente cantó?

—Nada —negó rotundo—. Es como si nadie las hubiera visto, ni las conociera, aunque no podemos descartar la ley del silencio imperante en estos pagos, la *omertà* no es sólo siciliana...

—Tal vez acababan de llegar a España... —observó de nuevo las imágenes con respetuoso silencio—. Volvamos a la menor. ¿Dices que le chuparon la sangre?

—Como los vampiros.

Aquel comentario despertó los recuerdos en la mente de Sara. Revisó una y otra vez las fotos y se recostó hacia atrás en la silla cerrando los ojos, con las manos extendidas sobre la mesa. La luz a sus espaldas iluminó su cabeza con una roja aureola mientras hablaba.

—Hace siete años yo estaba en Valencia. Aquella noche teníamos proyectada una redada en un club de las afueras, donde sabíamos por un soplo que había varias rumanas ilegales retenidas por la fuerza. Cuando llegamos el local estaba vacío, las copas medio llenas y los cigarros humeantes. Alguien les había avisado. En una de las habitaciones encontramos atada a una chica, una muchacha joven semiinconsciente y malherida a punto de desangrarse. Pretendimos detenerle la hemorragia, pero fue inútil, falleció antes de llegar la ambulancia. Intenté que denunciara a alguien, que me dijera quién había sido... Sólo pudo musitar un nombre antes de expirar como un pajarillo: Dracul.

—¿Dracul? ¿Drácula? —la miró incrédulo y Sara asintió con resignación. Siempre que pronunciaba aquel nombre la gente la miraba como si hubiera extraviado el juicio.

—Oíste bien. Aquello fue motivo de grandes chanzas entre los compañeros, hasta que el jefe nos leyó el informe del forense. Había sufrido cortes y heridas muy similares a las de ésta y su verdugo le había ido chupando las heridas a medida que se las infligía con una maquinilla de afeitar desechable, una Gillette Plus que apareció tirada en una esquina, roja como su ropa interior. Presentaba, además, incisiones de dientes en el cuello.

—¡Ésta también tiene mordiscos en la garganta!

—Sí, me he fijado... —continuó absorta en el relato—. Era una pobre muchacha sin papeles en medio de una redada fallida por un chivatazo desde dentro. Alguien se negó a destapar la olla y ¡no pasó nada! No se investigó, ¿te das cuenta? Se le dio carpetazo, así, sin más. Los más capullos hicieron chistes de vampiros en el café durante un tiempo y ahí quedó la cosa —le dolía aquel caso pendiente a las espaldas, su primer encontronazo con una realidad enfrentada a la cuestionable equidad de la justicia. Era como tenerlo delante de nuevo. Prosiguió, ahora ya en otro tono—. En el 2006

formé parte de un operativo conjunto entre la policía de Rumanía y la de España. De aquélla entré en contacto con Razvan, uno de los mejores policías que he conocido. Un tío legal y honrado, además de eficaz; en un momento dado, puede servirnos de ayuda. Cuando acabó la misión nos fuimos a comer de despedida y le hablé de aquella mujer muerta y de su última exhalación. Entonces no me dijo nada, pero semanas después me llamó desde Rumanía. Había hablado con un amigo suyo y obtenido una información asombrosa: si no ha muerto, el tal Dracul existe en realidad: era o es el alias de uno de los socios de Nicu Ceaucescu, el hijo del dictador, ¿te acuerdas?

—Pero ése ya murió, ¿no? Recuerdo haberlo leído en los diarios... Era alcohólico, creo.

—Sí, y tenía fama de depravado. Venía a ser algo así como el Calígula de los romanos. Él y sus privilegiados amigos componían un grupo de lo mejorcito: alcohol, drogas, violaciones, secuestros... Hacían cuanto les venía en gana y vivían en una permanente orgía. Presumiblemente, salieron todos del país a principios de los noventa, en la diáspora producida tras la caída de Ceaucescu, y se repartieron por Europa. Rápidamente pensé que tal vez Dracul hubiera recalado en España e indagué por mi cuenta, pero no conseguí resultados y abandoné, enseguida nuevos casos me absorbieron —meneó la cabeza compungida—. Todavía sueño con ella, la tengo en mis brazos y se va, y no quiero perderla. Grito para despertarla y soy yo a la que despiertan mis gritos. Si hubiera vivido un minuto más... —rechinó los dientes—. Juré entonces atrapar a aquel cabrón y con la misma solemnidad te juro, Antonio, que ésta es su firma.

—Hablas del 2002 y ahora estamos en el 2009, no me cuadran las fechas. Un sádico que disfruta rajando a las mujeres y sorbiendo su sangre no tardaría tanto en atacar de nuevo; por regla gene-

ral, los homicidas sexuales se envician, se crecen y necesitan cada vez más...

—Efectivamente, tanto tiempo transcurrido entre una y otra no se corresponde con el patrón de un asesino en serie —reconoció con desilusión Sara—. Tal vez le ha salido un imitador...

—Además, en este caso, no fue uno solo, se identificaron dos tipos de semen distintos.

—¿La segunda también fue golpeada por dos personas?

—No, en su caso los golpes parecen propinados por la misma mano. Y no presenta signos de haber sido forzada, ni rastro de semen.

—¿Bandas rivales, quizá? ¿Una *vendetta*?

—Lo sabríamos, alguien habría cantado.

—¿Los crímenes fueron cometidos al aire libre o en un espacio cerrado?

—No hay tierra ni verdín en ninguno de los dos cuerpos, por ello dedujimos que los hechos tuvieron lugar en un espacio cerrado, una habitación; la segunda presenta golpes producidos al chocar contra una pared blanca y seguramente contra parque, se encontraron muestras de pintura y barniz en la cabeza.

—¿Algún resto coincidente en ambas?

—Nada, la primera deducen que fue violada y asesinada sobre una cama o un colchón.

—¿Los lametazos pueden ser de animal?

—Animal sí, pero humano. Y anticipándome a tu pregunta, te diré que el ADN de uno de los fluidos coincide con el de la saliva y no está recogido en ninguna base de datos. O no está fichado o lo estuvo antes de que se recogieran muestras genéticas.

—¿Comprobasteis las similitudes con otros delitos sexuales?

—¡Por supuesto! Conseguí una autorización para acceder directamente a *Clara*, ya sabes, el ordenador central de la policía donde

se almacenan todas las bases de datos estatales, el sustituto de *Berta*. Y ni rastro. Puedes volver a repetir tú las búsquedas, si quieres —Antonio estaba ya harto del interrogatorio y lo dejó translucir—. ¿Acaso piensas cuestionar mi trabajo? ¿O me tomas por un incompetente?

—Tranquilo, intento únicamente descartar todas las posibilidades. No estoy aquí para auditarte, sino para colaborar —no quiso indisponerse con él el primer día—. Seguramente están aquí todas las respuestas, pero las prefiero tamizadas por tu fino olfato —esperaba no parecer sarcástica, pero ante su sorpresa a él le agradó el comentario.

—Está bien —dijo esbozando su mejor sonrisa perdonavidas—. ¿Algo más?

—Sí, ¿puedo usar tu ordenador hasta que instalen el mío?

—Sin problemas. ¿Tienes alguna idea de por dónde empezar?

—Si semejante violencia transcurrió dentro de un domicilio, alguien debió escuchar algo, sobre todo en el segundo caso dado que la primera estaba drogada y amordazada. ¿Recogisteis información entre los vecinos? ¿Pudo haber ocurrido en el propio barrio de Salamanca?

—O allí, o cerca, no transcurrió ni una hora desde el óbito hasta su descubrimiento en ambos casos. Hicimos un llamamiento a la colaboración ciudadana, sin resultados. Únicamente los chiflados de turno que aprovecharon para denunciar al vecino por la música alta.

—No se puede masacrar así a dos personas sin producir ruido alguno...

—En un chalé aislado tal vez.

—O en un recinto insonorizado... En fin, las posibilidades de encontrar el lugar por nuestros propios medios son mínimas, esperamos que den un paso en falso o alguien se decida a colaborar. De

momento voy a leerme las diligencias con detenimiento y luego me gustaría ver los sitios donde se encontraron los cadáveres.

—Cesáreo te acompañará, es mi hombre de confianza, un joven recién incorporado. Será rápido, están a unos pocos metros de distancia uno de otro. Revisamos las casas adyacentes, fuimos a los pisos uno por uno, pero ni siquiera los guardias de las urbanizaciones, que se supone pasan la noche en vela, se percataron de nada extraordinario. ¡No sé para qué les pagan! También requisamos las cintas de las cámaras de seguridad de los edificios con iguales resultados: borrachos, alguna pandilla, parejas... ningún sospechoso. Puedes visionarlas si quieres.

—Gracias, lo haré —centró su vista en el primer informe y notó que él continuaba de pie en el centro de la habitación—. ¿Sí? —preguntó sin levantar la cabeza.

—¿Quieres salir a cenar esta noche?

Sara prorrumpió en una carcajada.

—Sin acritud y con respeto, inspector jefe, pero te precede tu fama de... conquistador —se cortó de decir ligón—. Ya me advertieron antes de venir. Y quiero advertirte que conmigo pinchas en hueso.

—¡Vaya! —frunció el ceño con fingido disgusto—. Creía mantener en secreto mi vida privada. ¿Y qué más te dijeron?

—Nada más.

Suspiró con ostentoso alivio y una sonrisa irónica.

—Pues tú debes de ser una mujer muy reservada porque no conseguí obtener ningún chisme de ti...

—¡Contigo sucede al contrario, estás en boca de todos... bueno, de todas! —eso amplió la sonrisa de Antonio, henchido de orgullo. No le disgustaba en absoluto la fama de picaflor, arduamente labrada—. De momento estoy alojada en un hotel y hoy no tendré mucho tiempo para comer, no me importará cenar contigo mien-

tras seguimos hablando del caso... como algo extraordinario y sin que sirva de precedente.

—De acuerdo, considerémoslo una cena de trabajo.

Interpretando la concesión como una rendición a sus encantos, notó cómo le subía la autoestima, vapuleada con tanta pregunta sin respuesta. Tal vez aquella tía no fuera tan petarda como aparentaba. Abandonó la habitación erguido de nuevo sobre el pedestal de su vanidad, volviéndose antes de salir con su mejor sonrisa, convencido de pillarla adorando su espalda. Sara, enfrascada en los papeles, ni lo miraba.

ESPAÑA, TOLEDO.  
Lunes, 5 de octubre de 2009. 10.00 horas

—¡Ylenia! ¡Está sonando el timbre de la tres! Hoy doña Carmen se ha despertado torcida, ve tú a atenderla...

La aludida terminó de guardar las sábanas planchadas en el armario con un suspiro. Le daría unas gotas de calmante con el café de media mañana. Doña Carmen tenía un humor de perros y con un mal día podía hacer la vida imposible al resto de residentes. En más de una ocasión les había lanzado objetos a la cabeza, incluso una vez atropelló con la silla de ruedas a Edelmira, su eterna rival por las galletas de la merienda. La pobre Edelmira rompió una cadera en la caída y estuvo tres meses ingresada. No regresó al centro y de milagro la familia no les puso un pleito a las monjas. Miró por la ventana al jardín. Los válidos ya habían salido a dar un paseo tras el desayuno. La costumbre había fijado el invariable circuito de cada uno, marcado inevitablemente en los extremos por el elevado muro que delimitaba el edificio y les impedía la salida. Situado en la cuesta de Los Cigarrales, desde las habitaciones del piso superior se veía Toledo con el inconfundible Alcázar siempre en obras. Era un lugar apacible, tranquilo, uno de los preferidos por las familias bien de Castilla-La Mancha para encerrar a sus viejos cuando no podían hacerse cargo de ellos. Para los inválidos, aquella Residencia de las Hermanitas del Perpetuo Socorro era un lugar ideal, pero Ylenia sentía conmiseración por los que regían bien de la cabeza y eran autónomos: cuando los veía dar vueltas por el jardín no podía evitar pensar en una pecera. No había nada más penoso.

—Encerrarlos en una pecera es un crimen. Los peces han de estar en su elemento natural, cumplen su función en el agua, son la prueba de la vida. Sólo es admisible pescarlos como sustento, al fin y al cabo somos humanos, y nuestra especie también necesita alimento para reproducirse.

Vamos en coche camino del delta; yo le escucho con atención mientras Lavinia, a mi lado, se pinta las uñas ausente, protestando por los baches en voz baja. Papá odia los zoológicos y cualquier forma de cautividad animal. El afamado biólogo Catalin Popescu intenta inculcarnos a sus hijas en toda ocasión el amor por la Naturaleza y yo bebo sus palabras con admiración. De mayor quiero ser como él, no hay nadie mejor que papá, una persona tan inteligente y buena. Comparto sus explicaciones sobre el ecosistema, y no entiendo por qué mi madre se empeña en considerar tan encomiables principios una obsesión.

—¡Catalin! No estás dando clase ahora. ¿No podemos tener el viaje en paz? Eres muy pesado... ¿Tú crees que las niñas te están atendiendo?

—A mí me gusta lo que dice, yo le entiendo —la contradigo.

—Pues a mí me aburre siempre el mismo rollo —ésa es Lavinia.

Mis padres se conocieron en Bucarest siendo estudiantes, tal vez sentirse solos y extraños en una ciudad tan grande los unió. Ella era oriunda de Sibiu, la capital de Transilvania, y él de Tulcea, la puerta del Danubio. Son tan diferentes como sus paisajes de origen, pero se quieren de verdad. Es tradición veranear un año en cada lugar, aunque a padre ya no le queda familia en Tulcea. Madre sí, todavía tiene dos hermanas, mis tías, en Sibiu. Y aunque nuestra casa familiar está en Bucarest, en los viajes siempre compiten por ver cuál es el mejor lugar para vivir:

—Es un dolor el abandono que sufre Transilvania, el corazón de la vieja Europa. La están sobreexplotando con tanta cantera y en cambio tienen el campo abandonado —dice mamá dolida.

—Ni comparable a sus pretensiones con el delta, eso sí que es un delito de lesa naturaleza —responde mi padre—. ¿Te das cuenta lo que supone desecar los canales del Danubio para dedicarlos a un pretendido uso agrícola?

Los dragados efectuados por nuestro presidente, el Conducator, salen a colación en casa a diario. Mi padre, profesor de Biología en la Universidad de Bucarest, es un reconocido activista. No conozco bien el significado de ese término, pero Ane-Marie, nuestra vecina, dice que sólo nos ocasionará problemas y, en cierto modo, ya lo ha hecho. La última vez que intentó paralizar las obras con un grupo de profesores y estudiantes pasó tres meses en la cárcel, acusado de rebelión contra el Estado, incitación a la violencia y no sé cuántos cargos más. Consiguió salir merced a la influencia del rector. Tres largos meses sin verle ni saber de él. Eso hubiera debido disuadirle, pero al contrario, ahora se dedica a esta causa con cuerpo y alma, no habla de otro tema.

—Calla, Catalin, calla. ¿No tuvimos bastantes disgustos ya? ¿Y si a las niñas les da por repetir tus argumentos?

—Mis niñas son muy listas —contesta padre orgulloso, guiñándome un ojo a través del espejo retrovisor.

Yo le devuelvo el guiño acompañado de una amplia sonrisa cómplice. Lavinia ni lo mira.

. . .

—¡Llevo picando al timbre toda la mañana!

—Lo siento doña Carmen, estaba en el cuarto de la ropa...

—Me tenéis abandonada, con lo que cuesta este antro al mes...

¡Es una vergüenza! Tengo mis derechos...

Ylenia la ayudó a incorporarse sin prestarle mucha atención. Bien conocía el reiterativo discurso.

—No se puso la dentadura, doña Carmen.

—No la encuentro. ¡Ya me la robaron otra vez!

—Doña Carmen —dijo con paciencia la muchacha—, nunca se la han robado, el problema es que la guarda cada noche en un sitio distinto y por las mañanas no se acuerda...

—¡La escondo para que no me la roben! ¿Eres tonta o qué, niña?

No pudo evitar sonreír. A sus treinta y dos años ya no era una niña, pero para aquellos ancianos seguía siéndolo. Ayudaba a ello su frágil aspecto y la voz suave, con tintes infantiles y un poso de sonoridad extranjera. Menuda y desgarrada, carente de curvas bajo la bata blanca, bien podía pasar por una adolescente. Pese al calor reinante y al tórrido sol toledano tenía la piel muy blanca, casi transparente, y solía llevar el pelo, rubio ceniza, recogido en una cola de caballo o una coleta trenzada, aparentando menos edad todavía. Seguramente por eso era la preferida de los abuelitos, como ella los llamaba, que la veían como una hija.

—¿Quiere salir a dar una vuelta por el patio? —preguntó cuando ya la tenía acomodada en la silla, tras haber recuperado la dentadura postiza, oculta bajo el colchón.

—Prefiero ver la televisión, a esta hora echan ese programa de médicos tan bueno. Y hoy hablarán de los infartos, el día menos pensado me da uno a mí.

Ylenia se abstuvo de decirle que ese programa la perjudicaba, pues, reconocida hipocondríaca, veía en sí misma los síntomas de todas las enfermedades tratadas. Seguramente por la noche sonaría el timbre y habría que atenderla al borde del colapso. Sin embargo, y pese a la invalidez de sus piernas, gozaba de una salud de hierro para sus ochenta años. Sor Basilisa, la hermana superiora, solía decir que las enterraría a todas. Llevaba en la residencia cinco años y durante ese tiempo ya habían sido sacados de noche, para no impresionar negativamente a los residentes, más de diez ancianos muertos. Y una monja. Algunos vivían permanentemente enchufados a una botella de oxígeno y otros podían considerarse

vegetales, pero a los ojos egoístas de la anciana ninguno padecía tanto como ella. Ylenia intentó explicarle un día que lo suyo era pecado de soberbia y que si sintiera más compasión por los demás y se preocupara menos de sí misma, otro gallo le cantaría. Pero se puso hecha una fiera e incluso la acusó ante la hermana superiora de llamarla mentirosa. Desde entonces se abstuvo de volver a cuestionarla. Cuando la dejó sentada frente al aparato, con el presunto médico en pantalla, volvió a sus quehaceres de rutina.

. . .

—Ylenia, ¿de verdad no quieres estudiar una carrera? Eres una chica lista. O dedícate a la música, se te da bien tocar el violín, como a tu madre; podrías entrar en el conservatorio... El dinero no es problema para mí, ya sabes.

—Gracias, Alicia, pero ahora que he cumplido los dieciocho las hermanas me han ofrecido la posibilidad de trabajar con ellas en la residencia y he aceptado su proposición. Eso me permitirá independizarme.

Alicia, afamada pianista, siempre insiste sobre lo mismo, tal vez con mala conciencia por haberme metido interna en este colegio de monjas en Toledo al año de tenerme consigo, incapaz de hacerse cargo de aquella niña flacucha que había aterrizado en su vida. Después del entierro de mi padre, mamá decidió sacarme del país; la sensación de peligro se había instalado sobre nuestra familia y hasta yo era capaz de percibirla. Mucho lloré en el trayecto hacia esta tierra extraña, un viaje interminable y solitario en un renqueante autobús que tardó cuatro días y varias fronteras en llegar a Madrid. En la estación me esperaba ella, la música de prestigio mundial amiga de mi madre. No se imaginaba entonces que, tras la repentina muerte de mamá y la desaparición de mi hermana Lavinia, la buena mujer se convertiría en mi única familia. Y yo pasé de ser un inconveniente transitorio a un permanente quebradero de cabeza para su impenitente y viajera soltería.

*Viene a verme cuando recalca en España y siempre insiste en proporcionarme una educación superior. Pero yo no quiero depender de ella ni de nadie. Y, aunque lo intenta, soy incapaz de considerarla una madre sustituta. Trabajar con las monjas es una posibilidad que se nos ofrece a las internas y a mí me parece una gran oportunidad, la mejor forma de no deberle nada a nadie. Habita en mí el espíritu orgulloso de mi padre, lo reconozco. Deseo permanecer para siempre en este retiro idílico, espiritual, en la bella e histórica ciudad de Toledo.*

. . .

Atendió a los proveedores distraída y siguió ausente mientras distribuía el pedido por los armarios de la cocina. Las monjas trajinaban en silencio, preparando la comida en los fogones. Una le ofreció un pincho de jamón al paso.

—Hija, come algo, tienes aspecto de desnutrida...

Se lo aceptó sonriente, correspondiéndole con un beso en la mejilla.

—Sabes que mi constitución es así...

Continuó con sus quehaceres, revisando la limpieza de las habitaciones. Salió al jardín a cortar flores y las colocó con delicadeza en un búcaro a la entrada. Se entretuvo conversando con sor Jacinta: el día anterior habían operado a un sobrino de un tumor y no había tenido ocasión de preguntarle por el resultado de la intervención. Ya en la oficina, ordenó los albaranes del día en un archivador, ante la atenta mirada de sor Basilisa, que echaba cuentas a su lado con una calculadora. Estaba sacando brillo al latón de los pasamanos cuando un abuelito la interrumpió con sus quejas sobre el volumen del televisor en la sala de estar. Fue con él a bajarlo, suavizando las protestas de los más sordos con la alternativa de jugar con ella al parchís, propuesta aceptada con sonoros aplausos. La partida se interrumpió con el sonido de la campana llamando al comedor.

. . .

—Ylenia, la superiora te llama.

—¡Querrá felicitarme el cumpleaños!

Cumplo veintidós. En cocina han preparado una tarta y los abuelitos me han cantado el Cumpleaños feliz y escrito una postal entre todos. No he visto todavía a sor Basilisa y espero su felicitación y el humilde, pero no menos esperado, regalo habitual.

—No sé qué te diga...

Subo las escaleras con verdadera curiosidad y entro en su despacho con mi mejor sonrisa, congelada al observar su rostro circunspecto. No se anda con preámbulos.

—Alicia, tu mentora, ha muerto.

—¡Cómo! No puede ser... —me derrumbo en una silla sin poder asimilarlo. Ahora me lo explico. Llevo todo el día esperando su llamada, suele ser madrugadora y nunca ha olvidado mi onomástica.

—Por lo visto tenía un cáncer maligno. ¿No sabías nada?  
Me encojo de hombros atribulada.

—No tenía ni idea, ni lo sospechaba siquiera. Jamás mencionó su enfermedad...

—Sin duda no quiso apenarte... te quería mucho, lo sabes.

—Y yo a ella, aunque nunca llegué a decírselo claramente. ¡Cuánto lo siento! —las lágrimas afluyen con desconsuelo.

—Te ha dejado toda su herencia, eres rica, según me ha dicho su abogado, que acaba de llamar. Tal vez ahora desees regresar a Rumanía...

—Nunca volveré, nada se me ha perdido allí.

—Entonces pondremos el dinero en una cuenta a tu nombre.

—No lo quiero. Lo dono a la institución.

—Ahora piensas así, pero tal vez lo necesites más adelante.

—Tengo mis ahorros.

—No puedo admitirlo, Ylenia, es mucho dinero y es tuyo.

—Alicia se ocupó de mí, a ella le gustaría que lo invirtiera en el bien de otras personas.

—Pensaremos en ello, no te preocupes. Ahora prepárate, iremos a su funeral. Ha pedido ser incinerada y que sus cenizas se entierren en el cementerio de la Almudena, en el panteón donde sus padres descansan. Salimos en una hora hacia Madrid.

Bajo las escaleras sonámbula, sin atender a las felicitaciones. Alicia. ¿Por qué no me dijiste nada? Yo hubiera pasado contigo los últimos días. Los que me quieren me alejan de sí. Todos desaparecen de mi vida sin permitirme despedirme de ellos. Papá, mamá, ahora Alicia. ¿Qué será de ti, Lavinia? ¿Dónde estás?

Después de dar la comida a los viejos, Ylenia se retiró a su cuarto y se tiró rendida encima de la cama, contemplando su colección de muñecas, su único capricho. Destacaba entre todas, en lugar preferente, una de loza vestida con el traje tradicional rumano, blanco y rojo, el único recuerdo que había traído consigo junto con una foto de la familia en los mejores tiempos, enmarcada sobre la mesita. Catalin y Corina Popescu habían tenido dos hermosas hijas y sus rostros, en blanco y negro, reflejaban su orgullo. Elegantemente vestidos para la ocasión, estaban situados en el centro de la cámara, flanqueados por ambas hermanas. Lavinia, la mayor, al lado de la madre y casi tan alta como ella, sonreía coqueta a la cámara con estudiada pose mientras Ylenia permanecía seria, con el brazo de su padre sobre los hombros, estrechando contra el pecho la misma muñeca que ahora la contemplaba desde el estante. Una lágrima antigua rodó por su mejilla, embargando la tarde de melancolía.

ESPAÑA, MADRID.  
Lunes, 5 de octubre de 2009. 20.00 horas

—¿Qué tal te ha ido el resto del día? ¿Ha resultado provechoso?  
—preguntó Antonio cuando se encontraron.

Se habían citado a las ocho en la puerta de un restaurante cercano, situado en una calle perpendicular a la Puerta del Sol. A Sara le había dado tiempo a pasar por el hotel a ducharse y vestía pantalón vaquero y una camiseta de color negro donde se leía en letras blancas *Fuck you*. Aun sospechando que la había escogido deliberadamente, Antonio prefirió obviar el mensaje y se abstuvo de realizar comentario alguno ni darse por aludido. Por la tarde, mientras ella había vuelto al lugar de los hechos en compañía de Cesáreo, había estado curioseando su ficha. Con el pelo aún mojado aparentaba menos de los cuarenta y ocho, pensó envidiando su juvenil aspecto. Él había ido a casa a cambiarse y llevaba también ropa de *sport*, aunque el polo azul marino de **Lacoste** y el pantalón de pinza le prestaban un aspecto más formal.

—Estoy agotada, pero creo haber encontrado algo —comentó en voz baja mientras el camarero los conducía prodigando sonrisas a una mesa reservada, la preferida de Antonio para llevar a sus conquistas. Siempre que el señor venía acompañado, le esperaba una buena propina.

—Como ves —dijo cuando estuvieron ya sentados—, aquí no damos ninguno de los dos la espalda a la puerta —era una costumbre arraigada entre los policías.

—Es un sitio agradable —echó un vistazo distraído alrededor.

—Vengo a menudo, no hay mucha gente y la mayoría son turistas de paso. Te recomiendo la carne.

—Prefiero una ensalada y algo de pescado.

—Los calamares son frescos.

—Me vale. ¿Te gusta el albariño?

—Soy tolerante —era uno de sus vinos favoritos y Antonio encontró una buena señal en ello—. Cuéntame tus avances.

—¿Te das cuenta del asador vasco que hay en la misma acera donde encontraron a la primera chica, un poco más arriba de la calle? —dijo estirando la servilleta sobre sus rodillas.

—Por supuesto, a mi primera mujer le encantaba.

—¿Cuántas tuviste? —le preguntó sorprendida.

—Tres. Y todas me dejaron por ser policía. Así que me conviene una del gremio, por lo menos entendería por qué llego tarde a casa —le guiñó un ojo con malicia.

—Eres incombustible —sonaba a reproche en su boca, aunque él lo tomó como un cumplido.

—¿Tú estás casada? —le preguntó sin perder la ensayada sonrisa.

—Lo estuve, pero estábamos hablando de trabajo —cortó secamente.

—Sólo déjame conocerte un poco —rogó—. ¿Estás separada o viuda?

—Divorciada.

—¿Él te dejó?

—Yo le dejé a él. Y basta ya.

Sara empezó a preguntarse por qué coño había aceptado aquella invitación, habiendo sido advertida de la clase de sujeto que era. La culpa era únicamente suya. Generalmente se manifestaba menos sociable, mas con el tiempo había comprobado que su aislamiento únicamente provocaba recelos y rencores entre los compañeros. En

esta ocasión había decidido romper con sus hábitos, darse una oportunidad, pero ya estaba arrepentida. Menudo idiota le había tocado por compañero. Si a las tensiones propias del transcurso del caso se iban a añadir las de su relación, no lo soportaría. Al ver su gesto torcido, Antonio decidió que no debía tensar más la cuerda de momento.

—De acuerdo. ¿Qué pasó en el asador?

—Es largo de contar, pidamos primero la comanda.

El camarero acudió diligente a la señal y cuando ya les había descorchado el vino y la botella se enfriaba en la cubitera, Sara prosiguió.

—Mientras esperaba a Cesáreo para ir con él al barrio de Salamanca, estuve proyectando las cintas de las cámaras de seguridad de la calle recogidas el día en que apareció muerta la primera chica. Al mediodía, en ese asador, tuvo lugar una extraña reunión. Tal vez no tenga relación con el caso, pero los asistentes a la misma me parecieron suficientemente significativos como para, por lo menos, investigar en esa línea de forma paralela. La cámara, ubicada en la fachada del restaurante, apenas abarca la parte delantera, pero los que acuden al local se identifican perfectamente. Cuando vi a un viejo conocido de la época de Valencia, Stefan, alias K-7, un traficante de armas rumano sospechoso también de trata de blancas, creí conveniente repasar los comensales uno a uno, por si encontraba alguna pista. Y esto fue lo sucedido —Sara se dispuso a hacer un pormenorizado relato de los acontecimientos—. A las dos llegó la primera pareja de hombres. Entre las dos y las dos y cuarto entraron cuatro parejas de similares características.

—¿Maricones?

Puso los ojos en blanco y estuvo a punto de preguntarle si además de machista era homófobo, pero se contuvo, armándose de paciencia. Antonio la miraba impávido y sonriente, sin hacer ademán de disculparse por el comentario.

—Uno de cada pareja era el guardaespaldas, se nota por la forma en que caminan con la mano en el bolsillo, un paso detrás mirando alrededor, sin pronunciar palabra. Por el medio entraron dos matrimonios y un grupo numeroso de hombres y mujeres, sin duda compañeros de oficina, ninguno sospechoso. A las dos y media, un coche negro con los cristales tintados paró ante la puerta. El conductor, un varón sobre los treinta de tez cetrina y pelo negro, largo, liso y abundante, descendió primero y abrió solícito la puerta trasera, por la cual bajó otro hombre con un traje color crudo, al que no pude distinguirle las facciones. Salió del auto inclinado con un escorzo imposible, con un enorme pañuelo ocultándole el rostro. Eso me mosqueó en extremo, ¿sabes? Como si quisiera evitar adrede ser filmado por la cámara. Además, entraron demasiado deprisa, casi corriendo, mañana te lo enseño.

—Tal vez llegaban tarde a la cita...

—Llegaron tarde, efectivamente, la mesa estaba reservada para las dos. Y comieron todos juntos.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó con admiración.

—Salieron dos horas más tarde, de nuevo en parejas separadas y por el mismo orden en que habían entrado en el local. En vista de eso, decidí pasarme por el mismo con Cesáreo a contrastar la información. El encargado me confirmó la reserva hecha por una voz masculina el día anterior de dos mesas juntas pero independientes, una para seis personas y otra para cuatro. Por lo visto, él ofreció preparar una de diez en forma de ele, pero el comunicante lo rechazó. Los dos que llegaron los últimos se colocaron en la mesa de seis, donde estaba Stefan. Ésa debía ser la principal, los cuatro restantes sentados aparte deduzco que eran sus guardaespaldas. El *maître* hubiera jurado, por su acento, que eran rumanos o de países del Este. De hecho, pensó que se trataba de una delegación extranjera, iban elegantemente vestidos y no escatimaron prenda.

Por lo visto comieron lo mejor de la carta, regado con el vino más caro de la bodega: se bajaron cuatro botellas de Pingus —Antonio emitió un silbido admirativo, la unidad no bajaría de mil euros en aquel establecimiento—. El último en salir abonó en metálico una cuenta de seis cifras, añadiéndole una generosa propina. Con la inestimable ayuda de Cesáreo, una joya, todo hay que decirlo, estuve repasando fotos de mafiosos en la comisaría y comparándolas con las imágenes del vídeo. Hemos identificado a cuatro ocupantes de la mesa de seis, uno era Stefan, como te dije, y los otros tienen todos antecedentes, están considerados delincuentes peligrosos, cabecillas de distintas redes de proxenetismo y extorsión. Los últimos en entrar no tenemos ni idea quiénes son. Y tres de los cuatro guardaespaldas han pasado alguna vez por comisaría, acusados de delitos menores. Una vez abiertas diligencias, en los tres casos los denunciantes negaron los hechos ante el juez y se procedió al archivo judicial de las causas.

—Harto sospechoso, sin duda. Y tú crees que están relacionados con nuestro sumario.

—Estoy segura. ¿No te parece demasiada coincidencia para un solo día?

—¿Podemos acusar de algo a alguno de ellos?

—Pagaron religiosamente la comida... —contestó Sara con sorna.

—Hablo en serio... ¿No decías que eran traficantes y mafiosos?

—¿Cuántos mafiosos que conozcas están detenidos? Mafiosos de verdad, no *pringaos* con pretensiones. Suelen ser considerados gente de bien, andan rodeados de famosillos de medio pelo y tienen los mejores abogados. No escatiman el dinero ni los favores y hay mucha gente agradecida. Para pillarlos con las manos en la masa tendría que producirse un golpe de fortuna.

—Es un buen análisis... ¿Te refieres a los rumanos o a todos?

—Hablabas en general, los rumanos tienen su particularidad. A principios de los noventa, tras la caída del comunismo en Rumanía, no sólo salieron del país Nicu y sus amigos. Los peores y más crueles ejecutores de la Securitate,<sup>1</sup> temiendo las represalias, se dieron a la fuga. La mafia española de la Costa del Sol los acogió, pensando utilizarlos y explotarlos en su beneficio. No tardaron en darse cuenta de la equivocación. Atraídos por la facilidad para hacer negocios sucios, fueron llegando cada vez más desocupados y criminales, atados por lazos de sangre para asegurar la lealtad. Ahora dominan el mercado negro de armas, trafican con drogas y mujeres y organizan a los más jóvenes en bandas de ladronzuelos, especialistas en pisos y chalés. Funcionan varios clanes, que actúan por separado, y son frecuentes las disputas entre ellos por el territorio o la competencia, alcanzando incluso al secuestro y asesinato de los rivales. Aunque, a lo largo de tantos años investigándolos, he llegado a la conclusión de que no se trata de una red donde todos los nudos son iguales; más bien han conservado una estructura jerárquica y el lugar más alto de la pirámide lo ocupa un jefe supremo, un caudillo respetado por todos.

—¿Quién es? ¿Lo sabemos?

—¡Qué más quisiera! Nunca he podido demostrar mi tesis. En realidad son solamente especulaciones, sospechas, cabos sueltos atados a partir de las declaraciones, deslices y confidencias de los detenidos. Se tienen repartido el territorio con una organización muy rígida, casi militar. Sólo en ese contexto es deducible un generalato. De hecho, hace ya tiempo que se baraja la posibilidad de que las muertes y los ataques entre sí no sean debidos a la rivalidad, sino a la pretensión de autonomía e independencia.

—¿Intentos de escapar al control de ese jerarca desconocido?

—Algo parecido.

---

<sup>1</sup> Departamentul Securitatii Statului (Departamento de Seguridad del Estado).

—Y crees que ese reyezuelo es el tapado del asador y el asesino de las chicas. Perdona, pero parece una película.

—Esa reunión tuvo algo que ver, estoy convencida —no le gustó su tono y se lo hizo notar con una mirada gélida—. En menos de doce horas apareció la primera muerta a unos metros de allí. ¿Sabes a nombre de quién reservaron la mesa?

Antonio negó con la cabeza.

—Vlad Tepes.

—¿Quién es ése?

Sara lanzó un sonoro suspiro, lamentando que le hubiera correspondido aquel inculto por compañero.

—Vlad Tepes, el Empalador de Valaquia, para muchos Drácula —respondió impaciente—. Era un señor feudal de los Cárpatos que torturaba a sus súbditos y prisioneros de guerra de las formas más crueles imaginables, preferentemente empalándolos, no creo necesario describirte cómo. El método, por lo visto, lo había aprendido en Turquía, cuando estuvo allí prisionero. Y el nombre le provino de su padre, apodado Dracul, por el dragón que lucía en su enseña. En rumano dragón es *dracul*. El mismo nombre otra vez —sintió un leve escalofrío al verbalizar los pensamientos que llevaban persiguiéndola todo el día de forma inconexa—. Reconocerás conmigo que hay demasiadas casualidades sobre la mesa...

—Sobre la mesa está la cena hace un buen rato. Comamos, que se enfría. Además, a ésta la enularon, no la empalaron —se rio con ganas de su propio chiste.

—Conseguirás amargarme la cena con tus soeces comentarios. Me parecen de pésimo gusto.

—Tranquila, era una broma, cenemos.

Se enfrascaron en sus pensamientos mientras daban buena cuenta de los platos. Pese a no haber comido en todo el día, Sara apenas tenía apetito, estaba empezando a hartarse de su nuevo

compañero. ¿No se daba cuenta aquel estúpido de que estaba todo relacionado? Se sentía realmente convencida de su argumento ahora que lo había expuesto. ¿Y si se trataba de un guiño de la fortuna y el asesino de las dos mujeres era el mismo de Valencia? ¿Y si él y el capo que manejaba los hilos de la trata de blancas en España eran la misma persona? Debía tragarse el orgullo e intentar convencerlo.

—¿Te parece procedente que le comente algo al comisario de mis pesquisas? —inquirió tras alabar los calamares y terminar la última copa de vino.

—¡Es capaz de dar una rueda de prensa con una ristra de ajos al cuello! Vale, vale, no te lo tomes tan a pecho —dijo al percatarse de su enfado—. El hombre está sometido a gran presión. Ya sabes, aparecen dos mujeres muertas y esto se convierte en Ciudad Juárez. La oposición, en vez de dedicarse a hacer política, se tira al cuello del ministro como si las hubiera estrangulado con sus manos, el presidente del Gobierno se pone nervioso y a nosotros nos obligan a encontrar un culpable. El comisario es un buen policía y no le resulta fácil. No descartará tu teoría; a mí me parece convincente como punto de partida. Y confirma el nombre que le di esta tarde. Le ha gustado.

—¿Qué nombre? ¿El del asesino? —le miró sorprendida con la copa en la mano.

—Mejor. Un nombre para la operación que se inicia. En tu honor la he llamado Operación Drácula.

—¿Crees que es buena idea? —frunció el ceño—. Quizá te has precipitado...

—Se me ocurrió a partir de lo que contaste de aquella chica en Valencia. Darle un nombre al operativo es fundamental y recuerda que a una le chupó la sangre, se filtró a los periódicos. Y son rumanas. Eso mantendrá entretenidos a los periodistas. Resucitarán

a Bram Stoker, se harán pajas mentales y mientras tanto podremos hacer nuestro trabajo en la sombra.

—¡Podías haberme consultado antes de tomar una decisión de ese calibre! —cada vez se sentía más indignada—. ¿Y si lo ahuyentamos?

—Más bien creo que lo obligaremos a mover pieza y salir del país. Aumentaremos la vigilancia discretamente en los aeropuertos, tenemos la foto de su acompañante, con un poco de suerte irán juntos.

—No creo que el nombre de Vlad Tepes figure en su pasaporte. Es claramente ficticio —no le gustaba nada que hubiese actuado por su cuenta.

—¡No seas negativa! Encima que yo te creo... Además, ¿tienes una idea mejor?

—No, la verdad...

Ambos quedaron pensativos. Muy posiblemente tuvieran entre las manos algo más que un par de asesinatos. Antonio estaba encantado con el giro dado al asunto y la posibilidad de acabar con la cabeza del hampa romanésca. Sara se sentía presa de una excitación incontrolable. Por una parte, la invadía una rabia inmensa porque Antonio se hubiera apoderado de Dracul exponiendo sus cartas a la luz y convirtiendo el proceso en una novela de vampiros. A ver si lo iba a joder todo aquel presuntuoso. Por otro lado, después de tantos años, las piezas encajaban, podía oler el rastro, estaba cerca de la presa... No pudo evitar dar un salto en la silla al oír sonar su móvil. Lo sacó del bolso con premura, no esperaba llamada alguna. En la pantalla figuraba: «Número desconocido».

—¿Sí? —contestó con aprensión mirando a Antonio—. ¿Cesáreo? ¡Ah, sí! —respiró con alivio—. Dime...

Escuchó atentamente asintiendo de vez en cuando y se despidió dándole las gracias.

—Le pedí que investigara el coche —explicó a su compañero—, lo habían alquilado por la mañana en una franquicia. En la agencia le habían requerido la fotocopia del documento de identidad y nos la acaban de enviar por fax a la comisaría. Los datos se corresponden con los de un albañil que denunció hace poco el robo de su cartera. Dice Cesáreo que, aunque está borrosa, el tipo de la foto guarda cierto parecido con el de tez morena que entró el último, detrás del tapado. Si fue él quien realizó los trámites, no debieron sospechar nada.

—¡Bien! Estamos estrechando el cerco...

—Le enviaré una copia a Razvan.

—Lo haremos por la mañana. Ahora podemos celebrar que el destino nos ha unido, hacemos una pareja perfecta...

—Antonio... —le reprendió.

—Puedes llamarme Toni... —le acarició la mano zalamero por encima de la mesa y Sara la apartó como si quemara.

—No quiero confianzas. Te lo dije ya y no pienso repetirlo.

—¡Mujer, cómo eres! Te has formado una idea equivocada... —su teléfono empezó a sonar, interrumpiéndolo—. Es de la comisaría, perdona... —se puso el aparato a la oreja.

La conversación fue inexistente, en menos de un minuto se levantó con la cara demudada y pidió la cuenta a voces, mientras apagaba el móvil. El instinto de Sara le dijo que algo no marchaba bien y recogió sus cosas mientras se incorporaba.

—¿Qué pasa?

—Acaban de llevar al hospital a otra chica, un coche de la policía la ha atropellado. Iba haciendo patrulla cuando la muchacha salió como una flecha a la calzada y se les cruzó delante; menos mal que iban despacio, si no, la dejan en el sitio. Por el aspecto podría tratarse de otra rumana... y muy joven también.

—¿Intentó suicidarse?

- Eso pensaron. O tal vez intentaba detener el coche...
- Quizá escapaba de alguien. ¿Observaron si era perseguida?
- En la calle no había ni un alma...

ESPAÑA, MADRID. RUMANÍA, BUCAREST.  
Martes, 6 de octubre de 2009. 00.00 horas

—¿Mircea?

—¡Viorel! —respondió una voz sorprendida y malhumorada—. Si me llamas a este número es que algo imprevisto ha pasado...

—Se ha escapado Nicoleta.

—¿Nicoleta? ¿Cómo es posible? Se supone que está a tu cargo —el agresivo tono cobró tintes gélidos—. Más te vale encontrarla... ¿Dónde está? ¿Lo sabes?

—Verás... —titubeó el interrogado al otro extremo del hilo—. Me sustrajo la llave en un descuido y consiguió abrir la puerta. Cuando se disparó la alarma salí detrás de ella pero corría como un gamo, la muy zorra. Y cuando estaba a punto de alcanzarla...

—¿Qué coño pasó?

—Se abalanzó sobre un coche.

—¿Cómo? —la incredulidad era manifiesta—. Querrás decir que la atropelló mientras escapaba...

—No, Mircea. Lo vio venir de sobra, ya había anochecido y las luces se distinguían a lo lejos. Podía haber seguido corriendo por la acera, pero no lo hizo. Calculó cuándo estaba a su altura y se tiró. El conductor no pudo frenar y Nicoleta saltó por los aires.

—¿Y no te hiciste cargo de ella? ¿No la recogiste? —sus dientes chirriaban.

—Era un coche de la policía... no intenté ni acercarme.

—¿Dónde está ahora?

—En La Paz, creo.

—Mátala.

—Mircea...

—Mátala, te he dicho —recalcó con énfasis.

—Pero...

—Viorel, es una orden. Lo vio todo, sabe qué les pasó a las otras dos. Es un testigo peligroso y siempre fue una fierecilla. Yo confiaba en ti. Hiciste un flaco trabajo, cuando te la dejé pensé que sabrías domarla —le reprochó ácidamente.

—¡Si nos llevábamos bien! Sólo le reservaba lo mejor y nunca me dio la lata, hacía su trabajo y punto. Y era muy buena. Diría que estaba enamorada de mí, incluso, pero... —un incómodo silencio se instaló entre ellos.

—¿Pero qué? —preguntó con impaciencia casi gritando.

—Lo de esa chica las volvió locas...

—¡Nunca debiste llevarla a tu casa!

—¿Dónde iba a meterla? Mami se encargaba de ellas, lo sabes de sobra y hasta ahora siempre había funcionado. Además acababa de llegar, la guardaba especialmente para ti, si no hubieras...

—¿Qué quieres decir? ¿Pretendes culparme a mí?

—No, Mircea, claro que no. Fue una desgraciada casualidad —respondió rápidamente, intimidado—. No puedo imaginar lo que sucederá si habla... Menos mal que ya saliste de España, yo debería hacer lo mismo.

—Arréglatelas como puedas, pero llega hasta Nicoleta y mátala antes de que la interroguen. Lo mejor sería que no despertara nunca... ¿Me has entendido bien?

—De acuerdo —parecía resignado—. Mircea... hay más.

—¡No jodas! ¿Qué más nos puede pasar?

—Acabo de escuchar la noticia en la radio, han puesto en marcha un operativo para descubrir a los asesinos de las muchachas... Operación Drácula.

—Imposible...

—No creo que lo asocien contigo, ha debido ser fruto de un policía imaginativo, dicen que al primer cadáver le mordieron el cuello y bebieron su sangre y como son rumanas... Eso sí, especulan con que ese Drácula haya salido del entorno de Ceaucescu y están resucitando la historia de Nicu y sus padres, hasta han reproducido fragmentos del fusilamiento.

—¡No jodas!

—No es para preocuparse, ya sabes cómo son los periodistas. En una cadena, ha salido un locutor pronosticando más mujeres muertas. Según él, el rey de los vampiros ha salido de su tumba y recomienda colgar ajos de las ventanas y a las muchachas que salgan de noche llevar un crucifijo al cuello.

—¡Serán gilipollas! Bueno, mientras sea sólo eso... —una alarma sonó en su cerebro—. ¡La reunión del asador!

—Nadie pudo vernos...

—¡Imbécil! Me refiero a ellos, saben de sobra cómo me llamo. Quien dice Drácula dice Dracul.

—Ninguno hablará por la cuenta que les trae.

—Eso crees tú.

—El acuerdo quedó claro, les acabas de aumentar los beneficios, están agradecidos.

—¿Agradecidos, dices? Te recuerdo que el motivo de hacerlo fue precisamente calmar sus ansias. Esas malditas bocas siempre están hambrientas. ¿Dudas que me venderían si la cosa se complica? Que ese nombre haya salido a la luz no nos beneficia nada... ¡Acaba también con ellos!

—Podemos provocar una guerra. No merece la pena, Mircea.

—Viorel... —al aludido no le gustó nada cómo sonaba su nombre—. Es una orden. Y quema ese puto teléfono ahora mismo —masculló antes de colgar.

Viorel levantó los visillos y observó la calle. Era noche cerrada y aunque el día había sido caliente se adivinaba fría. El otoño había entrado, aunque en la ciudad apenas se distinguían las estaciones. En contadas ocasiones echaba de menos los cielos azules, las cumbres de Transilvania. En el campo vivían mirando al cielo, pendientes de las nubes y de Dios. Se acarició la gruesa pulsera de oro. A la mierda Dios y su arbitrio, la falta de lluvia, de comida, la miseria. Él tenía los pies en la tierra y no pensaba volver a pasar hambre. En el contenedor de enfrente un desarrapado rebuscaba comida con la mitad del cuerpo dentro y las piernas colgando en el aire a una considerable distancia de la acera. Viorel esperó divertido verlo caerse dentro. El vagabundo lo entretuvo un rato con su precario equilibrio hasta que el camión de la basura lo ahuyentó. Ratas. Un compatriota trabajaba en la subcontrata de limpieza del hospital, le debía favores, no sería difícil enterarse del estado de Nicoleta. Marcó un número, dio unas breves instrucciones en rumano y colgó. Extrajo la tarjeta del aparato y le aplicó fuego sobre un plato hasta dejarla completamente carbonizada. Después, arrojó las cenizas por el retrete y tiró de la cisterna, contemplando cómo desaparecían engullidas por el torbellino de las aguas.

Al salir del baño no pudo evitar lanzar una esquiva mirada al sofá. Sobre él solía estar recostada Nicoleta, tragando esas series infumables que tanto le gustaban. Mami era más fácil de encontrar en la cocina o en su habitación, pero la sala de estar había sido su territorio desde el principio. No había recogido aún sus cosas y ahí estaban tiradas por el medio, como siempre, las babuchas de pompón, su bolso, las últimas revistas del corazón y las atrasadas, el esmalte de uñas, el cepillo del pelo... hasta los restos de la cena sobre la bandeja. Le dio una patada y la estrelló contra el suelo. ¡Pequeña imbécil! Había que ser estúpida para escaparse. ¿De verdad creía poder librarse de ellos? Se sentó en el asiento ocupado

normalmente por ella y olisqueó la mantita de cuadros con que solía cubrirse para ver la tele. Su fragancia lo empalmó. Mientras se hacía una paja recordó su cuerpo infantil, cuando Mircea la sentó sobre sus rodillas, sus diminutos pechos, la primera vez... Él la protegía, la cuidaba como si fuera su hembra, jamás le había pegado... más de lo necesario. «Una mujer atada y ciento volando», decía *Dracul* cuando se ponía poeta. En el fondo, se había hecho a la idea de tenerla a su lado para siempre. No iba a poder ser. Una pena. A Mami podía reemplazarla por cualquiera de las otras chicas, a ella no. Había varias que se habían ya ganado la retirada, a cierta edad convenía sacarlas de la circulación, disminuía el número de servicios y bajaba el rendimiento. Mami mostraba buena mano para domesticar a las nuevas, era indudable, y siempre pensó que Nicoleta la sustituiría de forma natural. ¡Cómo lo habían jodido entre las dos brujas! Se había acostumbrado a ellas, nunca hacía falta decirles nada, adivinaban sus pensamientos y lo trataban a cuerpo de rey. Y se llevaban bien entre sí, eso también era importante. Mami era una pieza fundamental del negocio, pese a ello fue inevitable darle una lección, claro que sí. Solamente faltaba que la muy cabrona se le insubordinara, con lo que había hecho por aquella mujer. Cuando a uno le pierden el respeto está acabado, era la filosofía de Balan y la compartía a pies juntillas. Mircea Balan y él eran los mejores, los amos. Dentro de unos meses nadie se acordaría de las dos putas muertas. Tres. Pensó en Nicoleta y sintió en su interior algo parecido a una punzada, pero no logró identificar el sentimiento.

¿Sería necesario mudarse de casa? No creía que se hubiera escuchado nada. El entresuelo insonorizado ocupaba las dos manos, izquierda y derecha. Primero había sido altillo de discoteca y luego estudio de grabación. En la puerta todavía figuraba el cartel amarillo: «F. GOYESCO REALIZADOR». Francisco Goyesco, Pachi para los ami-

gos, era un jeta, un vividor que acabó dejándole el piso en pago de sus deudas. Viorel había visto, cuando todavía existía una buena relación entre proveedor y cliente, una película *snuff* rodada entre aquellas paredes. «Amortiguarían el ruido de una bomba», había dicho cuando le entregó las llaves. Además, el guarda de seguridad de la urbanización era del pueblo de Mircea. Sordo, mudo y ciego, a todos los efectos, fidelidad garantizada. La discreción era parte del oficio y los vecinos nunca sospecharon nada, intercambiaba con ellos corteses saludos y punto. Los ricos no solían fijarse en las rumanas que accedían por las puertas de servicio a las viviendas; en el barrio la mayoría tenía criadas extranjeras. Se levantó, arrimándose de nuevo a la ventana. Le preocupaban más los otros cuatro. Quizá pudiera hacerlo solo, sería contraproducente implicar a terceros. Ya estaba el asunto bastante liado. Pero tendría que evitar a los gorilas, no es lo mismo cuatro que ocho. Intentó concentrarse apoyando con fuerza la frente en el cristal. A sus pies, la noche madrileña se desperezaba. Unos chavales con bolsas de plástico y botellas dentro avanzaron por la acera golpeando con bulla las papeleras. Agarrada a uno iba una muchachita, tambaleándose sobre sus altos tacones. Algo en ella le hizo recordar de nuevo a Nicoleta. Necesitaba otra raya.

En un punto de Europa, Mircea se volvió con el móvil en la mano. Mostraba el aspecto de un refinado y maduro hombre de negocios y solamente la sombra de la crueldad en su fría mirada azul le restaba atractivo. Tenía los pómulos y la mandíbula salientes, acentuados por el cabello, muy rubio, estudiadamente peinado hacia atrás desde la frente. Los labios femeninos, perfilados, lo dotaban de una imagen de lasciva decadencia. Al ver a la mujer asomar por la puerta entreabierta, no pudo evitar un indignado gesto, que le confirió por un fugaz instante un temible aspecto.

—¿Qué haces ahí? ¿Me estabas espiando?

—No, Mircea, no —su voz sonaba plañidera—. Acabo de llegar...

—¿De dónde vienes tan tarde?

—Andaba por ahí... —contestó evasiva haciendo un gesto con la mano—. ¿Te deshago la maleta?

—Prepara la tuya, poca cosa. Nos vamos a Tulcea.

—¿Dejamos Bucarest? Si acabas de llegar...

—¿Me has entendido? ¿O tengo que repetirlo? —avanzó amenazante hacia ella.

—No, no, no —retrocedió asustada—. Iré ahora mismo. ¿Tienes... tienes algo para mí? Se acabó lo que me dejaste...

—Cada día eres más viciosa... —la miró con la boca torcida mientras sacaba una papelina del bolsillo y se la entregaba.

—Si quieres..., si quieres te espero arriba...

Mircea la miró de abajo arriba con desprecio.

—¿Tú te has visto últimamente? Pareces una yonqui, un saco de huesos con ojeras...

—Antes te gustaba delgada... —estrujó nerviosamente la papelina entre los dedos.

—Anda, me das pena, ponte la lencería que te traje, está encima de la cama.

—¡Claro! Me daré una ducha y me vestiré para ti, dame diez minutos... —hizo ademán de salir y quedó parada—. Pero antes, dime... ¿la viste en Madrid?

Mircea quedó pensativo antes de contestar. La verdad sólo podía complicar aún más las cosas.

—No.

—¡Me dijiste que irías a visitarla! ¡Me lo prometiste! —las lágrimas pugnan por escapársele.

—Sí fui, pero no estaba. Se había marchado de viaje con unas amigas. A Málaga.

—¡Entonces está bien!

—Claro que sí, tonta. ¡Cómo no va a estar bien con el dinero que le ingreso cada mes!

—Tenía miedo...

—¿Miedo de qué? ¿De que acabara como tú? Déjame en paz y sube, anda...

La miró mientras caminaba de espaldas tambaleándose sobre los tacones, encorvada como una vieja. La silicona elevaba artificialmente sus nalgas, rígidas y redondas sobre unas piernas de alambre. La misma silicona que rellenaba su cara y la parte superior del abdomen, dotándola de unas tetas desproporcionadas. Si continuaba por ese camino se convertiría en una mujer de plástico. Él había sido quien le había sugerido operarse las diferentes partes, a medida que los estragos del tiempo y de las drogas la fueron deteriorando. Intentó retirarles la cocaína, bajarle las dosis, pero estaba cada vez más enganchada y había desistido. Sin embargo, gracias a la cirugía plástica, cuando se arreglaba y mantenía la compostura para acudir con él a un lugar público, seguía mostrando a la galería el atractivo y la belleza escultural que en su día lo volvieron loco, haciéndole perder la cabeza. Cuando le echó el ojo por primera vez era una cría, una Lolita desvergonzada y procaz. Todos los colegas de su círculo empezaron a babear tan pronto como ella se les sentó en la mesa, cruzando sus largas piernas y mostrándoles su generoso escote. Por eso decidió inmediatamente poseerla; solía conseguir lo que quería y aquella muchacha no fue una excepción. A ella le faltó tiempo para enamorarse perdidamente y abandonarlo todo por él. Al principio estaba obsesionado con su cuerpo, nunca se cansaba de ella y ella nada le negaba, pero aquel entusiasmo se había desvanecido. Ya sólo le excitaba castigarla, verla arrastrada ante sus pies, vapulearla y luego follarla brutalmente. Era la única forma de mantenerla dominada, de sentirla suya, con

tanta coca andaba siempre como ida. Muchas veces había pensado en repudiarla, pero estaban casados y el matrimonio era sagrado. Otras mujeres no le faltaban, ni cómo hacerse con ellas, incluso niñas, su debilidad. Además, nunca podría dejarla, sabía demasiado. El día que lo hiciera, tendría que matarla. Y ese momento todavía no había llegado. Aunque tal vez estaba cerca...

ESPAÑA, MADRID.  
Martes, 6 de octubre de 2009. 02.00 horas

—¿Son parientes? ¿Amigos?

—Policías.

Sara y Antonio mostraron sus placas. El médico las observó detenidamente.

—De acuerdo —asintió con la cabeza—. La muchacha ha sufrido un fuerte golpe, tiene rotos el húmero y el fémur del lado derecho y un par de costillas fracturadas, además de numerosos hematomas y una luxación de clavícula. Es un milagro que no se haya matado, por fortuna es joven y está sana. Afortunadamente, las constantes vitales empiezan a ser normales, la gravedad ha remitido aunque la mantendremos en observación unos días más. Dentro de una hora, la trasladaremos a planta, ya les dirán la cama asignada en Atención al paciente. También pueden verlo en la pantalla informativa de la cafetería. Su número identificativo es el A0479.

—¿Podremos interrogarla? —quiso saber Sara mientras lo anotaba en su libreta.

—Si no es imprescindible no se lo recomiendo. Aún está conmocionada. Le daremos un tranquilizante y lo más seguro es que se duerma.

—Quedaremos por aquí, muchas gracias.

Estrecharon la mano al médico y se dirigieron a la puerta. Al salir, chocaron con un hombre que estaba limpiándola por fuera con una gamuza. Se apartó turbado musitando excusas y Sara se fijó en su credencial, pertenecía a la compañía de limpieza del hospital.

—¿No es extraño que esté trabajando a estas horas de la madrugada? —comentó a Antonio.

—Te hallas en Urgencias, la higiene aquí es extremada. Y con la psicosis de la gripe A, más todavía. Todos los virus vienen a parar aquí —frunció el ceño como viéndolos venir.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Sara observando al limpiador que arrastraba por el pasillo el cubo y la fregona, deteniéndose en abrillantar con esmero los latones de las puertas. Aún estaba en la puerta de enfrente.

—Podemos ir a la cafetería y tomarnos algo. Cuando veamos el código en la pantalla iremos hasta la habitación. Convendría hablar con ella cuanto antes.

—¿No estará cerrada? —miró el reloj. Maldita la gana de volver a sentarse con él en una mesa—. Son las dos y veinte de la mañana.

—Permanece abierta las veinticuatro horas. Lo sé bien porque una de mis hijas padece asma y cada poco debemos ingresarla.

—¡Vaya, lo siento! —intentó ser amable—. ¿Cuántas hijas tienes?

—Tres. Y me llevo bien con todas —dijo orgulloso confidencialmente—, mejor que con sus madres. La mayor tiene ya veintitrés años. Y la pequeña siete. Por el medio está Carla, de trece.

—¿Una con cada una? ¡Qué organizado! —en realidad le apeteció decirle que le importaban una mierda su paternidad responsable y sus líos conyugales, pero se contuvo.

—¡No! Con mi última esposa no tuve hijos —explicó Antonio sin captar la ironía—. Una con la primera y dos con la segunda. Después me hice la vasectomía. Tengo bastante con tres, me sacan toda la pasta. ¿Tú no tuviste después más novios, alguna aventura? ¿Lo dejaste por otro? —preguntó en un intento de retomar la conversación iniciada en la cena.

—Digamos que estoy casada con mi trabajo —dijo Sara evasiva señalando una mesa donde sentarse—. Y me gustaría dedicarme a él ahora.

—¿Siempre gastas esa coraza? Supongo que te la quitarás en la cama...

—No llegarás a verlo —no soportaba su zafiedad constante.

—¿Y tú, tienes algún hijo?

—No. Y ya no tengo edad —¿por qué sería tan insistente?

—Tampoco aparentas tantos... —dijo untuoso.

—¡No seas hipócrita! Menuda desfachatez, como si no supiera que has fisgado hasta el número que calzo.

—El 39, para ser exactos.

Sara lo miró con odio. Aunque ya había aprendido cómo tratar a los tíos como él, para quienes las distancias no existían, seguía sin ser capaz de aguantarlos. Le valía más refrenarse, iban a pasar juntos muchas horas.

—¿Quieres un café? Tienen encendida la máquina —ofreció obsequioso.

—Si no hay más remedio...

Antonio se alejó pensando en ella: «Lista y guapa, pero un tanto antipática, fruto seguramente de la inseguridad. Va a costarme ligarla, pero merece la pena intentarlo. Aunque esta noche no va a ser...». Cuando volvió con la bandeja cambió de conversación, intentando recuperar su confianza.

—Así que tu currículum se forjó en operaciones contra bandas rumanas.

—Exactamente, no. Mi especialidad empezó siendo la trata de blancas, sólo que los rumanos tienen copado el territorio, por encima de colombianos y marroquíes. En un año, el 2006, detuvimos a trescientos pájaros en colaboración con la policía rumana. La mayoría provenía de Galati, un viejo puerto del Danubio. Ceausescu

lo convirtió en la mayor acería de Europa y a su muerte quedaron en la calle dieciocho mil parados. La mayoría de ellos se convirtieron en matones, guardaespaldas o chulos y muchos vinieron a España. Los llamamos *pesti*, peces en romaní, cuando los pescamos. Aquélla fue la Operación Danubio.

—Lo recuerdo, fue muy sonada. A nosotros nos tocó intervenir en la Casa de Campo, no sabía que estabas tú dirigiéndola.

—No me pongas las medallas, éramos un equipo numeroso. También estaba Razvan, da gusto colaborar con él.

—¿Qué clase de amigo es? ¿Íntimo?

—¿Eres idiota? —le lanzó una mirada helada.

—¡Perdona! —exclamó riendo—. Sigue, sigue. ¿En cuántas más participaste?

—También te sonarán la Operación Cautiva, la Operación Transilvania y la Operación Bloque. Ésta fue el año pasado —completó con desgana.

—¿La del *sheriff* de Coslada?

—Ginés y Carlos, el jefe y el subjefe de la policía local de Coslada. Alertaban a la mafia de las redadas y los protegían a cambio de mujeres y dinero.

—¿Crees que hay muchos así?

—Espero que tú no lo seas... Admito malamente ligones de playa pero traidores de ninguna manera.

—Será una broma...

—¡El número! —Sara señaló la pantalla donde acababa de aparecer.

Avanzaron a paso rápido por los pasillos hasta alcanzar la habitación indicada. La encontraron en penumbra. La muchacha parecía dormir con una respiración sosegada. Quedaron a la puerta, susurrando.

—Tal vez fuera mejor venir mañana —dijo Antonio.

—Vete tú a dormir. Yo haré guardia. A la hora que despierte hablaré con ella.

—¿No te importa quedar en uno de esos incómodos sofás? Yo te lo agradezco, he pasado tanto tiempo en ellos que los odio. De todas formas, no es necesario, le han dado un sedante y tardará en estar consciente.

—Prefiero hacerlo así.

—Si quieres llamo a la comisaría, puede venir un número a vigilar.

—Es muy tarde. No te preocupes. Deja el móvil encendido, te llamaré si consigo sacarle algo.

Tras despedirse, Sara entró y cerró tras sí, contenta por haberse librado de él. Se detuvo un rato a mirar a la muchacha dormida. Respiraba irregularmente y emitía con frecuencia sordos quejidos, como si sufriera una pesadilla. La luz de emergencia le confería un aspecto espectral, con la pálida tez llena de sombras y unos profundos círculos violáceos en torno a los ojos, bailones bajo los párpados cerrados. Los cables salían por debajo de las sábanas y el embozo, conectándola al gotero y a un monitor que emitía constantes señales acústicas y luminosas. ¡Pobre chiquilla! ¡Parecía tan desvalida, tan vulnerable! ¿Qué pasado lastraría? ¿Qué la habría llevado a ese triste estado? Por lo menos, ésta se salvaría. A los pies de la cama encontró la bolsa donde estaban sus ropas metidas y extendió el contenido sobre la vacía cama contigua, intentando encontrar alguna pista. La noche estaba fría, pero no llevaba chaqueta, tan sólo un pantalón de chándal, zapatillas de tenis con velcro, una camiseta de Hello Kitty y un tanga. No usaba sujetador. Miró el bulto bajo las sábanas. No le hacía falta. Tampoco llevaba bolso. Olfateó las prendas, estaban gastadas por el uso pero recién puestas, a tenor del olor a suavizante que aún persistía. No era una ropa de calle, más bien de andar por casa. ¿Tan desesperada estaba para abandonar de repente su hogar y tirarse a un coche?

Salió al descansillo para hacer una llamada a la comisaría y sacar una botella de agua de la máquina, sin perder de vista la puerta. En centralita le confirmaron que, hasta el momento, nadie la había reclamado. La enfermera de guardia ojeaba una revista tras el mostrador con aire cansino y al regresar saludó distraídamente. Entró y arrimó el sofá a la pared del fondo, lejos de la luz de entrada. Se estiró en él intentando relajarse y reflexionar, desconcertada ante los acontecimientos diurnos. En el silencio de la noche, sólo eran audibles sus pensamientos. Había encajado los hechos como un puzle, pero ahora dudaba. ¿Y si no estaban relacionados? Aquella muchacha doliente podía ser rumana, sin duda tenía rasgos eslavos, como las otras. A las otras dos las habían matado. ¿Ésta era la tercera en la lista? ¿O su deseo de solucionar el caso los había confundido? No pudo evitar indignarse al pensar en Antonio y su cínica sonrisilla. Era un tipo de hombre aborrecible, el machote listillo que jamás admitía un «¡No!» y además estaba convencido de traer a las mujeres locas por sus huesos. Un presuntuoso y un engreído, eso era. ¡Si él supiera...! Unos pasos tenues la alertaron. La puerta se entreabrió y un médico entró con cautela en la habitación, cerrándola con cuidado y dirigiéndose casi a palpo hacia el lado de la cama donde se hallaba la botella de suero.

—Buenas noches —musitó educadamente Sara.

El hombre se giró y la miró con sorpresa. Llevaba un frasquito de líquido blanco en la mano.

—¡Me ha asustado! —se mostró molesto.

Sara se levantó, intentando verle la cara. Él se apartó hacia el armario de un salto, quedando totalmente a oscuras.

—¿No enciende la luz?

—Es por no despertarla, le conviene dormir —permaneció en la sombra y Sara percibió su inquietud—. Señora, salga por favor, si no le importa...

Sara obedeció sin perderlo de vista. Había algo chocante en su voz. Quizá estuviera acatarrado. ¿O era el acento? Miró hacia el mostrador. La enfermera no había levantado la cabeza. Sintió agudizarse su sexto sentido. Aquel médico no le gustaba. Entraría y hablaría con él. Cuando tenía la mano en la manija, la puerta se abrió y el hombre salió deprisa. Sara se fijó en su cara y algo se revolvió en su interior. La había visto en otra parte. Él la saludó inclinando levemente la cabeza y cruzó rápidamente el pasillo, con pasos largos, hasta el ascensor. Le resultó extraño verle el pelo recogido en una cola, no solía ser un *look* muy habitual entre los profesionales de la Medicina. ¿No entraba en ninguna otra habitación? Echó un vistazo a la muchacha. No se había despertado. Se fijó en el gotero y un sudor frío la envolvió. Fue directamente hacia la enfermera.

—¿Conoce a ese médico que acaba de pasar?

—No, hija, no. Aquí es imposible conocerlos a todos. Sería un interino...

—¿Anotó algo en el informe de la 612?

—No, aquí no entró. Igual iba a efectuar una observación rutinaria nada más, como la acaban de subir de boxes...

—Si le hubiera puesto un frasco nuevo de medicamento en el suero, ¿debería anotarlo?

—¡Por supuesto! Y bien me hubiera gustado que ese morenazo se hubiera sentado a darme un poco de charla.

Morenazo. La luz se hizo.

—¡Mierda! —gritó Sara mientras salía corriendo—. ¡Llame a un médico! ¡Rápido!

—Pero...

—¡Que llame, le digo! ¡Soy policía! ¡Ese hombre es un asesino, avise a Seguridad, hay que detenerlo!

Entró como una exhalación y le arrancó la vía conectada a la muñeca, sacudiéndole los hombros. La muchacha estaba en tran-

ce. Parecía atontada, intentaba hablar y no podía; los párpados le caían a plomo, cerrándole los ojos.

—Tranquila, no pasa nada, no pasa nada.

Empuñó el arma y efectuó corriendo el camino hasta el ascensor. Algunos enfermos se asomaron con curiosidad y la enfermera abandonó su puesto para darles explicaciones.

—¡Han intentado envenenarla! ¡Vaya a su lado y no se separe de ella pase lo que pase! —le gritó Sara.

Cuando la luz marcó el sexto, se abrieron las puertas y apareció un guarda.

—¿Es usted la que llamó? —bamboleaba ostentosamente la porra en la mano.

—¡Idiota! ¿Qué hace aquí? ¡Tenía que vigilar la salida! ¡Vamos!

El guarda hizo una llamada durante el breve trayecto. Cuando llegaron a la planta baja, dos más les esperaban. Para evitar suspicacias Sara les enseñó la placa.

—Por aquí no ha salido nadie —la informaron.

—¿Hay una puerta trasera?

—Hay varias... la escalera de incendios, Urgencias, el garaje...

—Es un maldito asesino, ha intentado matar a una paciente... ¿Lo entienden? Quiero que registren el hospital, los aparcamientos, hasta el último almacén, y den con él. ¡Inmediatamente!

Sara los vio partir como gallos descabezados. A sabiendas de que la búsqueda, a esas alturas, resultaría inútil, llamó a Antonio. Respondió al primer timbrazo:

—Joder, Sara, no me dejas ni meterme en la cama...

—¡Han intentado matarla! En el hospital.

—Voy volando. ¿Cómo está?

—Ni idea, vuelvo ahora a planta. Estaba intentando poner orden entre los inútiles de seguridad. No sé para qué los contratan... ¡Espera! No cuelgues, aquí vienen...

—Casi seguro se ha escapado en una ambulancia, tenemos la matrícula...

—Anota, Antonio, y pasa parte a comisaría —le fue transmitiendo uno a uno los números—. Y envía dos policías armados a cumplir funciones de vigilancia, esto no ha terminado... Quiero arriba dos de los suyos hasta que lleguen nuestros efectivos a hacerse cargo —dijo a los otros guardando el móvil—. Que suban conmigo ahora.

No pronunciaron palabra en todo el recorrido. Sara iba reconcentrada en sus pensamientos. ¡Qué gran fallo había tenido! ¿Cómo podía haber sido tan despistada? Era el cabrón del asador, lo había visionado repetidas veces. Debía estar adormilada... Cuando entraron en la habitación, sorteando corrillos de atónitos y parlanchines pacientes en bata por el pasillo, dos médicos y tres enfermeras rodeaban la cama. Tenía enchufado otra vez el gotero y parecía dormida.

—¿Cómo está? —inquirió en voz baja.

—Viva de milagro —explicó uno de los doctores mostrándole un frasco en la mano.

—¡Oh, no! —exclamó Sara.

—¿Cómo?

—Las huellas... —señaló el recipiente—. Démelo, por favor —sacó una bolsita de plástico transparente y metiéndolo dentro lo guardó en un bolsillo.

—Es un sedante utilizado para facilitar la eutanasia —confirmó el galeno—. Tan pequeño como matón. Unos minutos más y ya no estaría entre nosotros.

—¿Qué consecuencias puede traerle en su estado?

—Está drogada hasta la médula, pero no esperamos complicaciones. Eso sí, tardará en despertar.

Sara respiró con alivio. Cuando Antonio entró, el personal ya se había ido y la encontró sentada a los pies de la cama, cavilando furibunda. Lo miró encendida.

—Sólo tú y yo sabíamos el número... —se le enfrentó amenazadora—. Nadie más podía saber que estaba aquí...

—¿Pretendes decir que yo avisé a la mafia? ¡Estás trastornada!

—No, lo que estoy es harta de tus jueguecitos.

—Escucha —su voz sonaba fría como nunca la había oído—. Estamos metidos en esto los dos y no tienes ninguna razón para sospechar de mí. Denúnciame, si te atreves.

Su indignación parecía sincera y Sara se arrepintió de su arrebato. No había sido prudente manifestarlo, reconoció en su fuero interno, prometiéndose vigilarlo estrechamente a partir de entonces.

—Lo siento, estoy muy alterada —dijo por toda explicación—. Ese hombre disfrazado de médico entró y me mandó abandonar la sala. Estaba todo a oscuras y no pude verle la cara hasta que salió al pasillo. ¡Casi le enchufa el sedante a la vena ante mis narices!

—Y no puedes perdonártelo. La exigente, la inteligente, la perfecta inspectora ha fallado —dijo con sorna.

—Nunca puedes prever los chivatazos —contestó retadora.

Se miraron de frente, retadores, como dos animales a punto de embestirse.

—Por lo menos evité que Dracul lograra su objetivo y ahora ya sabemos dos cosas: la primera, que, de alguna forma, la víctima está implicada; y la segunda, que la reunión del asador tuvo algo que ver. Seguramente sea un testigo incómodo. Debemos sacarla de aquí —concluyó aplazando la disputa.

—¿A dónde quieres llevarla?

—Hablé con el médico que nos recibió en Urgencias. No precisa cuidados específicos, más allá de unos días de curas y descanso. Por la mañana podrían transportarla en ambulancia. ¿Conoces alguna clínica privada?

—¡Me has dado una idea! Por cierto, el vehículo robado ha aparecido abandonado con la bata dentro a tres manzanas de aquí. No hay huellas.

—Era de esperar. ¿Qué se te ha ocurrido, entonces?

—Tengo mis propios colaboradores —se jactó, él también tenía sus recursos, qué se creía la listilla aquella—. Una asociación de Toledo dedicada a la rehabilitación de prostitutas nos presta ayuda ocasionalmente. Tiene la sede en una residencia de ancianos, en una finca imponente en Los Cigarrales. No me importaría pasar allí mis últimos días. Es un lugar donde no hay más que viejos y monjas, un aburrimiento, pero el sitio ideal para esconder a alguien. En cuanto se haga de día llamaré a Ylenia, es nuestro contacto.

—¿Ylenia? ¿De dónde procede ese nombre?

—Casualmente es también rumana, trabaja allí. Una buena chica con la cabeza llena de pájaros. Tanto esperar un príncipe azul, terminará vistiendo santos. Imagina como su futuro marido cada hombre que conoce y así los espanta, claro.

—¿A ti eso no te interesa, verdad?

—¡Claro que no! Yo ya estuve casado tres veces. No es mi tipo, yo busco otra cosa en las mujeres —le hizo un guiño obsceno y Sara casi vomita.

Dando por zanjada la conversación, miró impaciente su reloj. Las seis, no faltaba mucho. Levantó la persiana. Fuera comenzaba a alborear. Pronto llegaría el siguiente turno. Se acomodó de nuevo en el sillón abriendo una revista que alguien había dejado en la mesita auxiliar. No pensaba abandonar la habitación mientras él estuviera allí. No podía fiarse. Antonio, por su parte, se sentó en la cama libre dándole la espalda, mirando fijamente a la joven entubada. Enfrascados en sus pensamientos, ninguno reparó en el minúsculo botón metálico adherido al monitor, un

micrófono de última generación encargado de transmitir una a una sus palabras a los auriculares inalámbricos que Viorel llevaba puestos, mientras, desde el sofá, calibraba cuál sería el siguiente paso a dar.

ESPAÑA, TOLEDO.  
Martes, 6 de octubre de 2009. 07.00 horas

Estaba cruzando la vía y un pie se le enganchó en la travesera. Escuchó el sonido con alarma y, pese al sol que la cegaba, vio la máquina acercarse a toda velocidad por la derecha. Quiso gritar, hacer señas con las manos... pero una súbita parálisis convirtió en inútiles sus intentos. Atacada por el pánico abrió la boca sin emitir por ella sonido alguno. Sus movimientos se producían a cámara lenta frente a la velocidad arrolladora de la locomotora. Incapaz de detenerla ni de apartarse, comprendió que el fin se acercaba y quiso cerrar los ojos por no ver cómo se le echaba encima, pero no podía apartar la vista, aturdida por los pitidos que atronaban, invadían su cabeza... El ring ring persistente entró en su sueño convertido en el silbido de un tren.

. . .

*Anteanoche no me despertó la pesadilla, sino sus gritos. Me arrojé descalza de la cama y salí al pasillo chocando con los muebles. Allí la vi.*

*—¡Mamá! —grité y mi voz me sobresaltó, somnolienta aún.*

*Estaba desencajada, arrodillada en el suelo, agarrando el auricular con las dos manos, interpellando a un pitido, intentando que quien ya había colgado le dijera que se trataba de una broma, que era mentira. Hasta hoy a última hora no nos entregaron su cuerpo, hinchado, amoratado, deforme y con las cuencas vacías. Dos días tardamos en creerlo, cuarenta y ocho horas de angustia y negación, de llamadas, interrogantes y silencios. «Se cayó al agua, lo mordieron los peces», dijeron los porteadores sin atisbo de compasión. Mi madre ha enveje-*

*cido de repente, menguado, disminuido. Lavinia y yo la sostenemos en volandas y no pesa.*

*La corriente lo arrastró hasta quedar enganchado en un embarcadero, unos pescadores lo encontraron; no saben o no quieren decirnos dónde. El río que tanto amaba fue su tumba, pero no el causante de su muerte y así lo puso de manifiesto al embarrancarlo contra todo pronóstico. Sus asesinos probablemente esperaban que las fuertes corrientes del Danubio lo sacaran del delta. Lo más lógico era haber desaparecido en el mar Negro, tras surcar los canales a gran velocidad. ¡Cuántos palitos había tirado padre al agua para demostrarnos la rapidez de su curso! Los perseguíamos corriendo por la orilla e, imposibles de alcanzar, terminábamos perdiéndolos de vista... No quiero imaginar su cuerpo río abajo...*

*Nadie nos ha dado explicaciones al respecto pero, al descubrirlo, todos hemos podido ver la delgada línea roja que le rodea la garganta separando el cuello de la cabeza y esa fea herida atestada de larvas no puede haber sido producida por ningún pez. Al percatarse de ello, madre ha salido de su apatía, se niega a que lo entierren, exige una autopsia, quiere que se investigue su muerte, pide justicia a gritos. Los presentes intentan calmarla, silenciar su voz. Lavinia y yo compartimos su obcecación, aunque callamos, pues percibimos el hielo negro del miedo en los rostros y nos contagiamos del terror que invade la morada. La habitación de mis padres se ha convertido en un mausoleo de flores y velas, el hedor se extiende, flota, nos invade como una pesada losa. El cielo cubierto llora sus lágrimas por todos nosotros. El maldito tren se lo llevó todo por delante.*

. . .

Abrió los ojos malhumorada y estiró la mano hacia la mesilla buscando el teléfono. Descolgó el auricular y lo acercó a la oreja medio dormida aún.

—¿Sí?

—Ylenia, perdona que te despierte a estas horas, soy Antonio Pradilla...

¡Era Toni! Ylenia miró el despertador atusándose el pelo y notando cómo el rubor invadía sus mejillas. Las siete de la mañana. Estaba puesto para las siete treinta.

—No importa —mintió—. Ya iba a levantarme. ¿Qué sucede?

—Necesitamos tu ayuda, como otras veces. En esta ocasión la chica necesita cuidados médicos y está amenazada, ¿podrías procurarle un hueco en la residencia?

—¡Pobrecita! —lamentó sinceramente—. Hablaré con la hermana superiora, andamos mal de camas, pero podemos habilitarle una.

—Nadie debe saber que está ahí.

—Como siempre, no te preocupes.

—Avísame cuando la habitación esté disponible, iré yo mismo a llevarla. Por cierto, nuestra amiga es rumana, como tú.

Ylenia colgó el aparato y se dirigió, totalmente despierta ya, a la ducha. La herencia de Alicia había servido para fundar una asociación dedicada a la reinserción de las mujeres prostituidas, ARMUP, y aunque su ámbito de actuación era Castilla-La Mancha, en alguna ocasión habían solicitado su ayuda desde Madrid. Casos especiales que requerían un alejamiento de la víctima y una discreción que sólo aquel retiro de Los Cigarrales podía proporcionar. Antonio Pradilla, Toni, se había convertido en su interlocutor para estos casos. Le gustaba mucho aquel policía. Era un hombre apuesto y educado, no como otros, tan bruscos. Recordó su provocativa sonrisa y se estremeció bajo el agua. La había invitado a cenar un par de veces y mostraba un gusto exquisito. Llegó a creer que sentía algo por ella, pero tras la segunda cita no había vuelto a aparecer. La había invitado a pernoctar con él en el parador y ella se había

negado, pero no podía creer que ésa fuera la razón, se resistía a decepcionarse una vez más. Había tenido otros compromisos, ninguno formal, y todos habían concluido de la misma forma. Cuando ellos daban un paso adelante, ella lo daba atrás. En cada ocasión, las contaba con los dedos de una mano, creyó encontrar el amante ideal, la persona de cuyo brazo pisaría el altar; sin embargo, tarde o temprano le hacían la misma proposición, hallando al respecto su inequívoca e inflexible respuesta: no. Ella quería otra cosa. Llevaba marcado a fuego el primer desengaño, su gran pifia. Había entregado la virginidad a su primer novio, convencida por sus promesas de amor eterno y creyendo así conservarlo. El mozo, un marroquí repartidor de gaseosas, había terminado casándose con una muchachita musulmana tradicional. Usaba *yihab* y no le había besado hasta la noche de bodas. Para justificarse, se escudó detrás de una imposición familiar hasta que, agobiado por los reproches de Ylenia, le confesó que jamás se le había pasado por la cabeza hacerla su mujer: «Cada oveja con su pareja», concluyó sin contemplaciones, imperturbable ante sus lágrimas. Ella buscaba desde entonces su media naranja, un hombre que le entregara su amor incondicional para toda la vida sin anteponer el coito al «sí quiero». Era consciente de que su actitud no cuadraba con los tiempos, alguno la había calificado de mojigata, incluso, pero no pensaba desviarse un ápice de sus intenciones. Cuando cerró el grifo, el vaho inundaba la habitación.

La ambulancia llegó a las diez en punto. El médico de la residencia, Ylenia y sor Basilisa salieron a recibirlos. Sara observó a la joven con curiosidad. Vista de cerca tenía una rancia apariencia de novicia, acentuada por el flequillo y la ropa de mercadillo, barata y atemporal, que vestía. Sin embargo, su carita menuda mostraba una dulzura conmovedora. Se fijó en sus manos temblorosas y pensó si sería cierto que estaba colada por Antonio, tal como él

presumía; eso la llenó de rabia momentáneamente. Lo descartó, sin embargo, al ver la inquietud sincera con que observaba a la enferma a través de la puerta abierta de la ambulancia.

—Es una niña, apenas... ¡Qué lástima! —se le llenaron los ojos de lágrimas.

Sara la tomó por los hombros con delicadeza, percibiendo su fragilidad bajo la rebeca de punto.

—Se recuperará, no te aflijas. Muchas gracias por sacarnos del apuro...

Ylenia alzó tímidamente la cabeza y Sara se quedó prendada del color violeta de sus ojos, de una vivacidad extraordinaria. Una marejada incontrolable la envolvió. Había dejado a su marido por una mujer que a su vez la abandonaría por otra. Y desde la huida de Almudena no había vuelto a interesarse por ninguna persona. Se las arreglaba bien sola, con su magnífica colección de consoladores y otras artimañas de placer para *singles* solitarias. Pero ante aquella chiquilla se sintió extrañamente turbada. Sonreía sin apartar de las suyas sus pupilas y notó que le faltaba el aire. Antonio la miraba en silencio, sin decir palabra.

—Les conduciré a la habitación —dijo la superiora.

Atravesaron los pasillos en silencio, acompañados por el chirriar de la camilla. Le habían destinado una bonita sala blanca con ventana enrejada y sencillo mobiliario en tonos pastel. Por un momento, a Sara le sorprendió el crucifijo colgado en la cabecera y el altar en la esquina, con flores, postales de santos y una imagen de la Virgen de la Salud. Recuerdos desterrados la asaltaron y, por primera vez en mucho tiempo, permitió que la invadieran como un ciclón. Su madre pasaba el día a oscuras encerrada en la habitación, prostrada ante un casero y recargado santuario alumbrado con cirios rojos que desprendían olor a funeral, lágrimas de cera, tenebrosas sombras. Siempre arrodillada, de espaldas, dándole vueltas en los

dedos a un rosario de cuentas desgastadas en un rezo continuo e interminable, mezcla de letanía y lamentación. Imbuida de religiosidad desde pequeña, Sara tardó en ser consciente del dolor que enmascaraba tal fervor, de los moratones en su cara, de las palizas recibidas por un marido borracho, violento y llorón. El hombre había sufrido la represión franquista en sus carnes, había pasado la mayor parte de su vida en las cárceles y, al salir, se había visto abocado a vivir de una miserable pensión, en pago a la invalidez derivada de una paliza en la prisión. Tuvieron el primer hijo en un permiso; veinte años le llevaba su hermano, ella era la menor y no sabía si ella había sido el fruto tardío del desamor, un desmoronado por la falta de trabajo y la bebida, había terminado por fundir su escaso patrimonio, sin consentir trabajar a su mujer por un arcaico pundonor y arrastrando a la ruina a la familia y a sí mismo. ¿En qué punto se había trastornado convirtiendo los harapos de su vida en disculpa para maltratar hasta tal punto a su mujer? ¿En qué profundo rincón de su cerebro ella sintetizó todo lo que odiaba, su frustración? ¿Estuvieron enamorados? ¿Fueron felices alguna vez? Sara se reprochaba la ignorancia. Cuando quiso intervenir, su madre lo negó todo y si en alguna ocasión se vio forzada a aceptar la evidencia, disculpaba a su cónyuge y lo achacaba al sufrimiento pasado. Sin embargo, lo más frecuente era la total exculpación: «He caído de la cama, hija, soy tan tonta...», «Tropecé en la escalera, soy tan torpe...», «Resbalé en la bañera, ya sabes, la tensión...». Su hermano mayor, Andrés, llevaba fuera de casa mucho tiempo, desde antes de nacer Sara, y sólo la pisaba el día de Navidad con su mujer, una antipática enfermera rebosante de hipocresía y adulación. Llamaba todas las semanas, eso sí, conversaciones corteses y distanciadas en las cuales solía preguntarle por los estudios y poco más. Harta de la situación, Sara se puso en contacto con él para consultarle y contrastar su opinión. Aunque todavía no se había

promulgado la ley del divorcio, su intención era que se separasen, no soportaba ver a su madre en aquella situación, cada vez más deteriorada. Ante su sorpresa, no quiso saber nada y su pasividad e indiferencia la desconcertaron: «Siempre fue así, no iban a cambiar ahora, los matrimonios tienen sus cosas, tú no te metas por el medio... y si necesitas algo ya sabes dónde me tienes». Intentó seguir sus consejos, pero el día que su padre la abofeteó salvajemente por interponerse entre su madre y él, tenía dieciséis años y tomó una decisión irrevocable: se fue a vivir a casa de su hermano pese a la contrariedad de su cuñada y la resistencia de sus progenitores. Apenas un mes más tarde, el teléfono sonó y un policía les trasladó la fatal noticia: su madre había sido estrangulada con el rosario y su padre, después de cometer el fatal acto, había encontrado el fin cortándose las venas delante del televisor, viendo el desfile de las Fuerzas Armadas. Su hermano la culpó por haberse marchado de su lado, por haberlos abandonado, y ella nunca le perdonó. Tras las exequias, abandonó la casa fraterna para irse a vivir a un pueblo de Asturias con una tía. La hermana de su madre era viuda de un minero, liberal y anticlerical, que gustaba del anís e imprecaba a Dios y a la Virgen con familiaridad, considerándolos culpables de tanta desdicha. No le hacían falta muchos argumentos a Sara, así que ambas coincidieron desde el principio en sus ataques a la religiosidad y beatería imperantes. La buena mujer se preocupó por su sobrina como si de una hija se tratara, volcándose en ella con todo el cariño posible e intentando suplir la ausencia de referentes. Marcada por la pesadilla de la adolescencia, Sara se lo agradeció hasta la muerte, acaecida varios años antes en una residencia de ancianos no muy distinta de aquélla, cuando ya residía de policía en Valencia.

Se recordó a sí misma dónde estaba e intentó no perder el control y arrancar las estampas de la pared. Se trataba de un centro re-

gido por una orden religiosa, seguramente ofrecieran misa diaria a los ancianos para convencerles de que su sufrimiento era una prueba del amor que Dios les profesaba. Radicalmente atea, se sintió profundamente **desagradada**, pero comprendió a Antonio: nadie iría a buscarla a un lugar como aquél. Al despedirse, estrecharon la mano de Ylenia.

—Tendremos un coche aparcado permanentemente fuera. Es muy importante que nos avises cuando despierte —le dijo Antonio sosteniendo un rato más de lo debido su mano entre las suyas con una sonrisa inconfundiblemente seductora en los labios.

—Pasaré al mediodía a ver cómo evoluciona, si no te importa —dijo Sara haciendo lo mismo cuando le llegó el turno.

Ylenia los vio marchar y sacudió la cabeza. Era raro que dos inspectores se desplazaran con una víctima, debía ser un caso importante. Hacia las doce pasaría a ver cómo se encontraba. Se encaminó hacia la casa. Nunca había conocido una mujer inspectora de policía, debía ser muy inteligente para haber llegado tan alto. Aparentaba fortaleza y rebosaba seguridad, dotes de las cuales ella carecía. Y tan amable, sin embargo; dulce incluso, pese a la severidad de su cargo y profesión. Desde luego no era muy habladora, había permanecido callada durante todo el tiempo mientras preparaban la habitación. Toni, al contrario, no había parado de soltarle halagos y piropos sin intimidarse por la presencia de la superiora. Pero ella parecía no escucharlos, tan concentrada se hallaba. Se preguntó intrigada en qué estaría pensando.

Aquel día le tocaba el turno en la recepción y hacia allí se dirigió inmersa en sus reflexiones, tras recoger el comedor. Pronto llegarían las primeras visitas, escasas generalmente por las mañanas. Dispuesta a combatir el aburrimiento extrajo de un cajón la última novela sacada en préstamo de la biblioteca del Alcázar, abriéndola por la página marcada. Un joven elegantemente vestido entró con

aire preocupado mirando alrededor. El pelo cortado a cepillo remarcaba sus facciones morenas y angulosas.

—Buenos días —se acercó al mostrador—. ¿Puede usted informarme? Ando buscando una residencia para mi madre, tiene noventa y tres años y vive sola. Yo trabajo fuera de Toledo, no puedo hacerme cargo... —parecía realmente ansioso y a Ylenia le cayó bien en el acto.

—¿Padece alguna enfermedad mental o está impedida? —le interrogó siguiendo el protocolo.

—Sufre el deterioro progresivo de la edad, pero todavía se defiende.

Ylenia le informó de los precios y las condiciones. Se mostró muy interesado y pidió visitar el edificio y las instalaciones.

—Adoro a mi madre, ¿sabe? Es la mujer más importante de mi vida... —ante aquella confesión a Ylenia casi se le saltan las lágrimas.

—Le gustará el sitio, pese a estar cerca de la carretera es muy tranquilo. El jardín es enorme y el muro nos aísla del ruido de los coches. Los residentes están encantados de vivir aquí —pensó con reticencia en doña Carmen y sus continuas quejas.

Efectuaron un rápido recorrido por el recinto. El visitante no paraba de hacer preguntas sobre el horario, los turnos de las enfermeras, el número de monjas y de residentes...

—No quiero que me tome por un pesado, para mí es muy importante que esté bien atendida y, en ocasiones, el dinero no significa nada...

—¡De ninguna forma! Es loable su interés por el lugar que va a acoger a su madre, no todos los hijos hacen gala de él.

—¡Por favor! No me diga eso, no puedo creerlo...

—Como lo oye. A veces vemos cada cosa... —dijo confidencial—. Hay muchos que llegan en peor estado que un perro aban-

donado y aquí encuentran la felicidad que merecen y no les procura el entorno familiar.

—¡Cómo me gusta escucharla! ¡Qué tranquilo me deja! ¿Podría mostrarme las habitaciones, por último?

Ylenia sacó un llavero de la faltriquera. Era una Y de cuero repujado con un aro dorado del cual colgaba un manajo de llaves. Escogió una.

—La llave maestra nos permite abrir todas las puertas en caso de necesidad —dijo mostrándosela—. Le enseñaré un cuarto cualquiera, ahora los ancianos tienen actividades y están desocupados.

Se dirigieron a la planta izquierda y golpeó con prudencia la primera puerta del pasillo.

—No solemos irrumpir en su intimidad sin previo aviso. Para ellos, ésta es su casa y la respetamos —explicó mientras abría la puerta, al no obtener respuesta.

—¡Es muy acogedora! —exclamó al verla—. ¿Cuántas habitaciones tienen?

—Sesenta, en tres alas.

—¿Podemos ver alguna otra?

—Son todas similares —contestó saliendo y cerrando de nuevo con llave.

Los aguileños ojos del visitante no perdían detalle. Al salir, antes de despedirse se dirigió a ella, tomando su mano como antes habían hecho los dos policías.

—Me ha encantado el lugar, pero sobre todo usted. Nunca había conocido a una persona tan dulce y maravillosa. Se lo digo de corazón: si a mi edad permanezco soltero es porque no he conocido otra mujer como usted. Mañana por la tarde emprendo un largo viaje de negocios a China, del cual tardaré en volver. Traeré a mi madre por la mañana. ¿Quisiera usted cenar conmigo esta noche, de despedida? Deme una oportunidad, no me diga que no,

por favor, o retrasaré mi desplazamiento hasta que acceda y me echarán del trabajo... —se puso de rodillas ante ella. Los ancianos se amontonaban tras los cristales del salón cotilleando divertidos. Ylenia casi se muere de vergüenza al darse cuenta.

—De acuerdo —dijo casi sin pensarlo y al instante arrepentida.

—¡Oh! Me hace tan feliz... ¿puedo tutearla?

—Sí, claro...

—Me llamo Víctor, Víctor Pérez a tus pies —alzó su mano y la besó con devoción.

Una ruborizada Ylenia lo acompañó hasta la salida. Sólo faltaron los aplausos de los viejos al cruzar el jardín. Ante la cerradura de la verja, volvió a sacar el llavero. Víctor se despidió con un nuevo besamanos e Ylenia casi se desmaya. Aquel aparecido condensaba todos sus sueños, los protagonistas de tantas fotonovelas como había leído, de tantos culebrones como había tragado. Un hombre sensible y educado, guapo, honrado, galante y cariñoso... Sintió a Cupido revolotear a su alrededor, los violines sonando, su flechazo alcanzándole de pleno el corazón. Envuelta en una nube regresó a la casa y tras varias vueltas sin sentido se dirigió hacia la habitación de la víctima, que seguía con los ojos cerrados. Le tomó la temperatura, había descendido un par de grados. Comprobó la regularidad de su respiración, la arropó y volvió a salir con cuidado. Se encontró frente a frente con Sara y no pudo evitar dar un salto.

—Perdona si te he asustado, andaba buscándote. ¿Está consciente? ¿Puedo verla?

Volvieron a entrar y le señaló la cama con un susurro. Sara miró de reojo el santuario, sin encontrarlo tan aborrecible como por la mañana. El par de horas dormidas por el medio habían mejorado su humor tanto como la perspectiva de ver a Ylenia libre de Antonio.

—No ha despertado todavía. Si prefieres marchar te avisaré cuando lo haga...

—Me quedaré un rato contigo, he pedido permiso para ello a tu superiora. He traído unos sándwiches, podemos comerlos en el jardín debajo de un árbol. Aunque si prefieres bajar a Toledo... —se paró ante ella percibiendo un sutil cambio en la mirada de la muchacha—. Te noto un poco alterada...

—¡Ha sido un día tan intenso! Desde que Antonio me llamó por la mañana han sucedido tantas cosas...

—¿Ah, sí? —preguntó Sara con curiosidad—. ¿Qué ha pasado? Se sonrojó antes de contestar.

—Nada, en realidad —dijo evasivamente encogiéndose de hombros.

Sara la observó y extrajo rápidamente sus propias conclusiones. Aquella sonrisa bobalicona, la mirada huidiza y el rubor eran síntomas probablemente producidos por la visita de Antonio. Seguramente su compañero no mentía cuando decía que estaba enamorada de él. Osciló entre la envidia y la rabia, pero se calló. Aquella atracción era lógica y natural por otra parte. Por el contrario, si ella se le declaraba, la rechazaría de plano tildándola de lesbiana, de rara. No podía competir con un hombre. La psicóloga que la trató de su profunda depresión cuando Almudena la dejó tirada por una explosiva camarera de Chueca, doce años más joven, le reprochaba continuamente estos pensamientos negativos y destructivos. «No hay nada raro en ti. La sexualidad es más compleja que marcar con una cruz una casilla y el amor no tiene sexo. Tu problema no es que te gusten las mujeres, es otro: tu indecisión. En tus relaciones te has dejado siempre seducir, primero por tu marido y luego por tu amante. Debes tomar tú la iniciativa. A partir de ahora, no dejes que nadie maneje las riendas de tu vida», solía decirle. Pasaron muchas jornadas, meses de baja. Tardó en aprender a aguantarse las lágrimas, la ira, el fracaso. Se sentía culpable por no haber hecho nada bien, ni con sus padres, ni con su

hermano, ni con su tía, ni con su marido, ni con ella misma. Una mañana despertó pensando en el suicidio y comprendió aterrada que no podía caer más hondo. Su recuperada iniciativa la llevó entonces a matricularse en un curso de patrón de yate y después en otro de piloto de avionetas. Necesitaba horizontes sin límites, dejar la tierra atrás, salir del pozo. Para librarse de la incertidumbre tomó la decisión consciente y fría de renunciar al sexo, al amor. Se reincorporó al trabajo y empezó a frecuentar las *sex shop*. Nada más deseaba, nada más tenía y con eso se consideraba razonablemente feliz. Y ahora aparecía aquella muñequita frágil y modosa y las mariposas empezaban a aletear de nuevo en su estómago. Le gustaba, no le quedaba más remedio que reconocerlo. Mucho. Pero no estaba preparada. Sentía prevención ante la posibilidad de una recaída, angustia por cometer un nuevo error, pánico ante el rechazo. Sacudió el agobio y se dispuso a un rato de charla en su compañía. Apenas había dormido cuatro horas y aun así se encontraba despejada. La excitación producida por la compañía de Ylenia actuaba en ella como acicate.

—Háblame de ti. Antonio me ha dicho que eres rumana —empezó cuando se sentaron—. ¿Viniste a España de pequeña? ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

Ylenia no solía abrirse a los extraños, pero aquella policía le inspiraba confianza, delante de ella se sentía transparente. Decidió no ocultarle nada. Le contó las extrañas circunstancias de la muerte de su padre y la pesadilla del tren, recurrente cada vez que el timbre del teléfono interrumpía sus sueños. Le habló de su tristeza y su desarraigo cuando llegó a España con una maleta y una muñeca por todo equipaje. De Alicia, incapaz de ser madre ni ejercer como tal, y de su herencia, que sirvió para invertir en otras desdichadas como ella. Y, cómo no, de las monjas y de la residencia, su refugio terrenal.

—¿No tuviste ningún novio?

—Alguno, pero todos querían ir demasiado deprisa... Nunca he tenido mucha suerte con los hombres.

De nuevo asomó el color sonrosado en sus mejillas, empeñada en minar las defensas de Sara con esa inocencia enternecedora. La inspectora echó el freno en seco, mejor hablar de otra cosa.

—¿Nunca volviste a ver a tu madre y tu hermana?

—Ellas continuaron su vida en Bucarest, debieron pasar grandes dificultades, pues mi madre, Corina, convertida en sospechosa, vio cerradas las puertas de las aulas y apenas sobrevivió un año a su querido Catalin. Mi hermana Lavinia me comunicó su óbito cuando ya había sido enterrada, murió de pena y casi en la miseria. Me llamó desde la casa de una vecina, pues incluso nos habían cortado el teléfono, aunque no me dio detalles. Yo quise regresar a Rumanía con ella, pero se negó. Le pedí entonces que viniera a España conmigo y tampoco quiso. Había sufrido mucho en los últimos tiempos y pensaba rehacer su vida con un chico, se reuniría conmigo más adelante. Fue lo último que supe de ella. Durante años esperé una carta suya, una llamada, y todavía la sigo esperando. No sé si está viva o ha muerto, si soy definitivamente huérfana o aún tengo familia...

Alzó una mirada húmeda y Sara, impulsivamente, le acarició el pelo con ternura, sorprendiéndose por su suavidad. Inadvertidamente, sintió golpear desbocado el corazón en el pecho y retiró la mano, asustada por aquel aldabonazo incontrolado. Tragó saliva, antes de decirle:

—Tengo un amigo en la policía rumana. Cuando acabemos con esto, le pediré que la localice. Es muy bueno en su oficio, el mejor, él podrá encontrarla, seguro.

—¿Lo harías?

Sus pupilas violetas brillaron encendidas de esperanza y Sara supo que, por darle una alegría, sería capaz de ir ella misma a buscarla.

—¿Y cómo colaboras con la policía? —cambió nuevamente de tema, deseando estrecharla entre sus brazos y conteniéndose a duras penas de hacerlo. Ella parecía no haberse dado cuenta de nada.

—Alicia, la pianista amiga de mi madre, no quiso que perdiera la lengua materna y se encargó de mantenerme en contacto con la comunidad rumana; ahora sirvo de intérprete a los emigrantes. En esta provincia vienen muchos a trabajar al campo, a la siega, la recogida de aceituna, la vendimia... Gente trabajadora, buena e integrada, totalmente alejada de esos canallas que sólo nos proporcionan mala fama y peor imagen. No todos los rumanos son así. Al contrario, somos mayoría los buenos y trabajadores. El nuestro es un pueblo acostumbrado a sufrir, me enervo cuando nos acusan de ladrones y vagos.

—Tienes razón, es una pena, yo también comparto tu opinión. Pero el asunto de las bandas rumanas es un escándalo, puedo entender a los que generalizan. Aunque se equivoquen tienen motivos. Y en cuanto a la trata de mujeres, son expertos.

—¡Qué me vas a decir a mí! En España hay medio millón de prostitutas, más del noventa por ciento son extranjeras y de ese porcentaje casi el setenta son rumanas o están controladas por rumanos. Las sacan del país con falsas promesas de empleo como camareras, limpiadoras, servicio doméstico o recogedoras de fruta. Les retienen los documentos y las violan, obligándolas a trabajar con amenazas de muerte a su familia. ¡Más de veinte servicios al día les exigen a muchas! ¿Te imaginas? A veces algún cliente compasivo las ayuda a escapar, pero son casos aislados. La mayoría de ellos, además, esnifan coca y las obligan a meterse *una rayita* antes del acto. Y consienten, porque si se niegan se lo dicen al chulo y las vapulea. Muchas de las que recogemos han terminado siendo adictas así... —su voz contrita denotaba una tristeza infinita.

—Tú en tu trabajo y yo en el mío hemos visto tantas desgracias... —concluyó Sara con profunda rabia y la mirada chispeante de ira.

—¿Por qué te hiciste policía? —preguntó con curiosidad.

Sara se tomó un tiempo antes de contestar. La psicóloga se lo había preguntado muchas veces y ninguna de las respuestas ofrecidas había sido igual que la anterior. No era una profesión bien vista en una cuenca minera y menos para una mujer; su tía había quedado escandalizada con su decisión de abandonar Derecho en segundo curso e ir a una academia a preparar la oposición, convencida por su novio. A Matías, así se llamaba, le había muerto un hermano enganchado al caballo, uno de tantos en aquellos años marcados por el paro y las drogas. Había tomado esa decisión para desmarcarse de su entorno y movido por el afán ideal de desmantelar el tráfico de heroína y evitar más bajas, ambición que conmovía a Sara y que terminó por decidirla, harta de ver impotente cómo los jóvenes de su edad caían como moscas de sida y sobredosis. Sin embargo, él se vio obligado a abandonar por una lesión cardíaca congénita y no llegó a promocionar. Encontró trabajo en un almacén y se casaron al obtener ella la plaza definitiva, pero su orgullo resentido contribuyó al distanciamiento. Cuando Almudena aterrizó en su vida, el amor había volado hacía tiempo ya. En cuanto a ser policía, nunca se había arrepentido. Le gustaba pensar que se dedicaba a proteger a personas inocentes, a evitar males mayores deteniendo a los delincuentes, a luchar contra el crimen y poner orden en la sociedad. Aunque luego se pasara el día rellenando informes...

—Supongo que hubo muchas razones para ello... Te parecerá raro, pero no soporto los abusos contra los más débiles ni la violencia, aunque en ocasiones me veo obligada a usarla.

—¿Es contradictorio, no?

—Supongo que sí, pero... ¡quién no tiene contradicciones!

—¿Viven tus padres?

Una nube cruzó el cielo, nublándolo, o tal se lo pareció.

—No. Murieron los dos. Él mató a mi madre y luego se suicidó. Violencia de género, se llama ahora. Quizá también eso influyó...

—¿No tienes más familia? ¿Estás casada?

—Mi matrimonio salió mal, con mi ex ya no me hablo, y tengo un hermano, pero no he vuelto a verle desde hace más de treinta años. Aquella tragedia nos separó definitivamente en vez de unirnos, como hubiera sido natural.

—¿Y no los echas de menos?

Sara se encogió de hombros con desdén.

—Ya me acostumbré a vivir sola.

—Yo en cambio recuerdo a mis padres y a mi hermana cada día, aunque me haya hecho también a la soledad. ¡Qué triste casualidad! Las dos huérfanas y abandonadas...

Quedaron en silencio, cabizbajas. Sara intentó recordar los rasgos de Andrés, pero le resultó imposible. ¡Había transcurrido tanto tiempo! Sopesó fugazmente la idea de llamarle, aún conservaba su número de teléfono, pero enseguida se arrepintió de su debilidad. Debía ser el ambiente que la rodeaba. El jardín había quedado vacío, únicamente las dos mujeres permanecían sentadas en un banco. Los ancianos estaban dentro, comiendo, algunos ya en la siesta. El calor del mediodía se mascaba y la luz cegaba bajo el intenso azul. Las cigarras cantaban en vibrante coro. Una suave brisa movía las ramas. Se respiraba tal paz y tal sosiego que la conversación mantenida se les antojó irreal. La sintonía del móvil de Sara rompió el tiempo detenido. Lo miró con desgana. Era Antonio. Contestó molesta por la interrupción, pero, al escuchar la noticia se puso de pie totalmente alterada.

—¿Qué sucede? —le preguntó Ylenia asustada al ver su cara.

—Aquí alguien se está volviendo loco —contestó Sara—. Tengo que dejarte. Ha ocurrido una matanza, un ajuste de cuentas. Vigila bien a esa muchacha, que no le suceda nada, seguramente está relacionada. Éste es mi número —le extendió una tarjeta—. Avísame si despierta. Y, si puedes, habla con ella hasta que lleguemos, a ver qué recuerda. En todo caso, vendré a cualquier hora a interrogarla.

—No te preocupes. Vete tranquila, yo me encargo del resto.

Fue a abrirle la verja y se despidieron con un beso espontáneo y cariñoso como dos viejas amigas. Al entrar en el coche Sara se volvió y la sorprendió aún en la puerta, mirándola fijamente. Le hizo un saludo con la mano antes de arrancar e Ylenia le respondió igualmente. Tras cerrar la reja volvió sobre sus pasos, aún conmovida por las mutuas confianzas. Pero al entrar en su cuarto, sin transición, pensó en la ropa que se pondría para la cita nocturna con Víctor.

ESPAÑA, MADRID.  
Martes, 6 de octubre de 2009. 16.00 horas

Cuando llegaron a Las Rozas localizaron con facilidad el lugar de los hechos, una calle sin asfaltar perpendicular a la vía de servicio. Atravesaron el cordón de la dotación policial que impedía las entradas y salidas de la escena del crimen. Cesáreo estaba hablando con el médico del SAMU<sup>1</sup> al pie de la ambulancia y se les acercó rápidamente.

—La brigada de Homicidios ha llegado —señaló un grupito que se hallaba a la puerta.

—¿Todavía está dentro la Científica?

—Han finalizado la inspección ocular y acaban de entrar los de Balística. El técnico forense y el juez de guardia no han llegado aún, nos dará tiempo a ver el escenario antes de levantar los cadáveres, ya lo he hablado con su inspector. El espectáculo es dantesco, según creo.

—¿Y el sitio?

—Es un restaurante poco frecuentado.

—Y a partir de ahora, menos —auguró Antonio con sorna.

—Podéis pasar —dijo un policía asomando del interior.

Entraron en grupo con los de Homicidios, sin que éstos se extrañaran de su presencia. Antonio saludó a un par de ellos, viejos conocidos. La primera impresión fue tremenda, la sangre cubría paredes y suelo. Al fondo, en la última mesa antes de los lavabos, seguramente separada del resto del local por el biombo tirado y hecho trizas, se amontonaban en distintas posiciones cuatro cuerpos,

---

<sup>1</sup> Servicio de Atención Médica de Urgencia.

a los que la muerte sorprendió sentados. El que estaba de espaldas al baño aún aferraba en la mano el tenedor y el cuchillo, señal de que no se había enterado. El tipo sentado enfrente demostraba con aquel escorzo imposible que había intentado sacar el arma. De los otros dos, uno tenía la cabeza enterrada en el plato y el otro permanecía sobre la silla tirada de espaldas, aventado por el impacto sin que la sorpresa le hubiera permitido cambiar de posición. Curiosamente, la mesa tenía cinco cubiertos puestos. ¿Había llegado a sentarse su asesino? ¿O sabía que le esperaba una encerrona y no asistió?

—El asesino salió del váter —señaló el jefe de la brigada de Homicidios.

Los dos asintieron. La escena estaba clara.

—¿Sólo uno? —quiso saber Antonio.

—Con la cara tapada, eso dicen los parroquianos. Llevaba un pasamontañas. Dio dos pasos con la pistola en la mano e hizo no menos de siete disparos.

—Con una semiautomática, aventuran los de Balística; los casquillos encontrados son de 9 mm Parabellum —intervino Cesáreo, ya enterado.

—Sí, tal vez una Sig-Sauer o similar —confirmó el de Homicidios—. Después, salió con tranquilidad, se montó en un Audi que llevaba aparcado a la puerta desde hora temprana y salió derrapando. A nadie le había llamado la atención el coche y a ninguno se le ocurrió fijarse en la matrícula.

—Antes o después se quitaría la capucha para conducir. Alguien tuvo que verlo...

—Estamos interrogando a los testigos, pero a esta hora la calle suele estar desierta, no es una zona de tránsito, eligieron bien el sitio para matarlos.

Sara aguardó pacientemente mientras los de Homicidios finalizaban su cometido y después se acercó. No le cabía duda sobre lo

que iba a encontrarse. Levantó con firmeza por el pelo la cabeza del plato y la miró un segundo. Stefan. El traficante de armas.

—¿Son los cuatro mafiosos del asador, verdad? —Antonio estaba a su lado.

Asintió, tragando saliva. La sangre había resbalado en cascada formando un charco en el pavimento y el mantel aún goteaba. Los habían tiroteado salvajemente. A los cuatro. Un solo asesino.

—Voy a la comisaría —fue su respuesta—. He de ponerme urgentemente en contacto con Razvan. Le enviaré una copia de la cinta del asador; al del pañuelo no se le ve la cara, pero a su sicario se lo distingue perfectamente. Esta madrugada ha vuelto a actuar y puede que esto sea también obra suya.

—Voy contigo.

Sara lo miró de reojo sin atreverse a impedirselo. Cada vez que se separaba de él acontecía un hecho luctuoso y se resistía a creer en la casualidad.

—¿Cuál consideras que será su siguiente paso? —le preguntó Antonio impávido mientras iban en el coche con la sirena puesta.

—No soy adivina, es difícil aventurarlo —contestó circunspecta—. Cargarse a cuatro jefes de la mafia rumana puede desencadenar fácilmente una guerra entre clanes. Esta noche habrá que incrementar las patrullas.

—Los periodistas arremeterán contra nosotros. No quiero imaginar el monumental enfado del comisario. Al lado de este sanginario suceso los asesinatos de las dos chicas pasarán a un segundo plano.

—¿Y si hubieran sido el desencadenante? —no quería separar los casos de ningún modo y menos a propuesta suya. Nuevamente los acontecimientos se habían precipitado cuando no estaba a su lado. ¿Y si Antonio estaba implicado? Aún tenía presente al *sheriff* de Coslada...

—Oído cocina, señora maestra, no se me olvida su teoría. Se hará como ordena el ama —hizo una reverencia burlesca a la cual Sara contestó con un bufido de exasperación.

La tarde transcurrió en línea con Rumanía. Los correos electrónicos se sucedían en ambas direcciones. Enviaron a Razvan las imágenes de los cuatro hombres entrando en el asador, cuando todavía eran los reyes del mundo, y sus fotografías tras haber sido despachados al otro barrio.

—¿Dónde estarían sus guardaespaldas? ¿Por qué no iban con ellos? —muchas preguntas sin respuesta se cruzaban en el despacho.

—Posiblemente fueron convocados por alguien de máxima confianza —Sara levantó la cabeza de sus notas—. Es inverosímil que acudieran a la cita sin protección si temieran una trampa.

—También podía tratarse de una reunión secreta y no querían que se enterasen ni sus fieles. ¡Si supiéramos quién era el quinto comensal!

—El quinto también pudo haber llegado tarde y salir corriendo al ver el menú servido...

—¿Sin enfrentarse con el asesino? No es factible y más si era uno solo.

Sara estaba convencida de que el autor de los disparos y el asesino del hospital terminarían siendo la misma persona. Tenían su cara. Tarde o temprano lograrían identificarlo y, entonces, caerían sobre él. Cesáreo entró a informarles del resultado de la investigación.

—Dos noticias, una buena y una mala.

—Primero la mala.

—De acuerdo. No hay huellas. La ventana de los servicios del restaurante da a un pequeño patio interior a través del cual se comunica con el almacén donde guardan las bebidas. En el almacén

han encontrado un par de pisadas de zapatilla deportiva, no se corresponden con ninguno de los camareros pero podrían ser del repartidor, que estuvo allí sobre las once de la mañana. Lo están buscando para descartarlo. En cuanto a las huellas dactilares, corresponden al personal.

—Con suerte, sabremos que número calza... ¡Es desesperante!

—Está claro que usó guantes. Y pudo haber estado escondido en el almacén sin que nadie se percatara, no volvieron a entrar en él desde la visita del repartidor.

—¿No forzó la puerta? ¿Cómo entró al local?

—¡Si veis la cerradura...! Como si no la hubiera, además de ser endeble no tenía echada la llave, sólo el resbalón. No le hizo falta forzarla, pudo abrirla con una horquilla o una simple tarjeta. Por lo visto, el dueño entró a sellar los albaranes y el mozo hizo varios viajes con el carrito hasta el camión. No estaba aparcado precisamente enfrente, pudo aprovechar cualquiera de ellos y entrar al descuido, aprovechando la maniobra. Visiblemente no hay señales, desde luego.

—Habrá que seguir interrogando a los vecinos. En fin, ¿cuál es la buena? —inquirió Sara.

—En su escapada, el Audi casi se lleva por delante a una ciclista. La mujer usa todos los días la bicicleta para ir a trabajar y está harta de que los coches no la respeten. Por consiguiente, increpó al conductor y anotó la matrícula. Cuando llegó a poner la denuncia no nos lo creíamos. El coche apareció abandonado en un *parking*, estamos vigilándolo por si regresa el dueño, pero lo dudo. Apareció limpio como una patena, sin huella alguna tampoco. Se trata de un asesino muy cuidadoso.

—¿Y cuál es la buena noticia, entonces? —insistió impaciente.

—Que lo ha identificado —dijo Cesáreo con una amplia sonrisa.

—¿Cómo? —Sara saltó del asiento.

—Cuando sucedió ya no llevaba pasamontañas, debió quitarlo por el calor y para no llamar la atención en exceso. Le mostramos varias fotografías entre las que me permití incluir la de tu hombre. Y lo ha reconocido sin titubeos, aunque llevaba el pelo distinto, según manifestó. Por lo visto debió cortárselo.

—Tiene buena retentiva la señora. ¿Cómo pudo fijarse tanto si iba a tal velocidad?

—Pensó si se trataría de un gitano con un coche robado, al verlo tan moreno, y se quedó con su cara. Ya sabes cómo es la gente...

—En este caso sus prejuicios nos han venido bien —Antonio se frotó las manos—. ¿Crees que se trata de nuestro Drácula?

—O es él o se encarga de hacerle el trabajo sucio —Sara volvió a mirar el ordenador—. ¡Cuánto tarda Razvan en contestarnos!

RUMANÍA, BUCAREST, TULCEA.  
Martes, 6 de octubre de 2009. 19.00 horas.

En Bucarest, Razvan renegaba. La red se le cortaba, el café se le había quedado frío y se estaba perdiendo las partidas de table<sup>1</sup> y las cervezas con sus amigos.

—¡Maldito cacharro! —golpeó el ordenador cuando lo vio, por tercera vez, reiniciarse solo. Lo habían formateado la semana anterior debido a un virus y ahora empezaba a manifestar los mismos síntomas—. ¡A ver cuándo llegan los nuevos computadores! —gritó al tendido sabiendo que nadie le oiría.

Sus compañeros se habían marchado a las seis a cenar y echar unas partidas, para ver luego juntos el partido del Steaua, pero a él le había llamado Sara con urgencia y no entraba en la cabeza de Razvan dejarla colgada. Nunca la había visto tan agitada. En cuanto visionó la cinta, con ella al otro lado del teléfono, y vio su largo pelo negro y su moreno rostro, supo que había visto recientemente a ese hombre en otra foto; por eso le resultó sencillo decir que sí, que lo conocía. Pero ahora era incapaz de localizarla. Y más con aquel ordenador; cuando funcionaba tardaba un minuto en abrir cada archivo. Luchar contra la informática le suponía más esfuerzo que cazar a los malos, solía decir.

Mientras se reiniciaba de nuevo el sistema operativo, bajó al sótano. Su colega española le había pedido también más información sobre aquel Dracul amigo de Nicu, pero las bases de datos eran demasiado recientes y no incluían años anteriores. Nadie se había ocupado de introducir los datos, en consecuencia los expedientes en pa-

<sup>1</sup> Backgammon, juego de damas muy popular en Rumanía.

pel únicamente se podían rastrear en el archivo. Ya era el tercer viaje y no había encontrado ni una referencia a ese nombre. En aquellos tiempos él acababa de entrar en la policía y estas cosas se rumoreaban en voz baja, no convenía que te oyeran decirlas ni insinuarlas. Llamó a Bela, el policía retirado que le había dado la pista, pero su respuesta le desanimó más todavía. Según él, un informe sobre aquella pandilla sólo podía haber sido producido por la Securitate. Desaparecida ésta en 1989, podía darlo por perdido: los expedientes de la policía secreta habían sido quemados y destruidos a miles por unos y otros. Hojeó los periódicos de la época, también sin fruto.

Subió las escaleras sintiéndose en vía muerta. En la pantalla le pedían la contraseña, buena señal. Accedió de nuevo a las imágenes tamborileando con los dedos en la mesa. ¿Por dónde atacar? Más de seis mil ficheros esperaban ser abiertos; hasta el momento sólo había revisado los más evidentes, los relacionados con España. Volvió a pensar en Nicu. Un putero y un borracho que estaba todo el día de fiesta, menudo ejemplo para una nación... Fiesta... ¡Claro que sí! Había visto la foto de aquel hombre entre las tomadas en una boda celebrada en la playa de Mamaia la temporada pasada, donde se había reunido lo mejorcito de cada casa para unir en matrimonio a la hija del dueño del hotel más famoso de Constanza con un mafioso ucraniano de altos vuelos. Razvan puso un hombre a fotografiar a todos los que acudieran al evento para disponer de sus caras cuando llegara el momento; siempre había sorpresas entre los asistentes a un acto como ése. Inspirando el aliento, se dispuso a pasar una por una los casi ciento ochenta archivos conseguidos aquel día.

. . .

Mientras tanto, a trescientos cincuenta y tres kilómetros, en Tulcea, un hombre atendía el teléfono en la piscina de su casa,

recostado en una hamaca. Lo rodeaba un lujurioso huerto con variedad de flores y árboles, plagado de exóticas aves que inundaban el ambiente con sus trinos.

—Los cuatro están fuera del tablero —la voz sonaba distante.

—Cuéntame cómo lo hiciste.

—Solo y con cuidado. Los cuatro de una tacada.

—¿Y los gorilas?

—No estaban invitados a la fiesta, los pajaritos acudieron solos a la cita.

—No te creo. Los conozco y no se fiarían ni de su madre muerta. ¿Cómo lograste atraerlos?

—Resultó bastante fácil. Habían escuchado por la radio el nombre de la operación. Les dije que estabas mordido. Y que desaparecido tú, sus ingresos aumentarían. Les confesé que iba a traicionarte y les pedí que acudieran solos, no fueran sus chicos a delatarme. Iba a cerrar mi parte con ellos. Te advierto que están... estaban ansiosos por perderte de vista, temían que la policía los relacionara contigo y pudieran sufrir represalias e injerencias en sus asuntos. Te hubieran entregado, no lo dudes.

—Eres un hijo de puta. Espero que no se te ocurra hacerlo nunca.

—Me pagas demasiado bien.

—¿Y la chica?

—Esta noche. Casi lo consigo de madrugada, pero estaba la policía custodiándola. Ahora la trasladaron a otro lugar, será más sencillo. Se me ha ocurrido un plan...

—Ya me lo contarás, tengo que colgar. Recuerda lo dicho. No puede pasar de hoy —depositó el móvil sobre la mesa—. ¿Y tú? —preguntó dirigiéndose a la mujer que acababa de entrar.

—Te... te escuché hablar con Viorel y pensé... ¿Era algo de la niña?

Como el rayo, Mircea se levantó y le cruzó la cara de un sonoro bofetón.

—¡Qué no me preguntes por ella! Ya te dije que está bien —la sangre le arroyaba por la nariz y le tiró una toalla.

—Perdona, perdóname, Mircea, no dudo de ti... pero tengo tantas ganas de verla... ¿Cuándo le dirás que venga? ¿Cuándo me dejarás ir?

—Cuando te lo merezcas —miró hacia la muchacha, apenas cubierta con un ceñido bikini que resaltaba todavía más sus protuberancias—. Ven y chupámela, anda, que eso, por lo menos, lo haces bien —se apartó el albornoz y hundió entre sus piernas la cabeza de ella.

Mientras ella ejecutaba la faena evitando hacer perceptible la desgana, él marcó un número de móvil. La agarró por los pelos y le movió la cabeza abajo y arriba aceleradamente, queriendo terminar antes de que contestaran. Desprevenida, no pudo evitar una arcada y él la apartó con asco, arrojándola de un empujón contra el suelo, mientras terminaba de masturbarse con una mano. Con lágrimas en los ojos y el carmín corrido, la mujer se levantó y se dirigió a la casa, intentando no moverse demasiado para evitar el dolor en las costillas. No tardaría un nuevo cardenal en adornar su cuerpo.

—¿Andrei?

De reojo lo vio echarse hacia delante concentrado en la conversación, y aprovechó para introducir los dedos en el bolso del albornoz masculino cuidadosamente colgado del perchero, extrayendo de él una papelina. La abrió a hurtadillas, sacó un poco de polvillo blanco con los dedos y lo esnifó con fruición antes de volver a dejarla donde estaba. La sangre empezó a gotear por su nariz, aunque ya no era debido al golpe. Dejando un tenue reguero en la pechera se dirigió al sofá y encendió el televisor poniéndolo a todo volumen. Una chancla lanzada contra el cristal de la puerta la advirtió de que estaba demasiado alto. Furiosa, apagó el aparato y arrojó el

mando sobre la gruesa alfombra. Al cesar el ruido se escucharon perfectamente las palabras de Mircea; comprobó que no podía verla y permaneció sentada, quieta, aguzando el oído.

—Sí, lo dicho. Selecciona entre tus mejores hombres cuatro de la máxima confianza, procede un recambio. Las piezas destinadas han caducado.

—...

—No, no quiero conocerlos. Nadie tiene que saber que estoy detrás, de hecho la iniciativa es totalmente tuya, no me conoces y esta conversación nunca tuvo lugar.

—...

—Los pisos están en Madrid, Alfàs del Pi, Lugo y Valencia. Habrá que renovar el parquet o quizá convenga cerrarlos un tiempo. Lo que diga Viorel, es mi álter ego en España. Él se encargará de ejecutar mis instrucciones. Llámame cuando aterrices y os pondré en contacto.

—...

—No, de momento cesarán las cargas, llevará un tiempo organizar nuevamente a las familias.

—...

—OK, Andrei. *Ciao*.

La mujer subió corriendo a la habitación para evitar ser descubierta. A su marido no le haría gracia verla espiando. Después de tantos años de convivencia seguía sin saber muy bien a qué se dedicaba exactamente. Evidentemente, detrás de la aparente imagen de empresario de éxito, dueño de una considerable fortuna acumulada mediante la construcción y el transporte, seguía teniendo intereses relacionados con los clubes de alterne; nunca lo había dicho pero no le extrañaba, siempre había sido así, bien lo sabía ella. Estos establecimientos en España dejaban mucho dinero, se había iniciado cuando estuvieron allí. Mircea era accionista en va-

rios y fueron doce años de exilio dorado a costa del vicio ajeno, una larga temporada de bacanales de sexo y drogas. Una fina nebulosa recubría los recuerdos. Ella era entonces joven y bella, la más preciada y distinguida joya de Mircea, que la lucía orgulloso. Entonces nunca le pegaba. ¿Cuándo empezó todo? No recordaba la primera bofetada y ahora no concebía un día sin recibir alguna. Pese a todo, lo peor no eran los golpes, era no saber cuándo se esperaban. A veces alzaba la mano y ella se encogía, pero el gesto terminaba en una caricia y una sonrisa compasiva. Otras, le pegaba sin motivo aparente. No le hacía falta. Podía ser en medio de una conversación o de una comida. Su puño salía disparado y la alcanzaba en el pecho, en la espalda. Antes guardaba cuidado en golpearla en aquellos lugares del cuerpo que quedaban ocultos por la ropa. Últimamente hasta eso descuidaba y ya la había agredido en la cara en varias ocasiones. Demostrarle miedo acrecentaba su poder y a ella la había atraído el poder que él ambicionaba. Siempre había sido un hombre acostumbrado a ganar, a manejar los hilos sin rendir cuentas más que a sí mismo y hasta entonces la ventaja había estado de su parte. Nunca les faltó de nada, aunque, haciendo memoria, jamás le había permitido examinar sus cuentas ni sabía en qué consistían en realidad los negocios de su esposo. «¡Qué vas a entender aunque te lo explique! Esto no es para ti, tontina. Tú con quererme y estar guapa para mí, ya basta.» Siempre la había mantenido alejada de sus cosas, por las buenas o por las malas. Pero la conversación que acababa de escuchar no versaba sobre camiones ni sobre obras. Se preguntó con quién estaba viviendo, qué escondía Mircea Balan.

. . .

¡Bingo! Razvan había encontrado la foto. Allí estaba el sujeto que buscaba Sara saliendo con un matrimonio del recinto. Le dio la vuel-

ta. En el reverso, alguien había dispuesto con gruesa caligrafía: «De izquierda a derecha: Viorel Enescu, Mircea Balan y su mujer». Viorel Enescu era su hombre. Introdujo el nombre en la base de datos y marcó el número de la comisaría española mientras leía en la pantalla.

—¿Sara Ocaña? —esperó impaciente mientras le pasaban—. ¡Sara! —casi gritó al oír su voz—. ¡Lo he encontrado! Viorel Enescu. Ahora tiene 29 años. Los padres fueron a trabajar a Castilla-La Mancha como emigrantes regulares y el niño quedó aquí con la abuela. A los catorce ya fue detenido por primera vez, robo con violencia. De los catorce a los diecisiete nos visitó por lo menos dos veces al año. A esa edad le reclamaron sus padres y se fue a España con ellos. Si siguió delinquiendo, y dudo que haya dejado de hacerlo, estará fichado. Te mando copia de la foto.

Mientras llegaba el correo electrónico con el archivo adjunto Sara consultó ARGOS, la base de datos de antecedentes policiales.

—¡Mierda!

—¿Qué pasa? —Antonio se levantó raudo a mirar la ficha.

—A los diecinueve años se registra una denuncia por violación con maltrato. ¡Y ante el juez retiran los cargos al día siguiente! Desde entonces está limpio —señaló la pantalla con el dedo.

—Un pájaro muy listo —Antonio soltó una carcajada.

—O con una buena rama donde posarse —Sara lo miró con desconfianza.

Diez años sin cometer un delito, un hombre con sus antecedentes y claramente relacionado con la mafia, era inexplicable. Salvo que estuviera protegido. Muy protegido. Prefería no pensarlo, seguía recelando de su compañero. ¿Cómo había conseguido Viorel el número de la habitación en el hospital? La pregunta rondaba su cabeza sin cesar. Antonio se mostraba tan entusiasmado como ella con el caso, pero podía ser una mera fachada. Era una preocupación más, otro frente abierto. Un icono parpadeó en el escritorio.

—¡Es Razvan! La foto...

La ampliaron e hicieron varias copias. Tenía buena resolución y estaba sacada casi en primer plano. Los tres lucían como figurines, quizá de una moda demasiado hortera para el gusto de Sara. Los dos hombres con trajes de seda brillante, gris plata Mircea y azul eléctrico Viorel, y ella con un vaporoso vestido palabra de honor de tul verde pálido. El oro brillaba en sus cuellos y en los brazos de la mujer.

—¡Menudo objetivo debieron emplear! Y luego se quejan de no tener medios...

Se distinguían con nitidez los rasgos y ambos los contemplaron queriendo aprehenderlos. Mircea Balan llamaba poderosamente la atención, tenía un atractivo magnético y una desenvoltura felina en sus gestos. Viorel parecía más contenido, más templado, pero sus ojos taladraban el objetivo, aun sin reparar en él. La mujer parecía concentrada en el suelo, ausente, ajena a la conversación que hacía reír a sus acompañantes.

—Voy a llamar a Ylenia, a ver si ha despertado la muchacha. Ya es hora de tener una conversación seria con ella. ¿Tienes el número de su móvil? Sólo dispongo del de la residencia...

Antonio rio divertido.

—¡Tú no conoces a Ylenia! —se jactó—. No tiene móvil y lava su ropa a mano, quedan pocas como ella...

Sara marcó el número, mosqueada por tan familiar conocimiento. Una monja le contestó amablemente, informándola de su ausencia.

—¿Ha salido? ¿A cenar? ¿Y la chica que llevamos hoy? —abrió lo ojos—. Vale, gracias. Llamaré mañana.

Enfurecida, colgó el aparato.

—¡Por lo visto se despertó y estuvo hablando con ella! Ahora está ya dormida y han recibido instrucciones del médico para im-

pedir nuestra visita, por lo visto volvieron a inyectarle un calmante. ¿Por qué no nos avisó?

—¿Dices que fue a cenar?

—Según parece tenía una cita —contestó enfurruñada.

—¡Siendo tan estrecha, no tardará mucho! —rió divertido Antonio—. ¿Quién será el incauto?

—Puede tratarse de una reunión de amigas...

—Monjas o putas, peor me lo pones.

—¡Joder, Antonio! ¡Eres un cafre!

—No lo tomes a mal, mujer, es una broma. ¿Qué mosca te ha picado?

—Diré al coche patrulla que nos avise cuando llegue. Y les enviaremos la fotografía de Viorel por si nuevamente descubre su paradero y realiza otra intentona —le lanzó una torva mirada.

Lo recortaron, separándolo de los otros dos, y se repartieron la distribución de las copias, agradeciendo internamente abstraerse en aquella labor manual. Mascando el silencio, Sara maldecía el compañero que le había tocado en gracia; él, por su parte, renegaba de su suerte.

ESPAÑA, TOLEDO.  
Martes, 6 de octubre de 2009. 21.00 horas

Ylenia se pintó los labios a toda velocidad. Como no estaba acostumbrada, la raya del ojo le salió mal a la primera. Soltó un bufido de desesperación. No soportaba la impuntualidad, había quedado con Víctor a las nueve y el tiempo se le había echado encima, quedaría fatal en la primera cita. Había escogido para la ocasión una falda larga floreada y una blusa blanca, combinadas con una rebeca roja que sacaba la luz a su piel clara. Dudó entre dejar o no la melena suelta y al final se puso una diadema, también roja, a juego con los zapatos. Pensó en llamar a Sara, pero no tenía tiempo. Mañana sería otro día. Víctor la esperaba. Además, Nicoleta estaba durmiendo, nadie debía molestarla, bastante había sufrido la pobrecilla. Por la tarde había subido a verla y la encontró despierta, muy nerviosa. Empezó a hablar sin parar y la retuvo casi dos horas; se negaba a quedar sola y no pudo salir a efectuar la acordada llamada de aviso. Se estremeció al recordar las barbaridades escuchadas. ¡Qué seres tan salvajes poblaban el mundo! La pobre muchacha terminó inmersa en una crisis de ansiedad y el médico tuvo que intervenir inyectándole un calmante. Sin duda a la policía le gustaría saber todas aquellas horribles cosas, pero no era el momento. Observó detenidamente su reflejo en el cristal.

. . .

*Lavinia ante el espejo. Siempre sabe lo que se lleva, lo que mejor le queda. En su cuerpo esbelto luce cualquier trapo y Ane-Marie siempre*

*le está haciendo ropa. Desfila ante mí como en una pasarela. Quiere ser modelo o artista. Le encanta presumir y aparentar más edad y yo sé que se pinta en la escalera, a escondidas de nuestros padres. Todas las noches se cepilla cien veces el pelo y se cubre la cara con pepino y yogur; yo suelo provocarla diciéndole que parece una ensalada. Lavinia siempre está sisando dinero, acaba de sacar un billete de la cartera de mamá y me ha hecho jurar que no le diré nada. Si mi padre le descubre los cigarrillos de Kent en el bolso la regañará; últimamente no paran de discutir por las cosas más nimias, como ayer:*

*—¡Ese perfume sólo pudiste conseguirlo en el mercado negro! ¿Con qué dinero? ¿Tienes un trabajo y me lo ocultas? ¿O acaso te dedicas a prácticas inadecuadas, impropias de una señorita educada? ¿Sabes qué se dice de ti en el barrio, Lavinia Popescu?*

*—¡La vida que llevamos es una mierda! ¡Me marcharé de casa y me casaré con un hombre que no me niegue nada! ¡Un hombre que no se parezca a ti! ¡Eres un fracasado! ¡Pasas la vida torturándome, no me dejas vivir! ¡Te odio!*

*Las broncas cada vez son más frecuentes y los disgustos consiguiéndonos más duraderos. Sentada en la cama con la muñeca en brazos, en silencio, te contemplo frente al espejo y siento que te alejas, que ya no estás en la habitación. Nunca te paras conmigo y has metido hace tiempo en una caja en lo alto del armario tu colección de juguetes. No puedo evitar entristecerme al perderte. Somos muy distintas, de diferente edad, pero he crecido contigo, siempre has estado a mi lado. Lavinia, mírame, estoy aquí, soy tu hermana. Lavinia, te quiero.*

. . .

Hacia buena noche y la plaza de Zocodover, en pleno centro del casco antiguo de Toledo, se hallaba muy concurrida. Cuando llegó al lugar de la cita, en el café Toledo, lo encontró sentado en la terraza, esperándola con un vistoso ramo de flores.

—¡Víctor! —exclamó entusiasmada—. No tenías que haberte molestado...

Se saludaron con dos corteses ósculos y él le apartó la silla, caballero, ayudándola a sentarse. Ylenia lo miró de reojo mientras pedía las consumiciones, él una caña, ella un zumo de naranja natural. ¡Qué guapo era! Con aquella tez tan morena y aquellos intensos ojos verdes... ¡Y se había fijado en ella! Se estremeció de felicidad. Lo observó mientras sacaba la cartera para invitarla, rechazando su oferta de pagar a medias. Fuera de la residencia seguía siendo un joven exquisitamente educado, pero no parecía tan tímido ni apocado, más bien seguro de sí mismo. Charlaron de cosas intranscendentes hasta que se percató de que, por alguna razón, su acompañante no cesaba de mirar furtivamente alrededor. La plaza estaba llena de paseantes y turistas, aprovechando los últimos días de calor y claridad, antes del cambio de hora que adelantaría el anochecer.

—¿Esperas a alguien? —le preguntó incómoda, sorbiendo el zumo por la pajita.

—Soy una persona tranquila, me agobian las multitudes. Me gustaría estar contigo en un lugar menos transitado. Conozco un restaurante cerca, ¿te apetece cenar unas tapitas?

Ylenia, poco acostumbrada a las salidas nocturnas, disfrutaba contemplando el gentío, pero no quiso ofenderle.

—¡Claro que sí! Vamos cuando quieras —dijo incorporándose.

Callejearon hasta dar con el local recomendado por Víctor. La taberna, con paredes de madera, armaduras y tapices al más puro estilo manchego, tenía manteles de cuadros y jarritas de barro con flores naturales sobre las mesas. Se sentaron en una esquina apartada, uno frente a otro. Él se empeñó en cenar con vino. Ylenia accedió, aunque no solía beber. Pidieron una botella de reserva y unas tapas y la conversación transcurrió sobre el trabajo de ella en la residencia y con la asociación.

—¡Sólo hablamos de mí! —exclamó en un momento dado con los coloretos encarnando sus mejillas—. Creerás que soy una co-torra...

—Me encanta escucharte —le respondió mirándola con fingido arrobamiento—. ¿Quieres postre?

—¡No puedo más! —acostumbrada a la frugalidad se sentía hin-chada—. Si me permites... —señaló el baño con un gesto de pu-dorosa excusa.

—¡Por supuesto!

Se levantó, dejando el bolso colgado de la silla. Era la ocasión que Viorel estaba esperando, para eso llevaba en el bolsillo una placa de cera. Su intención cuando planeó el encuentro era hacer un molde de las llaves del portón del jardín y la maestra de las habitaciones, pero iba a cambiar los planes sobre la marcha. Aún impresionada por la conversación vespertina, Ylenia le había con-tado de cabo a rabo la vida de Nicoleta, como ejemplo de cuánto podía sufrir una muchacha caída en las redes de la prostitución. Con incredulidad la escuchó citar incluso su verdadero nombre, y aplaudió su ocurrencia de darle uno falso; la infeliz nunca podría imaginar que el malvado Viorel de su relato y el amable Víctor que tenía delante eran la misma persona. No obstante no podía dejarla con vida, sabía demasiado; a la policía le resultaría demasiado fácil atar cabos. Sería una pena liquidarla, pero no tenía otra opción. Aprovechando su ausencia, mudó rápidamente de estrategia. La idea se le antojó brillante y le permitiría, además, sortear el impe-dimento de la policía vigilando a la entrada. Con discreción, sacó un frasquito y vertió unas gotas en la copa de ella, felicitándose por su astucia. Cuando Ylenia regresó, con la cara lavada, lo encontró sonriente.

—¡Pareces el gato de Cheshire! —le guiñó recordando a Ali-cia—. ¿Nos vamos?

—¿Un último brindis? —Viorel señaló sus copas medio llenas.

—No me apetece más.

—¡Por favor! Marcho mañana y tardaremos en vernos. Por un próximo encuentro... —la miró con ojos implorantes.

No pudo resistirse al ruego y, tras chocarlas, Ylenia apuró la suya deseando no quedar como una pacata.

—Vamos hasta el *parking* dando un paseo, te llevaré a casa —le dijo él, complaciente, al salir.

Asintió con esfuerzo y comprobó sorprendida que le costaba mantenerse erguida. No debía haber bebido tanto, no estaba acostumbrada a los efectos del vino. Intentó hablar y descubrió que tenía la boca pastosa, la lengua pegada al paladar. Tropezó y si no llega a asirse a él, cae al suelo.

—Perdón... —se disculpó—. Me... me siento indisputada...

—No te preocupes, yo te llevaré —la rodeó por la cintura para evitar que se desmayara. Si perdía el conocimiento no le serviría de nada.

Les costó un buen rato cubrir el trecho hasta el aparcamiento. Ylenia, incapaz de pronunciar una frase coherente, optó por callar y centrar sus esfuerzos en mantener el equilibrio. Estaba abochornada, jamás hubiera pensado hacer semejante ridículo. Si miraba al suelo, el empedrado desaparecía dejando un negro agujero bajo sus pies, y, si levantaba la vista, una negra pared se alzaba alrededor. El mundo era opaco y giraba en torno suyo. ¿Cómo podía haber agarrado aquella borrachera? No lo entendía. Cuando se levantó al servicio se sentía levemente achispada, pero ahora era incapaz de controlar los movimientos. Menos mal que aquel muchacho tan agradable la llevaba bien sujeta. Suspiró. ¿Querría volver a verla después de esto? Lo miró de reojo y en la oscuridad advirtió un rostro duro, tenso, que no reconocía. Se estremeció y cuando él se volvió a mirarla el gesto había desaparecido, era el Víctor de

siempre. ¿De siempre? Un repentino temor se apoderó de sus entrañas. ¿Qué sabía de aquel hombre, un desconocido hasta aquella mañana? ¿Podría fiarse de él? ¿Intentaría propasarse? ¿Qué haría, en tal caso, si no era capaz de articular palabra? Le resultaba difícil mantenerse erguida e imposible pensar con claridad, la cabeza le daba vueltas como una noria. Bajaron al subterráneo en ascensor y, tras localizar el coche, la sentó en el asiento delantero.

—Voy a pagar a la máquina. Quietecita.

—Si no puedo moverme... —farfulló.

Cuando quedó sola notó que le caía el moquillo y buscó con torpeza en el bolso un pañuelo para sonarse, sin encontrarlo. La gente solía llevar cajas de Kleenex en la guantera, seguramente Víctor también. La abrió con torpeza e introdujo la mano, chocando con una superficie rugosa, rígida, metálica. La palpó y sacó el objeto, extrañada de su forma y peso. Abrió y cerró los ojos varias veces, creyendo ver visiones. Una pistola. Las alarmas se encendieron en su nublada mente. Nicoleta. Sara la había advertido sobre el hombre que intentó matarla y el peligro de que quisiera volver a hacerlo. Y Víctor había aparecido al poco de marchar la policía. Un sudor frío se apoderó de ella. ¿En qué manos estaba? ¿Era su acompañante el asesino que buscaban? Unas irresistibles ganas de vomitar la invadieron y Viorel la encontró fuera del coche, apoyada en la pared, echando los higadillos, desgarrada.

—No... no voy a ir en coche. Volveré andando —dijo tambaleándose, intentando aparentar una firmeza de la que carecía.

—¿Estás loca? Hasta Los Cigarrales hay un camino largo y la pendiente es acusada; no estás en condiciones, yo te llevaré, no me cuesta nada.

—Te... te digo que no voy a ir —le sobrevino otra arcada mientras daba unos pasos hacia atrás, intentando huir.

—Súbete al coche y calla.

La asió por un brazo metiéndola dentro sin miramientos. Con la mandíbula apretada, bajó los seguros de las puertas. El Víctor amable, el enviado de Cupido, había desaparecido en la bruma que la rodeaba.

Ylenia cerró los ojos intentando serenarse. Vomitar le había sentado bien, tenía el estómago aún revuelto pero se sentía más despejada. Al abrirlos de nuevo, el embotamiento reapareció, invadiéndola como una ola. Una alarma se encendió en el fondo de su cerebro y la certeza ascendió como un rayo: le había echado algo en el vino, aquel último trago le supo amargo. Nunca había probado las drogas, pero reconoció su efecto. ¡Qué estúpida había sido! Estaba hundida. Se lo merecía por tonta, por crédula. Debía haber llamado a Sara antes de salir. Se maldijo por no tener móvil, hubiera podido enviarle un mensaje de socorro. Gimió al recordarla. «No más reproches ni lamentos», se reprochó. Debía buscar una escapatoria rápido, casi estaban llegando. Se acordó del coche patrulla aparcado a la puerta. Si conseguía escaparse de sus garras y llegar hasta ellos, estaría salvada. Viorel bajó la ventanilla y ella aspiró hondo, buscando el aire que le faltaba. A su izquierda, tras el murete de piedra, la ciudad oscilaba. Quiso retener la conocida imagen del Alcázar, pero sus torres se inclinaron, bailaron, se deshilaron en luces de colores. No conseguía hilar los pensamientos, retener las ideas. Mordió los labios y notó la sangre. La sangre de las dos muchachas muertas. Y ahora Nicoleta. Y ella. El coche frenó en una curva, cruzó la calzada y aparcó en el mirador.

—La... la residencia está más arriba... —balbuceó.

—Lo sé —le dijo sacando unos finos guantes de debajo del asiento—. Pero mejor damos un paseo hasta la residencia, te despejará —se inclinó hacia el compartimento delantero.

—¡No! ¡No! —gritó tirándose encima de él con todas sus fuerzas.

—¿Qué haces?! ¡Estúpida! Me pillaste el dedo... —le mostró la yema enrojecida mirándola con furibunda sorpresa. Apenas tardó una fracción de segundo en caer en la cuenta—. Así que lo sabes, ¿eh, zorríta? —la apartó con una mano mientras con la otra sacaba la pistola—. ¿La viste antes, eh? Por eso querías escapar... —le apuntó en la sien con ella—. Mejor, así te portarás bien —se recostó en el asiento mientras le colocaba el silenciador al arma sin dejar de mirarla—. Tú y yo somos novios y vamos a subir esa cuesta cogiditos del brazo morreando, por si la poli sigue cerca. Saca las llaves del bolso y dámelas, yo abriré la puerta del jardín. Entraremos dentro y me llevarás a la habitación de Nicoleta. Acabaré con ella y después contigo. Si no te hubieras ido de la lengua, llegarías a vieja. Las mujeres sois unas cotorras, eso os pierde.

—¿Quién eres realmente? —musitó paralizada por el espanto.

—¿Todavía tienes ganas de preguntas? —rio desabrido—. Me llamo Viorel... ¿te suena?

Al confirmarse sus peores sospechas el pánico la invadió. ¡Que idiota había sido! Rebuscó en el bolso temblando y tardó en dar con el llavero. Viorel lo arrancó de sus manos sin contemplaciones. Salió el primero y le abrió la puerta.

—¡Venga! ¡En pie! Hay mucho que hacer... —sacó un arrugado pañuelo del bolso y se lo metió en la boca—. Así no harás más preguntas indiscretas, te veo muy charlatana.

Caminaron cuesta arriba lentamente y al doblar la curva alcanzaron la residencia. El coche patrulla permanecía enfrente, con las luces apagadas. En su interior, el brillo rojizo de una brasa delataba al conductor fumándose un cigarrillo.

—No se te ocurra hacer ninguna tontería... —susurró a su oído.

La llevaba apretadamente abrazada, inmovilizándole la cabeza contra el pecho, el arma clavada en el costado. El pañuelo la ahogaba y le provocaba arcadas frecuentes; la náusea y las lágrimas

mas le impedían ver. Cuando se detuvieron delante de la verja, Ylenia tiró el bolso al suelo, en una desesperada tentativa de llamar la atención a los guardias. Maldiciendo por lo bajo, el hombre se agachó a recogerlo, soltándole una mano. Ella la alzó y la agitó formando la v de Viorel con los dedos. ¿Comprenderían su mensaje? Nadie se movió dentro del auto. En la oscuridad era difícil percibir la angustia de su cara, el trapo abultando sus mejillas. Viorel se levantó y, al darse cuenta del gesto, le retorció el brazo. La puerta del coche se abrió casi a la vez que la del jardín se cerraba y unos pasos cruzaron la carretera detrás. Viorel la forzó a detenerse y, atrayéndola hacia sí, apretó sus labios contra los de ella, dejándola sin respiración. Desde fuera semejaban una ardiente pareja. El policía los observó un rato y regresó a su asiento. Cuando el peligro pasó, Viorel aceleró rápidamente el paso, arrastrándola por un brazo. Subieron las escaleras de acceso a la puerta principal del edificio y, al abrir, vieron una monja medio dormida sentada detrás del mostrador.

—Ylenia, ¿qué haces aquí? —la hermana María se levantó con dificultad ajustándose las gafas—. ¿Qué te pasa? ¿Quién es ese hombre? —salió de detrás del mostrador y se dirigió a ellos con cara de pocos amigos. Ylenia, enmudecida, intentaba hacerle señas.

A los tres pasos, un tiro silencioso cortó en seco sus preguntas. Incrédula, la monja se llevó ambas manos al pecho pretendiendo detener el chorro de sangre, pero la bala había alcanzado de pleno su corazón y cayó cuan larga era. Mientras Viorel arrancaba el teléfono y los cables de la centralita, Ylenia se tiró sobre ella intentando ayudarla. Quiso sacarse el pañuelo de la boca para decirle palabras de consuelo, pero una bofetada la contuvo. Se vio izada del suelo por los pelos, cubiertas de sangre sus manos y su cara arrasada por las lágrimas.

—¡Ya se está complicando bastante la noche! —masculló violento—. Llévame inmediatamente hasta Nicoleta o te juro que empiezo a abrir puertas y matar viejos y tú serás la única responsable. A estas alturas tienes claro que lo haría, ¿verdad?

Ylenia asintió con la mirada desorbitada, invadida por el terror. Lanzó un último vistazo al cuerpo ensangrentado y señaló el corredor de la derecha con un dedo tembloroso. Él se le colocó detrás, pegándole el cañón a la espalda. Avanzaron iluminados por las luces de seguridad hasta llegar a una puerta cerrada al final del pasillo. Ylenia le pidió perdón a Dios por su debilidad y se la indicó. Sin dejar de encañonarla, tomó la llave maestra y abrió la cerradura, metiéndola dentro de un empujón y tirándola al suelo. Encendió la luz y sonrió. Sentada en la cama los contemplaba una horrorizada Nicoleta, deseando que el espectáculo ofrecido ante sus ojos fuera una pesadilla.

—¡Querida Nicoleta! Me alegra que estés despierta... —la voz tan conocida y odiada hizo que la aturdida joven se escondiera debajo de las sábanas. Él avanzó sin piedad y tiró de ellas, dejando al descubierto su menudo cuerpo cubierto con un masculino pijama de rayas—. ¡Qué sexy estás, putita! —se rio.

—Viorel... ¿qué haces aquí? —preguntó encogida sobre sí misma como una niña pequeña, temiendo la respuesta.

—¿Creíste que podías escapar de mí? —asestó el cañón, amartillando el percutor. Los ojos de la chica, fijos en la boca negra del arma, reflejaron un horror indescriptible.

Por un instante la escena pareció congelarse. Ylenia miró a su alrededor. La puerta había quedado entreabierta. Calculó la distancia. Estaba cerca. El hombre, de espaldas, seguía diciendo barbaridades, disfrutando con el pavor de Nicoleta. Intentó reptar por el suelo sin hacer ruido. Si conseguía salir podría pedir ayuda y evitar que la matara, quizá no fuera demasiado tarde. Reptó sin

que ninguno se fijara en ella. Alcanzó la entrada y asomó al pasillo. Ni un alma. Con medio cuerpo fuera se incorporó despacio y, ya en el pasillo, echó a correr rápidamente. Un ruido sordo la asustó, dándole alas.

Apenas apretar el gatillo, Viorel se dio cuenta de su ausencia y asomó por la puerta con el arma humeante en la mano, mientras la florida falda de Ylenia desaparecía por la esquina. Maldiciendo en voz baja corrió detrás de ella. Cuando embocó el *hall* a oscuras, la luz que se filtraba por los cristales de la puerta de entrada recortó su silueta. Se detuvo sonriente, apuntándole a la cabeza, y disparó. En su loca carrera Ylenia tropezó con el cadáver de la monja, evitando fortuitamente que la bala alcanzara su objetivo. Un agudo dolor le atenazó el brazo. Avanzó a gatas sintiendo arder el hombro y se colgó de la manilla, empujando la puerta hacia fuera. Por el rabillo del ojo vio aproximarse a su asesino. No tenía escapatoria. Cerró los ojos y se dejó rodar escaleras abajo hasta dar con la mejilla en la hierba. Un disparo. Dos. Tres. Y el silencio.

ESPAÑA, MADRID, TOLEDO.  
Miércoles, 7 de octubre de 2009. 02.00 horas

—Inspectora, le paso una llamada del coche patrulla —Sara miró el reloj abotargada. Eran las dos.

Habían salido de la comisaría cerca de las diez. La cena había consistido en un par de hamburguesas y un café tomados en el despacho, mientras recapitulaban la información obtenida a través de Razvan. Ya en el hotel, embargada por la tensión, Sara quiso facilitar el sueño con un consolador masaje. Invocó el recuerdo de Almudena, sus caricias, el tacto de los labios sobre su piel de arena, el profundo deseo de su boca... y se sorprendió descubriendo en su cara la de Ylenia. Aquella manita verde vibradora comprada en Barcelona obraba milagros. Ya más relajada, se había dormido inmediatamente. El mágico artefacto descansaba aún a su lado sobre la colcha y lo tapó con la sábana, como si pudieran verlo al otro lado del teléfono.

—¿Sí?

—¿Inspectora? Nos dijo que la llamáramos cuando la rumana volviera —Sara maldijo su ocurrencia. El espejo le devolvió una imagen borrosa a través de los párpados hinchados por el sueño. Se dispuso a recibir el parte recostada sobre la almohada—. Ha vuelto hace un rato con un hombre, en actitud muy acaramelada, y ha entrado en la residencia con él haciéndonos la señal de victoria con los dedos. ¡Igual quería indicarnos que había ligado y se lo llevaba a la cama!

—¿Cómo dice? —aquello extrañó sobremanera a Sara. Aquel comportamiento no cuadraba con la Ylenia descubierta al medio-

día. Además, dudaba mucho que estuviera permitido llevar hombres a la residencia.

—Perdone —dijo su interlocutor interpretando un reproche por el comentario poco afortunado—, pero ¿a qué venía sino hacer una v con los dedos? Se dirigía a nosotros claramente, el hombre estaba agachado recogiendo el bolso del suelo y no había nadie más en la calle...

—¿Cómo era ese hombre? ¿Qué pasó con el bolso? Cuéntenme lo con detalle.

—A la mujer se le cayó el bolso en la puerta e hizo la señal de victoria mientras su acompañante estaba ocupado metiendo las cosas dentro —de victoria o de Viorel, discurrió Sara a toda velocidad.

—¿Cómo era el sujeto?

—Más alto que ella, con el pelo corto, ningún rasgo distintivo. No pude verle la cara. Salí del coche a mirar pero ya habían entrado y estaban morreando en el jardín. ¿Eh? ¿Qué dices? Perdone, señora, es mi compañero. Se ha encendido la luz de la habitación que nos ordenó vigilar, la última del extremo...

—¡Entren inmediatamente en la casa! ¡El asesino está dentro! ¡Avisen a la central de Toledo, es preciso que envíen todos los refuerzos disponibles! ¡Vamos para allá inmediatamente!

Puso los pies de un salto sobre el suelo y colgó, marcando a continuación el número de la residencia. Un pitido le comunicó que la línea estaba cortada. Volvió a llamar a la patrulla, deseando que no fuera demasiado tarde. No obtuvo respuesta. Llamó a Antonio y éste, profundamente dormido, tardó en contestar.

—Voy a comisaría por un coche y te paso a recoger. Viorel está en la residencia.

Su compañero colgó con un juramento. Sara apenas tardó diez minutos en llegar a su portal. Cruzaron un Madrid vacío con las luces puestas y enfilaron la AP-42 a más velocidad de la permitida

hasta para la policía. Los toques al coche patrulla se sucedían sin respuesta. Cada vez estaban más nerviosos. Cuando ya vieron Toledo cerca, por fin les devolvieron la llamada.

—¿Quién es? —la voz parecía agitada.

—Inspector jefe Pradilla y la inspectora Ocaña —dijo por la emisora—. Estamos acercándonos. ¿Qué está pasando? ¿Por qué no contestaban?

—No hace falta que corran, inspector. Nadie se va a mover de aquí en un buen rato. Ha habido una masacre. Tres personas muertas y dos heridas. Los servicios de emergencias acaban de llegar junto con los de la Científica.

—¿Quién ha muerto? —gritó Sara.

—Una monja y la chica custodiada, además del asesino. Marcelo, uno de los policías de guardia le disparó al ver a su compañero caer bajo las balas.

—¿Hay un policía herido? —preguntó Antonio contrito.

—Tiene una bala alojada en el abdomen, se lo van a llevar al hospital Virgen de la Salud para sacársela.

—¿Ylenia? —quiso saber Sara con voz quebrada.

—¿La mujer que entró con él? Tiene sólo un rasguño de bala en el hombro y magulladuras...

Dieron las gracias y colgaron, asegurando que llegaban en diez minutos. No cruzaron palabra. Ya en el centro se cruzaron con la UCI móvil a toda velocidad. Al enfilarse la montaña, distinguieron los destellos de las sirenas luminosas. Cuando frenaron en seco ante la puerta, el edificio ya había sido acordonado y decenas de policías entraban y salían de la casa. Tras haberse identificado convenientemente se acercaron al primer muerto, tendido sobre las escaleras. El juez de guardia y el forense se hallaban inclinados sobre él. Iluminado por la luz de un foco, Viorel los miraba con la cara crispada de rabia y los ojos fuera de las órbitas. Sara mantuvo la vista fija

en él durante unos segundos y luego la apartó asqueada, incapaz de sentir piedad.

—¿Cómo murió?

—Una bala le atravesó la pierna y la otra mortalmente el corazón. Los disparos fueron efectuados por un policía en defensa propia al ver caer herido a su compañero.

—¿El policía que disparó dónde está?

—Está siendo atendido de un ataque de ansiedad por lo servicios médicos, ahí dentro —señaló una tienda de campaña plateada instalada provisionalmente en el jardín.

Entraron al edificio y la superiora, reconociendo a Antonio, se dirigió hacia él indignada, señalando el cuerpo yacente delante del mostrador de la recepción.

—¡Han matado a la hermana María! ¡Usted nos dijo que no era peligroso! —tenía los ojos enrojecidos del llanto.

—Lo siento mucho, sor Basilisa...

—¡Hermana! —interrumpió un policía—. ¡Encierre a esos ancianos en sus habitaciones! Ya le he dicho que deben retirarse de la escena del crimen, pueden contaminarla.

Figuras en pijama pululaban desorientadas por los pasillos. Doña Carmen, sin dientes, iba y venía en silla de ruedas gritando: «¡Van a matarnos a todos! ¡Van a matarnos a todos!».

—Lleve a esos ancianos a la capilla y recen, hermana, es todo lo que se puede hacer por ahora —Antonio le hizo un gesto tranquilizador.

—No pueden dejar a la hermana María ahí, en el suelo, con lo frío que está... —las lágrimas le rodaban por los surcos de las mejillas, había envejecido desde la mañana.

—Hasta que no venga el juez a levantar el cadáver no podemos hacer nada. Enseguida se la entregaremos y podrán velarla. Haga caso, por favor, retire a estos ancianos de la circulación.

La mujer dio la vuelta sobre sí, resignada. ¿Qué pecado habrían cometido para que Dios las castigara así? Sara y Antonio avanzaron por el pasillo, recomendando a los residentes que se volvieran a su cama o fueran a la capilla. Doña Carmen, conduciendo la silla con habilidad, se interpuso en su camino:

—¡Esto es una vergüenza! Primero nos quieren matar y ahora encerrarnos como si fuéramos prisioneros. ¿Y todo por qué? ¡Por esas putas extranjeras!

—Déjenos en paz, señora, retírese a su habitación.

—¿Quién es usted para darme órdenes? ¡A mí nadie me dice lo que tengo que hacer! —caminó a su lado, acosándolos, hasta llegar delante de la habitación de Nicoleta.

—¡Ya se lo he dicho yo veinte veces! —riñó enfadado el policía jovencito que custodiaba la puerta—. ¡Esta vieja fisgona no hace caso a la autoridad!

—¿Autoridad? ¡Joven! ¿Cómo se atreve a hablarme así? ¡Llámame vieja fisgona! ¡Lo denunciaré a la policía!

—Nosotros somos la policía —dijo Antonio con media sonrisa abriéndose paso.

Sara ahogó un gemido al entrar. Rígida sobre la cama, con los ojos abiertos y el pánico aún reflejado en ellos, Nicoleta los miraba. En el centro de la frente, un agujero negro del que manaba un hilo seco de sangre delataba la causa fulminante de su muerte. Sobre la almohada, la sangre se espesaba. Varios efectivos se agolpaban fotografiando la escena del crimen y recogiendo huellas.

—Salgamos —le dijo a Antonio—. Hay que conseguir hablar con el policía que disparó a Viorel.

Lo encontraron sentado en la tienda de campaña. Le habían inyectado un calmante y parecía sosegado. Resultó ser el mismo que había hablado con Sara por teléfono.

—Después de colgarle a usted nos dirigimos a la verja y picamos al timbre, pero alguien lo había desconectado, generalmente se oye el ruido de la campanilla desde fuera. Entonces decidimos saltar la verja para acceder al recinto. Cuando mi colega estaba justamente encarado a ella, la puerta principal se abrió y esa muchacha se precipitó fuera, rodando por las escaleras como un fardo. Inmediatamente, un hombre armado surgió detrás de ella, entre las sombras del interior, el cual, al vernos, disparó a sangre fría contra nosotros. Mi compañero, al estar en lo alto y tener las manos ocupadas, no pudo reaccionar, era un blanco fácil. A mí me dio tiempo a sacar el arma reglamentaria, montarla y dispararle al brazo. No era mi intención matarle, se movió de improviso hacia un lado, fue un accidente...

—No te preocupes —dijo Antonio conciliador—, ese hombre era un asesino peligroso, has hecho un bien a la Humanidad.

—Sólo que ahora no podremos interrogarlo ¡A la mierda la Operación Drácula! Nunca sabremos quién era —se quejó Sara airada al salir.

—Hay que hablar con Ylenia. ¿No me dijiste que había estado conversando con la chica muerta?

La mencionada entraba en ese momento al jardín con el brazo en cabestrillo y la cabeza vendada, tras haber sido atendida en la ambulancia aparcada afuera. Se alegró al verlos, mas, al instante, un velo de culpa le nubló la cara.

—¡Lo siento! ¡Todo fue culpa mía! —sintiéndose apremiada se echó a llorar.

Los dos la abrazaron de forma instintiva, midiéndose con rivalidad por encima de su cuerpo.

—No digas eso, Ylenia, tú no podías sospecharlo, no eres culpable en absoluto.

—¡Por favor! ¡Sacadme de aquí! No quiero volver a pisar esta casa, no puedo entrar otra vez ahí. Si vierais con qué frialdad mató a María... —empezó a temblar descontroladamente.

—¿Te han dado algún calmante?

—Sí... el médico me dijo que pronto harían efecto. Pero no podría dormir en mi cama, no quiero entrar, no soporto cómo me miran las hermanas... —gemía desconsolada.

—No es tu culpa, Ylenia, lo entenderán...

—¡Yo traje a ese hombre aquí! ¡Yo metí al asesino en la residencia! ¿Cómo van a perdonarme?

—¿Prefieres ir a un hotel? —le propuso al ver que redoblaba los llantos.

—Sí, por favor... —contestó con un hilo de voz.

—¿Conoces alguno en la ciudad?

—No podría pisar de nuevo Toledo, llevadme a Madrid con vosotros —rogó convulsa.

—Puedo ver si queda alguna habitación libre en el mío —dijo Sara—. Está en la calle Alcalá, ¿te parece bien?

Asintió antes de confesarles:

—Me puso una droga en el vino, quería matarme —pasó saliva—. Se llama... se llamaba Viorel, no Víctor como me había dicho.

—Lo sabemos. ¿Cómo lo conociste?

—Vino por la mañana, al poco de marchar vosotros...

Una luz de advertencia se encendió en la cabeza de Sara. Otra vez alguien conocía de primera mano y al instante sus pasos más secretos. Miró a Antonio. ¿Sería posible...?

—Tendremos que tomarte la declaración al respecto —decía él en ese momento—. Ahora te recogerá un coche, te llevará al hotel, te acostarás y dormirás hasta mañana. Cuando despiertes me avisas y pasaré a recogerte. Necesitamos que recuerdes todos los detalles, hasta el más mínimo puede ser importante.

—No podré dormir, prefiero declarar ahora, tengo miedo de que se me olviden las cosas si duermo.

—No suele ser así, sino todo lo contrario —dijo Antonio—, mejor que descanses.

—No, está bien —intervino Sara temiendo en la dilación una argucia—. Nos contarás lo sucedido de vuelta a Madrid, iremos juntos. Te vendrá bien hablar —Antonio la miró molesto porque le llevara la contraria y no pudo evitar añadir con un sonrisita—. Las mujeres somos así...

Cesáreo ya había llegado y se quedó a concertar el envío de informes y pruebas con los policías de Toledo. Subieron al auto los tres y, envuelta en una manta, Ylenia se acomodó en el asiento trasero. Sara preparó la grabadora y la muchacha se dispuso a darles su versión de los hechos, desde la aparición de Viorel por la mañana, fingiendo ser un hijo cariacontecido, hasta el trágico final resultante. Cómo la había seducido y engañado y cómo, pese a estar bajo los efectos de la droga, había descubierto su superchería al encontrar la pistola en la guantera. Sara había acertado en su suposición, efectivamente, había arrojado el bolso para hacerles aquella seña a los guardias, la v de Viorel, con la esperanza de que conocieran el nombre del asesino prófugo. Pero él había sido más rápido. Les describió entre sollozos el asesinato de la hermana María, el pánico de la chiquilla al despertar y verlo, su intento de escapar para pedir ayuda. Lo último que recordaba era el húmedo contacto de la hierba y las detonaciones retumbando en sus oídos.

—La primera bala me raspó el hombro, pero conseguí abalanzarme fuera y me golpeé la cabeza contra un escalón —señaló la venda que la cubría—. Escuché un nuevo estampido y creí que me había alcanzado, pero los disparos no eran para mí, lo supe al despertar en la camilla. También me dijeron que Nicoleta murió... —su llanto se agudizó.

—¿Nicoleta? —dijeron los dos a coro. Era la primera vez que escuchaban ese nombre y ella se lo confirmó entre hipidos.

—Ylenia —dijo Sara apremiante tomándole una mano—, llamé por la noche, cuando ya habías salido, y una monja me dijo que habías estado hablando con ella. Necesitamos saber qué te dijo. ¿Tienes fuerzas para venir a comisaría?

Ya estaban llegando a Madrid. La muchacha asintió débilmente. El soliloquio la había dejado agotada y los sedantes la estaban adormeciendo; aun así no pensaba desistir. Aparcaron a la puerta y la condujeron a su despacho entre los dos, cubierta la cabeza con la manta para evitar miradas indiscretas. Mientras Antonio la sentaba en su sillón, Sara fue a por tres cafés a la máquina. La ma-  
drugada rondaba la ventana. Volvieron a enchufar la grabadora.

—Ya puedes empezar. ¿Se llamaba Nicoleta?

—Sí. Tenía diecinueve años. Nació en España, en Valencia, en 1990, recién llegada su familia de Bucarest. No tenía más hermanos ni hermanas. Su padre era un monstruo, la violaba desde pequeña. Le resultó difícil fijar una fecha de inicio, hasta donde sus recuerdos alcanzaban él siempre había estado allí, manoseando su cuerpo, babeando su cara, profanando sus rincones más íntimos sin piedad ni consideración. El sentimiento de culpabilidad es tremendo en estos casos, ¿sabéis? Las niñas intuyen que algo va mal, pero se sienten responsables en cierto modo. Hay formas muy sutiles de coacción...

—¿Nunca se lo dijo a su madre? ¿Nadie del entorno se percató?

—Aunque intentó revelárselo en alguna ocasión, no tuvo valor. Era una mujer muy guapa, pero no le hacía mucho caso. Siempre estaba pendiente del marido, bebía a escondidas y más de una vez la vio completamente borracha. Cuando esto ocurría, si el padre no estaba en casa, iba al cuarto de la niña y la abrazaba con fuerza, jurando que nadie podría separarlas. Pero al día siguiente se olvidaba de todo, también de su hija. Tuvo una infancia muy solitaria y desgraciada. La familia debía de ser rica, por lo que pude deducir:

cada año cambiaban de casa, siempre chalés enormes con piscina y jardín. Nunca llegó a completar dos cursos en un mismo colegio y, por tanto, jamás tuvo ocasión de establecer amistades. Es lógico, no suelen abrirse a los demás por miedo a descubrir su desdicha. Una vez su padre llevó un amigo a casa y le ordenó sentarse desnuda en las rodillas del visitante. Se negó y de una paliza casi la mata. Ese hombre era Viorel. Entregar a su hija seguramente formaba parte de un trato, la cláusula de garantía de una oscura sociedad. Es frecuente entre proxenetas, no sabéis cuánto — se sintió poseída por una furia desacostumbrada. Cerró los ojos un rato, como en trance, y, al abrirlos, su voz sonó lejana—. Desde entonces las vejaciones por su parte fueron continuas, hasta el año 2002 en que, por alguna razón, sus padres se volvieron a vivir a Rumanía, dejándola en manos de... de esa bestia. El malnacido hacía con ella cuanto le venía en gana y, si se resistía, la golpeaba. Así que optó por acceder a todo. ¡Era una niña! Tenía doce años... los mismos que yo cuando mataron a mi padre y vine a España —entendieron el dolor que la laceraba—. Por lo visto este asesino labró su riqueza desplazando rumanas ilegalmente a la península, lo único bueno es que pasaba muchos períodos fuera. En la casa vivía también otra mujer, Ariadna, también rumana. Cuidaba de ella y a la par la vigilaba. La llamaba Mami y llegó a ser, en parte, lo más parecido a una madre para ella. No la trataba mal, pero nunca la perdía de vista. Cada poco Viorel aparecía con nuevas chicas y las forzaba a mantener relaciones sexuales con él varios días. Después se marchaba y ellas quedaban a cargo de Mami, quien les explicaba lo que tenían que hacer y cómo sería su vida a partir de entonces. Les aseguraba que ganarían mucho dinero y que escapando sólo conseguirían su ruina y la de sus familiares. Nicoleta estaba presente en esas conversaciones y nunca decía nada, ella era la primera amenazada y ya estaba acostumbrada a esa forma de vida. Las chicas lloraban,

pero terminaban resignándose. Cuando las consideraba maduras, Ariadna les proporcionaba ropa nueva, acorde con su nueva situación, y Viorel pasaba a recogerlas. Según Nicoleta las trasladaba a burdeles o a pisos y se quedaba con su documentación en prenda. Dijo que tenía una caja fuerte llena de pasaportes y documentos. Y dinero, mucho dinero.

—¿Te indicó la dirección?

Por las señas no tardaron en situarla aproximadamente.

—Mañana peinaremos la zona, ojalá demos con el sitio. ¿Prostituía también a Nicoleta o la mantenía para él?

—La entregaba a otros hombres de forma excepcional, él la consideraba de su propiedad, no cabe duda. Le gustaba esnifar cocaína sobre su cuerpo, luego la incitaba a ella a meterse y cuando estaba drogada le hacía perversiones indescriptibles —se sonrojó—. No pienso contarlas.

—No importa, sigue. ¿Te dijo cómo se llamaban sus padres?

—No, no me lo dijo. Hablaba y hablaba, no quise interrumpirla... —lamentó abochornada aquel despiste, debía habérselo preguntado, ahora era demasiado tarde.

—No importa, continúa.

—Recientemente su padre volvió a España y se presentó en la casa. Viorel lo agasajó sin tino, aunque ella hubiera preferido morir antes de estar con él de nuevo. Sin embargo, en esta ocasión no le hizo nada. A los dos días de haber llegado, Viorel apareció con una chiquilla mal vestida y sucia. A Nicoleta le dio mucha pena, era una criatura asustada que apenas hablaba español y el rumano con torpeza. Oana era moldava y la habían secuestrado en el monte mientras cuidaba las ovejas. Había hecho un viaje infernal de varios días con los ojos vendados en la parte trasera de un camión y había sido conducida a una vieja granja, de donde sólo salió cuando Viorel fue a buscarla. No supo decir cuánto tiempo llevaba

en el país, ni siquiera sabía que se hallaba en España, estaba totalmente desorientada. Mientras la bañaba y la vestía con un conjunto interior de encaje rojo, Ariadna llegó a soltar una lagrimita, cosa rara en ella, por lo visto. En esta ocasión no pudieron prevenirla, suavizarle el encuentro. Todo sucedió de forma muy precipitada. Los dos hombres habían salido a comer, dejándolas solas, y volvieron bebidos y eufóricos. Metieron dos botellas de champán en la cubitera y se encerraron con la niña en una habitación. Nicoleta y Ariadna salieron a dar un paseo y cuando regresaron se encontraron la casa llena de sangre y a Oana muerta. Les ordenaron limpiar a fondo mientras ellos se deshacían del cadáver y allí quedaron las dos mujeres aterradas, bayeta y fregona en mano. Fue entonces cuando trazaron un plan.

—¿Un plan? ¿Qué plan?

—Escaparse y denunciarlos. Pero Viorel era muy listo, las había dejado encerradas y sin llaves. Siempre estaban colgando de un clavo detrás de la puerta y habían desaparecido. Buscaron y buscaron, pero nada. Así que fregaron y recogieron, esperando su oportunidad. Viorel volvió solo al día siguiente, sin el padre de Nicoleta. Y Ariadna cometió un error. Estaba muy nerviosa y perdió la calma. Lo acusó de homicida, de loco, de secuestrador, y le amenazó con denunciarle a la policía. Aquello firmó su pena de muerte, sabía demasiado y Viorel la emprendió a mamporros con ella, delante de Nicoleta, que intentó impedirlo sin éxito. Empezó a golpearle la cabeza contra el suelo y terminó matándola. Nicoleta tuvo claro que la próxima sería ella. Pero quería vivir para vengarse, así que lo calmó, conteniendo la rabia, y lo ayudó a deshacerse del cuerpo, arrojándolo del coche en marcha en una calle cercana. A los pocos días se le presentó la ocasión de huir. La noche del atropello, mientras él estaba en la ducha, entró en el dormitorio y le robó la llave del pantalón. Se lanzó a la calle con lo puesto, pero

él se dio cuenta y la persiguió, amenazándola. Me dijo que se había arrojado al coche de policía para pedir ayuda —bajó la cabeza, desconsolada—. ¡Pobre chiquilla! No pude evitar que la matara...

—No llores más, Ylenia —dijo Antonio compasivo—, ya acabamos. Únicamente, mira a ver si identificas a Viorel en esta foto.

Habían repartido las copias de su cara y solamente tenían encima de la mesa la ampliación enviada por Razvan, donde se veía a Viorel Enescu en compañía de aquella pareja en la boda de Mamaia. Se la enseñaron e Ylenia clavó la vista en la fotografía.

—¿Reconoces a este hombre? —preguntó Sara.

Asintió con la vista extraviada sin quitar los ojos de encima del papel. Era Viorel, sí. Pero no era a él a quien miraba. ¿Sufría alucinaciones? ¿Los efectos de la droga? No. No podía estar equivocada. Se fijó detenidamente en sus rasgos, la curva de su cuello ladeado, el rictus de su boca, el gesto de la mano apartando el pelo. No la veía hacía años, pero podría jurar sobre la Biblia que era ella.

. . .

*—Habéis salido muy repartidas, pequeña, tú te pareces a mí pero tu hermana es el vivo retrato de tu madre...*

. . .

¡Lavinia! Sofocada por la revelación, intentó abrir la boca, levantarse, gritar... Cayó fulminada al suelo sin mediar comentario ante la atónita mirada de Sara y Antonio.

ESPAÑA, MADRID.  
Miércoles, 7 de octubre de 2009. 10.00 horas

A la mañana siguiente, cuando Sara bajó a desayunar a la cafetería del hotel, se sorprendió al encontrar a Ylenia impecablemente vestida y desayunando tranquilamente. Leía el periódico con serenidad ausente y sólo los vendajes recordaban la tragedia vivida. Sara, por el contrario, acusaba en las ojeras el cansancio acumulado, al final se habían acostado casi a las seis de la mañana.

—¡No me puedo lo creer! ¿Cómo puedes estar tan fresca? —ella, pese a permanecer casi media hora debajo de la ducha, aún se sentía abotargada—. ¿Qué haces ya levantada? ¿Te encuentras bien? —la noche anterior la habían trasladado al hotel aún medio desvanecida.

—Buenos días, Sara. Estoy bien, gracias —contestó con una comedida sonrisa en su cara pálida.

—¡Nos diste un buen susto cuando te desmayaste! No debíamos haberte sometido a tanta presión, fuiste muy brava y valiente al aguantar hasta ese momento, tu declaración nos ha resultado de mucha utilidad. Acaba de llamarme Cesáreo, gracias a tus indicaciones ya encontraron la casa de Nicoleta, donde Viorel perpetró todas esas atrocidades. Y hay huellas de sobra para incriminarlo en los dos asesinatos e innumerables delitos. La caja fuerte contiene documentos de identidad, pero también una libreta donde anotaba los destinos de las chicas. Muchas recuperarán su libertad en las próximas horas gracias a Nicoleta y a ti.

—¡Cómo me alegro! —las lágrimas brotaron sinceramente de sus pupilas lila.

—Además, hay otra buena noticia —bajó la voz—. Hemos encontrado la pista que nos conducirá hasta su jefe.

—¿Sí? —dijo Ylenia abriendo mucho los ojos.

—No puedo decirte más, pero mañana mismo nos vamos a Rumanía —le comunicó Sara triunfante.

—¡Yo también voy! —exclamó Ylenia.

—¿Cómo? —a Sara se le cayó la tostada encima de la mesa ante tan sorprendente afirmación—. Nosotros vamos de trabajo... —intentó disculparse, pensando que la muchacha quería unirse a ellos.

—No te apures —la cortó amablemente—. Es una casualidad, yo ya tengo el billete.

—¿El billete? —Sara la observó con detenimiento, bajo la sospecha de que aún se hallaba conmocionada por los sucesos acontecidos horas antes.

—Lo he sacado en la agencia de la esquina antes de desayunar. Tengo unos ahorros en el banco y creo que ha llegado el momento de utilizarlos. ¡No me mires así! No estoy loca. Lo que pasa es que no puedo volver a mi vida habitual, no lo soportaría. El caso de Nicoleta me ha hecho reflexionar. Es muy duro estar sola, con la familia lejos. Extraño a mi hermana y quiero recuperarla. Llevo años protegiendo a mujeres desconocidas y esquivando mi situación. Es hora de que Lavinia y yo nos juntemos. Tal vez podamos ser felices de nuevo.

—¿Tu hermana? —preguntó con asombro—. Me hablaste de ella, pero no sabes dónde vive ni cómo localizarla, ¿no es cierto? —Ylenia asintió—. ¿Y qué vas a hacer cuando llegues?

—Iré a ver a nuestros vecinos, procuraré encontrar a algún amigo, no sé... No puedo vivir eternamente con esta incertidumbre.

—¿Estás decidida?

—Completamente —y Sara supo que era cierto.

—Entonces le pediré a Razvan que investigue...

—¡No! ¡No! Prefiero hacerlo yo por mi cuenta, si no te importa... No obstante, me tranquiliza contar con vosotros.

La conversación derivó por otros derroteros, sobre la ropa que les haría falta, si estaría frío o caluroso, etcétera; pero ambas pensaban en otras cosas. Ylenia jamás confesaría haber reconocido a su hermana en aquella fotografía. La compañía de Viorel sólo podía significar que andaba metida en líos y si tenía un problema, su deber era ayudarla, no delatarla. Para Sara, aquella idea repentina e inusitada de ir a Rumanía escondía algún significado oculto o bien un trastorno traumático producido por el *shock*. Se lo comentaría a Antonio, aunque ya anticipaba su respuesta: iba detrás de él. Miró su reloj.

—¡Las once! Lo siento —dijo incorporándose—. Me esperan en comisaría...

—Y yo tengo que recoger mis cosas y despedirme de las hermanas antes de marchar. Me horroriza volver a Toledo, pero debo hacerlo... ¿Crees que me consideran culpable?

—¡Claro que no, Ylenia! Y si lo piensas mejor y te quieres quedar con ellas, te recibirán con los brazos abiertos.

—He tomado una decisión irrevocable —dijo muy segura—. Mañana nos veremos en el aeropuerto, desde Madrid sólo hay un vuelo a Bucarest al mediodía. Por cierto —preguntó al desgaire en la puerta—. ¿Quiénes eran los que estaban con Viorel?

—Intentamos averiguarlo, por eso vamos a Rumanía. Los de su calaña no actúan solos, estamos estrechando el cerco... —le hizo un guiño conspiratorio antes de alejarse.

Si se hubiera dado la vuelta, hubiera visto la expresión demudada de su rostro, la palidez de sus mejillas. Ylenia pasó la tarde envuelta en una nube tormentosa, aumentada con la visita relámpago a la residencia. La superiora la perseguía mientras hacía la maleta, rogándole que se quedara.

—Primero se nos va María y ahora tú. Quédate hasta que encuentre a alguien que te sustituya...

—Tengo el billete —repitió por enésima vez con cansancio, mientras metía debajo de la ropa su muñeca fetiche, aquella que la había acompañado de pequeña en su viaje a España—. Me llevo ésta, el resto de la colección se queda aquí.

—¡Nunca me había fijado que tuvieras tantas! Permanecerán aquí, conservaré la habitación intacta hasta tu vuelta...

—No, por favor. Si alguien la necesita, mete mis cosas en una caja, no son muchas —miró a su alrededor con desamparo—. Tal vez no regrese...

—¡No lo digas ni en broma! —se abrazó a ella. Le había cogido cariño—. Siempre te estaremos esperando...

Se despidió entre lágrimas de todas las monjas, una por una, aguantando dolorida sus reproches por abandonarlas en aquel momento. Muy afectada cruzó el jardín sin mirar atrás ni atender a los viejos que la llamaban por su nombre al paso. Cuando cerró tras de sí la verja, sintió que el aire se achicaba en sus pulmones y la duda se instaló en su conciencia. ¿Estaría obrando bien? Ya no cabía vuelta atrás... El taxi la condujo a la estación del AVE. De nuevo en la capital dejó la maleta en el hotel y se fue a un centro comercial, a aturdirse con las luces y el ruido.

. . .

En la comisaría, las informaciones se sucedían a velocidad vertiginosa, a medida que avanzaban las pesquisas en el domicilio de Viorel. El comisario aprobó el viaje a Rumanía con efectos inmediatos y Sara telefoneó a Razvan para avisarle de su inminente llegada.

—Recoge toda la información posible sobre Mircea Balan —le pidió—. Su nombre aparece por todas partes.

—Me estoy ocupando de ello desde que localicé la foto y tengo alguna novedad interesante —estaba orgulloso por haberse adelantado al requerimiento de los españoles—. Este hombre llegó de España en el año 2002, antes no hay nada de él en los registros. Su certificado de nacimiento y punto.

—¿Y eso?

—Eso es bastante sospechoso. En época de Ceaucescu todo el mundo estaba fichado, se controlaban hasta los menores movimientos del más insignificante ciudadano. Y no consta salida alguna, solamente figura el apunte de la entrada en Inmigración ese año.

—¿Habría salido ilegalmente?

—Me inclino por la peor posibilidad... Desaparecer un expediente cuesta poco, sobre todo si es comprometedor.

—¿Qué te hace pensar eso?

—¿Un rumano forrado de dinero que aparece de la nada? Huele a podrido sin estar en Dinamarca...

—¿Es rico?

—¿Rico? —sonó una carcajada al otro extremo del hilo—. ¡Es millonario! Tiene tres coches, dos barcos, mansiones en Bucarest, Mamaia, Brasov... Parte registrado a su nombre y parte al de su esposa, Lavinia Balan —Sara agudizó los sentidos. Lavinia. ¿Dónde había escuchado ese nombre? Dejó seguir hablando a Razvan, mientras su cerebro funcionaba autónomamente—. Desde que llegó hace siete años, ha diversificado sus negocios, aumentando las ganancias de forma escandalosa. En su ficha biografía consta como promotor inmobiliario y también propietario de una cadena de apartoteles en el mar Negro. Últimamente ha ampliado sus tentáculos al transporte. Tiene una flota de camiones que cruzan de Rumanía a España, hay quien sospecha dedicados al contrabando de armas...

—Tememos que sea contrabando humano... —le contó el caso de Oana.

—¡Sería un bombazo! Es un hombre muy conocido y reconocido socialmente. Un benefactor, no te lo vas a creer. Dona dinero a todas las causas, sobre todo políticas. De hecho, estoy investigándolo bajo manga, el jefe pondría el grito en el cielo si viera a qué me dedico. Sin pruebas ni hablar de interrogarlo. No sé cómo nos arreglaremos...

—Tú da con él y ya veremos —resolvió Sara—. Nos vemos mañana.

—Parece que le tienes dominado. Se nota que te gusta llevar la voz cantante en las relaciones... y está claro que entre tú y ese policía hay algo —dijo Antonio nada más verla colgar el teléfono.

—¿A qué te refieres? —preguntó desabrida—. No me acuesto con él si pretendes insinuarlo.

—¿Ves? Enseguida te pones a la defensiva. A mí me parecería normal. El sexo entre personas libres y adultas es algo muy natural. No tienes por qué ocultarme nada, Sara. Es muy raro que una mujer tan interesante como tú esté sola...

—Antonio, estoy harta de tus impertinencias. ¿Me intereso yo acaso por tu vida privada?

—Deberías, es más, no me importaría que formaras parte de ella —le tiró un beso con la punta de los dedos y Sara contestó saliendo de la habitación con un portazo.

. . .

Ya en la calle tomó aire varias veces con profundas inspiraciones para relajarse. ¡Cómo aborrecía el exceso de testosterona de su compañero! La sacaba de quicio. Ya en el hotel introdujo una nota por debajo de la puerta de la habitación de Ylenia: «Te espero a las 10.30 en el *hall* para ir juntas en taxi al aeropuerto». Antes de acos-

tarse conectó el portátil y consultó el tiempo en la capital de Rumanía para preparar una mochila con la muda imprescindible: dos pantalones y tres camisetas, ropa interior, una cómoda sudadera, el neceser, sus apuntes y su juguete favorito, un dildo flexible color fucsia. Llevaría puestas las zapatillas deportivas y la cazadora de cuero. Empaquetó el resto de sus pertenencias en dos maletas con intención de dejarlas en la consigna al día siguiente. Mientras tra-jinaba con la televisión puesta de fondo, caviló sobre la repentina decisión de Ylenia y su conmoción al enseñarle la foto. La llevaba consigo y se sentó en el borde de la cama a observarla con detenimiento. Cegada con los dos hombres, hasta entonces no se había fijado bien en la mujer. Era una rubia de belleza natural, un tanto artificiosa debido al exagerado maquillaje. Le encontró un cierto parecido con Ylenia y una pregunta la asaltó: ¿sería su hermana? Tal vez se reducía a la similitud de los rasgos eslavos, las dos eran altas, rubias y espigadas. ¿Cómo había dicho Razvan que se llama-ba? ¡Lavinia! ¡Claro, por eso le sonaba el nombre! ¿Obedecía a ella aquel súbito interés por regresar a su país natal? Se sumió en un mar de dudas. Podía estropearles la operación... o ayudarles a re-solverla, según se mirara. Acuciada por una idea concluyente, puso el despertador a las ocho y media. Después se fue a la cama y An-tonio acudió a su mente. Había notado que Ylenia enrojecía cada vez que lo miraba. ¿Estaría enamorada de él la pequeña idiota? Muy típico, pensó con desprecio, seguro que había desplegado sus encantos con aquella inocente. Y si había sido capaz de prendarse de Viorel... Se le erizó la piel al recordarla en el jardín, bajo el limo-nero. ¡Qué hermosa era y cuánta tristeza acumulaba! El pasado la había marcado tanto como un presente entregado a causas perdi-das. Se recreó en la conversación mantenida, los distintos tonos de su timbre de voz, la breve curvatura de sus senos punzantes bajo la camiseta de algodón, el brillo jugoso de sus labios perfectos, la

blancura nívea de sus dientes, el reflejo del sol en su dorada melena, el espejo violeta de sus ojos vivaces... Invasada por una cálida dulzura se quedó dormida con una plácida sonrisa en los labios y las manos refugiadas en la entrepierna.

RUMANÍA, TULCEA.  
Miércoles, 7 de octubre de 2009. 20.30 horas

El timbre sonó y Mircea miró la pantalla del videoportero con incredulidad, antes de preguntar enojado por el micro:

—¿Qué coño haces aquí?

—¿Me abres?

Si había acudido a su escondite debía tratarse de algo personal y urgente. Sintió un respingo de mal agüero. Presionó el timbre y Andrei entró cerrando la pesada puerta tras de sí. Mientras cruzaba el jardín con su pesado andar de hombre de más de cien kilos, Mircea lo contempló a través de la puerta de la enorme cristalera del salón. Andrei llevaba a su servicio más de seis años, era un hombre prudente, le había sido especialmente recomendado y nunca se cansaría de agradecer su mediación. Pese a su permanente aspecto físico congestionado y sudoroso, se caracterizaba por un intelecto frío y calculador, el apasionamiento no entraba entre sus virtudes. Al contrario que Viorel, tan impulsivo y fanático, era práctico y conciliador, un buen jefe, siempre pendiente de órdenes antes de entrar en acción. Cuando regresaron a Rumanía muchas cosas habían cambiado, pero Andrei parecía tener todas las claves y nunca le faltó una llave para abrir las puertas más cerradas. Un fenómeno. Para rematarlo, jamás había puesto en discusión su liderazgo, ni lo había comprometido. En consecuencia gozaba de su máxima confianza, pocos podían considerarse merecedores de tal privilegio. Esperó a que alcanzara el porche para salir a recibirlo con un beso en la mejilla.

—¿Estás solo? —preguntó el recién llegado.

—Sí. Mi mujer salió de compras. Acostumbrada a Bucarest, esta casa se le cae encima...

—¡No será por pequeña! —exclamó Andrei echando un vistazo alrededor con sincera admiración.

Era su tercera visita a aquel lugar y siempre lo sorprendía. Solamente la finca ocupaba casi un campo de fútbol. El chalé, de dos plantas, se levantaba en el centro y desde él salían radialmente varios caminos, uno de ellos al embarcadero que lo limitaba por la parte trasera, disimulado acceso desde el exterior a un canal secundario del delta acondicionado como salida de emergencia. En cierto modo aquel hogar era como su dueño, ostentoso e invisible. Reparó en la vestimenta del patrón, cara como el perfume que lo envolvía, y le pareció percibir alguna fisura en su habitual aplomo. No le agradaría la noticia. Mientras no quisiera matar al mensajero...

—¿Qué sucede? —preguntó Mircea con manifiesta impaciencia, temiéndose lo peor. Pese al trato cordial, Andrei nunca hubiera osado visitar su escondite más secreto sin previa invitación.

—¿No me sirves un trago?

Mircea le escrutó sin piedad el rostro, percatándose con agudeza del tenue temblor de su papada; claramente también él iba a necesitar uno. Andrei apuró la copa y se la acercó de nuevo para que volviera a rellenarla. Mircea apuró el líquido hasta el borde, cada vez más mosca.

—¡Desembucha!

—Viorel —dijo escuetamente el otro, limpiándose los labios con el dorso de la mano.

—¿Viorel? —sus azules ojos habitualmente inexpresivos se abrieron pasmados—. ¿Viorel, qué? —se resistía a creerlo.

—Asaltó una residencia de monjas en Toledo. Iba en busca de una rumana refugiada allí, no dieron su nombre —el de Nicoleta acudió inmediatamente a la boca de Mircea, pero no dijo palabra—. Hubo un tiroteo, mató a una monja e hirió a un policía.

—¿A un policía?

Ante su incredulidad, Andrei asintió multiplicando los pliegues en la sotabarba.

—Había dos maderos, el otro lo dejó seco en el acto. Ocurrió de madrugada, me acabo de enterar, pensé que no lo sabías o me habrías llamado —apuró la segunda copa y le pidió permiso con un gesto para echar la tercera. Mircea asintió distraído—. ¿Está relacionado con los otros cuatro? —preguntó mientras recargaba el vaso.

—Sí. Claro —frunció el ceño—. La rumana que Viorel iba buscando, ¿dio con ella?

—Está muerta —asintió—. ¿Sabes quién era?

—Tengo una idea —respondió evasivo.

—Por cierto... —se lo pensó unos segundos antes de continuar—. Hay otra rumana implicada en los hechos.

—¿Otra? —los ojos de Mircea se abrieron de par en par. Le crecían los enanos en el circo.

—Trabajaba en la residencia. Resultó herida leve. Según mis informaciones colabora con la policía.

—¿Quién es? ¿Cómo se llama?

—Ylenia Popescu.

—¡Popescu! —aquel asunto empezaba a desbordarlo.

Andrei respetó su silencio. En los años que llevaban juntos nunca le había visto alterado, era proverbial su sangre fría. Algo grave estaba pasando, a tenor de cómo revolvió furiosamente su engominado pelo rubio, siempre bien peinado.

—¿Puede significar algo?

—Estoy pensando —se acarició el mentón—. De momento vas a poner vigilancia donde tú ya sabes. Vale con los chicos de la calle. Que te avisen inmediatamente si alguien va a visitar a la vieja y operas en consecuencia.

—Hecho. ¿Algo más?

—Quizá tengas que desplazarte una temporada a España.

—Contaba con ello. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Permaneceré aquí hasta que el temporal amaine. Nadie excepto tú conoce este lugar.

—¿Y tu mujer?

—Está controlada.

—¿Nunca trae a nadie?

—Lo tiene prohibido expresamente.

—¿No vamos entonces a la fiesta del sábado? Teníamos confirmada la asistencia.

—No. Y no se te ocurra avisar. Si están detrás de mí y piensan que voy a acudir, enviarán a alguien a espiar. Pon a tus hombres a ejercer la contravigilancia, será la mejor forma de conocer sus intenciones.

—Es una pena, te iban a hacer entrega de la medalla al éxito empresarial, no habrá nadie para recogerlo.

—Tendré más mérito si salgo de ésta —miró fijamente a Andrei con sus ojos de cortante acero—. Supongo que puedo confiar en ti, ¿verdad?

—Como siempre, jefe, como siempre.

—Pues ocúpate de llevar a cabo mis instrucciones y mantenme informado. Llámame a este número de teléfono —lo apuntó en un papel—. Mantendré este móvil abierto sólo para ti.

Andrei le estrechó respetuosamente la mano al salir. Mircea permaneció apoyado en la chimenea con la mirada ausente, clavada en los ojos rojos de cristal del oso cuya piel cubría el suelo. Un gigantesco ejemplar de parda pelambrea, con el lomo y las pezuñas blancas. A él no lo cazarían. A cualquier otro, pero a Mircea Balan no. Era prácticamente imposible que su refugio fuera descubierto, le había costado millones construirlo y lo tenía todo estudiado.

Levantado en un polígono desierto tras los muros de una factoría naval abandonada, desde el exterior resultaba imposible adivinar lo que había dentro y, desde el aire, la apariencia era de un bosque de frondosa vegetación. Hasta el tejado había sido cubierto de musgo, para disimularlo. Desde el canal, la única visión posible para los navegantes eran los desvencijados restos de un muelle de madera, cuyo paso vedaba una oxidada alambrada. La zona no era en absoluto frecuentada. Tras el desmantelamiento de la industria naval, los chatarreros se habían encargado de desguazar los restos y arramblar de las naves lo poco que quedaba de valor, incluyendo el cobre y hierro al peso. Mircea entró en acción cuando sólo quedaban en el área polvo y ruinas. La construcción de su paradisíaco escondite se había realizado en un tiempo récord y con un número mínimo de obreros. Los reclutó en las perdidas aldeas del norte, cercanas a Maramures, pagándoles generosamente su completa y total dedicación. Con el tiempo, uno a uno fueron sufriendo mortales accidentes y con los cuerpos llegó aún más dinero a las familias, tanto que ninguna se sintió capaz de exigir explicaciones por aquella inusitada mortandad colectiva. Mircea había visto en un programa de National Geographic cómo los faraones eliminaban a los constructores de las pirámides para evitar que se divulgara el secreto del acceso a las tumbas y le había parecido una idea formidable. Aquél era su seguro de vida, su escondite. Si algún día, por un infortunio o una delación —la traición nunca era descartable—, resultaba descubierto, la huida también estaba contemplada.

Sintió abrirse la puerta exterior y vio entrar a su mujer. Barajó si procedía informarla de sus temores, advertirla de que se moviera con prudencia, comunicarle que el fin de semana permanecería en casa en contra de los planes previstos inicialmente. Fue descartando una a una las opciones y decidió no decirle nada, cuanto menos supiera mejor.

ESPAÑA, MADRID.  
Jueves, 7 de octubre de 2009. 7.30 horas

Sara se levantó antes de que el despertador sonara y, tras hacer media hora de flexiones, se duchó y bajó a desayunar. Hizo el *check out* en recepción, dejando su equipaje en la consigna, y salió de compras. Cuando se encontró con Ylenia a la hora convenida le entregó el paquete que llevaba en la mano.

—Es un móvil. Te lo regalo. Sólo te pido que no te separes de él y procures llevar siempre cargada la batería. Así estaremos conectadas. Y si necesitaras ayuda puedes llamarme a cualquier hora.

—¡Me asustas! —dijo, medio en serio medio en broma, con una sonrisa—. No deberías haberte molestado, además no sé utilizarlo...

—No te preocupes, tienes todo el viaje para aprender, yo te enseñaré. Y ya verás cómo te sientes más segura llevándolo.

Nunca hubiera sospechado Ylenia que Sara había llamado a Razvan nada más comprarlo y, tras darle el número, le había hecho un encargo:

—Procura tenerlo permanentemente localizado. Tengo la corazonada de que nos llevará hasta Dracul, no puedo decirte más por ahora.

Con Antonio la conversación fue de otro tenor. A su socio no le gustó nada la idea de mantener aquel estrecho seguimiento sobre la muchacha.

—Para poner bajo vigilancia un móvil hay que contar con autorización.

—Bien sé que para utilizar SITEL<sup>1</sup> se necesita mandato judicial, pero el seguimiento se va a realizar en Rumanía. Le he proporcionado a Razvan el número de teléfono y el de la tarjeta, su sistema nos permitirá controlar la posición y las llamadas emitidas y recibidas en cualquier momento.

—Eso es ilegal.

—Es ilegal en España sin autorización judicial, ya lo sé, vale, no seas repetitivo; pero vamos a seguirla en Rumanía y si Razvan está de acuerdo es porque allí está permitido.

—Estás demasiado convencida de la implicación de Ylenia, tus fantasías cobran tintes literarios. No me acaba de cuadrar esa teoría tuya sobre la identidad de la hermana y la mujer del mafioso. Hay escasas probabilidades de que se trate de la misma persona, esas coincidencias sólo se producen en las novelas. Me niego a convertirla en sospechosa.

—No es sospechosa, víctima en tal caso.

—Víctima de escuchas ilegales... ¡Menudo follón se puede organizar si nos descubren!

—En esta ocasión vamos a hacerlo a mi manera, ¿entiendes? —dijo ya harta—. En todo caso tú no sabes nada, si algo sucede te declaro limpio, no te preocupes.

—¡Bajo tu exclusiva responsabilidad! —aceptó de mala gana.

Ya en el aeropuerto sacaron juntos las tarjetas de embarque y Antonio se empeñó en sentarse entre las dos, algo que molestó profundamente a Sara. Nada más despegar, concentró en Ylenia atenciones y galanterías; disfrutaba visiblemente cortejándola, pese a no obtener de ella la esperada respuesta. La rumana, un tanto ausente, se sentía incómoda al percatarse del asedio y Sara no entendía por qué su compañero se empeñaba en mantener aquella actitud extemporánea. En un momento dado llegó a decir: «Toda mu-

---

1 Sistema Integral de Interceptación Telefónica utilizado por la policía.

jer necesita un hombre al lado» y Sara deseó abofetearlo. Cuando el galanteador policía se levantó para ir al servicio, ocupó rápidamente su asiento con la excusa de enseñarle a Ylenia cómo funcionaba el móvil y, pese a sus protestas a la vuelta, permaneció al lado de la muchacha hasta el aterrizaje, monopolizando su atención. Antonio eligió dormitar al verse desplazado y en breve sus ronquidos pusieron la música de fondo. Sara no pudo evitar comentarlo en susurros con Ylenia. Ambas rieron y la tensión se relajó.

Cuando llegaron a Bucarest, Razvan los estaba esperando. Era un hombre maduro, afable y vigoroso, de pelo y bigote blancos, cuya actitud campechana inspiraba confianza y seguridad. Se fundió en un prolongado abrazo con Sara, dio un beso a Ylenia y estrechó con firmeza la mano de Antonio. Por supuesto, se negó obstinadamente a que Ylenia fuera por su cuenta, él la llevaría donde quisiera, faltaría más; y así se montaron los cuatro en un destartado coche de la policía secreta.

—Aunque a estas alturas y después de tantos años de uso, lo conocen todos los delincuentes —comentó jocoso.

Rápidamente se vieron inmersos en una caótica y densa circulación. Pese a la manifiesta habilidad del conductor no lograron zafarse de los atascos, que convirtieron en interminable el trayecto desde el aeropuerto internacional de Otopeni hasta el centro de la ciudad. A ambos lados de la carretera sin pavimentar, las obras se sucedían formando una nube de polvo y arena que dificultaba la visibilidad y la respiración, como comprobaron cuando se les ocurrió bajar las ventanillas para sofocar el calor, pues el aire acondicionado no funcionaba.

—No parecen tener mucha prisa en terminar —comentó irónico Antonio al observar la plácida tranquilidad de los operarios conversando a la sombra de una pala excavadora, inmunes y ajenos a los pitidos de los alterados conductores.

—Desde que se aprobó la entrada en la Comunidad Europea, el país entero está levantado. Pero si hace calor, porque hace mucho, y si hace frío, igual, las obras no avanzan; se inician, pero no terminan jamás. ¿Podéis creer que no hay una ronda de circunvalación a la capital? Esta carretera de doble sentido es lo más parecido y mira con qué lentitud circulamos. Y si hubiéramos elegido ir por el centro, hubiera sido todavía mucho peor.

Ylenia, abstraída en sus pensamientos, iba con la nariz pegada a la ventanilla, ajena a la conversación. Cuando por fin penetraron en el laberinto urbano, su corazón empezó a latir con más fuerza. Las avenidas, los parques y edificios, fueron articulando el rompecabezas de su memoria y los recuerdos se solaparon, conformando el mapa de la rutina que había impregnado los primeros años de su vida. Los cables enrollados en los postes, suspendidos sobre las calles, conferían a éstas un aspecto provisional, como si el tiempo se hubiera detenido esperando el soterramiento prometido, la modernización inacabada. Sus ojos seguían la maraña del tendido eléctrico, intentando desentrañar su recorrido, viéndose en la remendada faz urbana como en un espejo.

. . . .

—*No me quiero ir, mamá, no quiero ir a España...*

*Lloro sin cesar, mientras mi madre me abraza, tan deshecha, tan envejecida después del funeral. Lavinia tiene también los ojos vidriosos y una mueca de dolor tuerce su bello rostro. Con cuidado, evita con la punta del pañuelo que una lágrima le corra el rímel de las pestañas.*

—*Tienes derecho a otra existencia, a ser feliz, vida mía, mi cielo...*

*Corina me prodiga palabras de amor para ocultar el abismo al que me condena. No sé a dónde voy, ni con quién, no conozco a su amiga del alma, me da igual quién sea esa tal Alicia. Yo quiero permanecer con ellas, las tres juntas.*

—¿Por qué nos separamos? Papá decía que la familia ha de permanecer unida...

Y entonces lo escucho de sus labios por primera vez, el reconocimiento es un rugido, un sollozo que nace en las entrañas, mete miedo:

—A tu padre lo han matado por ser un hombre bueno, no hay futuro en esta tierra, tú eres la semilla de la esperanza. Y la esperanza ha sido abolida en nuestra patria, Ylenia.

—¿Quién cuidará de ti? —la percibo tan frágil, tan afectada.

—Lavinia lo hará —¿es mi imaginación o percibo un brillo oscuro en los ojos de mi hermana?—. Además, aún nos quedan amigos...

Por ejemplo los que me han conseguido un visado de salida, tan cotizado. Por ejemplo esa desconocida que me espera en España. Pero yo sigo llorando mientras Bucarest se difumina entre las lágrimas.

. . . .

—Te dejo donde quieras —ofreció Razvan.

—Si puedes acercarme a Piata Unirii...

—¿Vas a alguna dirección concreta?

—No traigo hotel reservado, pensaba buscar uno por allí...

—¿No quieres venir al nuestro? —Sara no deseaba perderla de vista.

—No, mejor no. En esa zona hay varios...

—¿Nos avisarás cuando te instales?

—Tengo móvil, ¿recuerdas? —le dijo cómplice a Sara—. Te llamaré más tarde.

Se despidieron de ella con estima y Razvan comentó mientras los conducía hacia la comisaría:

—¡Qué muchacha tan triste! ¿Es la que tenemos que vigilar? Parece incapaz de romper un plato...

—El peligro no es ella, va tras sí —vaticinó Sara viéndola alejarse.

RUMANÍA, BUCAREST.  
Jueves, 8 de octubre de 2009. 16.30 horas

Ylenia se alojó en un modesto hotel recomendado por Razvan y, tras depositar sus maletas en la habitación, salió a pasear. Sus pasos la condujeron hacia el sur de la ciudad, adentrándose en el distrito donde había nacido y vivido sus primeros años. Aquel viejo y bonito barrio había rebautizado Bucarest por sus edificaciones neoclásicas durante la monarquía de los años veinte, otorgándole con razón el título del París de los Balcanes. Tras el devastador terremoto del 4 de marzo de 1977, Ceaucescu había terminado de destruir Le petit París a golpe de piqueta para levantar sobre sus ruinas el palacio presidencial, aquel faraónico monumento de mármol de los Cárpatos, cumbre de la ambición humana, que sería su ruina. Ylenia tenía un año cuando sucedió la catástrofe y apenas se acordaba, pero las grietas en el pavimento todavía eran visibles. La vida bullía en callejas y patios y le sorprendió el gran número de coches aparcados invadiendo el espacio público e impidiendo el paso a los viandantes. Los vehículos dominaban la ciudad, atestando por igual aceras y calles, algunos convertidos sin remedio en vivienda ocasional. Los pitidos, chirridos de frenazo y el petardeo de los tubos de escape marcaban el pulso urbano, frenético, y varias veces estuvo a punto de ser atropellada, hasta que asumió compungida que sus paisanos no acostumbraban a respetar semáforos ni pasos de peatones y empezó a tener más cuidado. Preguntó varias veces para orientarse y todas ellas obtuvo amable respuesta pese a la frialdad de las miradas, a caballo entre la ocultación y la sospecha, herederas de un tiempo ido pero no olvidado.

—Y, sobre todo, Ylenia, no lo comentes en el colegio, ni a las compañeras ni a la profesora.

Tras arroparme con esmero, mamá me despide al salir de casa con un beso y esta recomendación sobre las actividades de papá, que acato pero no entiendo. ¿Qué tiene de malo declararse amigo del delta, amar a los pájaros y los peces? ¿Por qué no puedo decir que los dragados son malos y que mi padre se opone a ellos? En realidad, nadie cuenta nada en clase sobre su vida privada y yo debo hacer lo mismo, aunque esa dedicación me parezca apasionante. ¡En cuantas ocasiones he recorrido el Danubio con Cristian y con él, en barca o lancha! Yo también amo este río, el segundo más largo de Europa tras el Volga, y Catalin nos ha hecho visible la riqueza natural que esconde la marisma en su desembocadura: cañaverales, pantanos, bosques y humedales son refugio de una fauna y flora únicas. Yo tampoco quiero que esta fertilidad desaparezca, sustituida por otra artificial, más productiva a corto plazo y lesiva en un futuro cercano. Me gustaría poder explicárselo a mis compañeros, a mis amigas, pero en casa me han prohibido hablar de ello. ¿Por qué?, me pregunto bajando las escaleras. Salgo abrigada a la calle, hace mucho frío y pienso que, en realidad, no son bufandas, son mordazas lo que tapa la boca de la gente. Somos fantasmas amordazados, silenciosos, presas del miedo, autómatas que hacemos siempre el mismo recorrido, a la misma hora, un día tras otro, sin cruzar palabra, apenas levantando las cejas en saludo cuando se trata de conocidos. Se me ocurre esa idea peregrina y busco los inexistentes raíles que nos conducen por el suelo, y me pregunto quién engrasará la maquinaria. Llego a clase tan entusiasmada con la metáfora que la profesora me pregunta en qué estoy pensando y se lo cuento. Me castiga y vuelvo con una nota de apercibimiento a casa. Y mientras mi madre llora, papá dice colérico:

—¿No te digo siempre que permanezcas callada?

La tarde era luminosa, pero Ylenia encontró en su paseo ese gris roto de la remembranza en las fachadas, las casas, los inmuebles abandonados y los lujosamente rehabilitados, vigilados por guardias de seguridad privada. En el extremo de una calle miró el nombre de la placa en la pared: Principatele Unité. Había dado con ella. Definitivamente orientada, su caminar se hizo más enérgico hasta ubicarse exactamente frente a la puerta de su casa natal. Un ahogo le vino a la garganta y el estómago le dio un vuelco al contemplar su ruinoso apariencia. No reparó en los jóvenes sentados en la escalera contigua, ni en su descaro al mirarla. Entró en el portal, buscando en los buzones del edificio su nombre, como si creyera que estaría allí esperándola: «Familia Popescu». No lo encontró, por supuesto, pero su corazón dio un salto al descubrir aquel otro: «Ane-Marie Eliade. Modista». Aspiró una bocanada de aire rancio antes de subir.

. . . .

—*¡Mamá! Voy a jugar a casa de Ane-Marie...*

—*Ane-Marie, ¿te importa si te dejo a las niñas mientras voy a un recado?*

—*Mira, Lavinia, qué hermoso vestido te ha confeccionado Ane-Marie...*

—*Ylenia, querida, lleva un trozo de este bizcocho recién hecho a Ane-Marie...*

—*Ylenia, soy Lavinia. Te llamo desde casa de Ane-Marie, mamá ha muerto...*

. . . .

**Ane-Marie** había formado parte de la familia desde siempre. Era la vecina de rellano, la confidente de Corina. Había pasado en su casa gran parte de la infancia. Los recuerdos subieron la escalera

con ella, impidiéndole fijarse en las paredes desconchadas, los escalones quebrados, el olor a humedad. Se paró ante la puerta sin llamar, esperando escuchar al otro lado el incesante y familiar traqueteo de la máquina. Le vinieron con toda claridad a la memoria las cajas de cartón repletas de bobinas de hilo de todos los colores, de retales diversos; los patronos a tiza, los maniquís sin brazos ni piernas, la colección de agujas... Un chico subió las escaleras a grandes zancadas, sacándola de su ensimismamiento. Se apartó para dejarlo pasar camino del piso superior. Pulsó el timbre y no tardó en descubrir que no sonaba, así que golpeó con los nudillos la puerta. Insistió al sentir unos pasos al otro lado. ¿Qué era aquel sonido? Un maullido. Se apartó para poder ser vista si levantaban la mirilla. Ningún movimiento.

—Soy Ylenia —dijo en voz alta, y su voz resonó como un eco en la escalera, asustándola—. Ylenia Popescu.

La puerta se abrió. Ante ella apareció una vieja de pelo blanco y grasiento recogido en un moño, cubierta de harapos y con una joroba en la espalda que la hacía parecer doblada sobre sí misma. Dirigió hacia ella los ojos, grises de cataratas, y adelantó una mano, queriendo tocarla.

—¿Eres Ylenia? —la voz temblorosa acompañó el gesto.

—Sí... —musitó una Ylenia atónita, espantada.

Sin duda se trataba de la misma **Ane-Marie**, transformada por la vejez y la miseria y rodeada de gatos. Fue consciente de haber sido reconocida por la voz, pues aquellos ojos glaucos eran ciegos. La abrazó con cuidado, temiendo lastimarla y procurando ocultar con su cariño el asco producido por el hedor que emanaba.

—Soy yo, **Ane-Marie**, Ylenia, he vuelto, estoy aquí...

—¡Ylenia! ¡Tú! Habla más alto, hijita, estoy un poco sorda...

La condujo al salón de la mano, como si todavía fuera una niña pequeña, apartando los mininos al paso. El mueble de la máquina

de coser, cubierto con una funda de cretona floreada, ocupaba todavía un lugar preferente. Le hizo sitio en un sillón desvencijado, tapando los saltones muelles con unos cojines mugrientos. Observó acongojada que los animales hacían sus necesidades libremente por la casa. El olor a amoníaco la envolvió. Contuvo una arcada. Un gato negro y gordo buscó el calor de su falda, mientras otro, sarnoso y tuerto, empezó a frotarse contra sus piernas. Los apartó discretamente con reparo.

—¿Vives sola, **Ane-Marie**? ¿Quién te cuida? —preguntó preocupada.

—La vecina de arriba se ocupa de mí. Me trae comida dos veces por semana. Apenas salgo de casa, no me defiende bien fuera de aquí. Éste es mi hogar hace cincuenta años y mi mundo ahora, conozco cada baldosa, cada rincón. Y los gatos también me cuidan. Hace dos años caí en el baño y rompí la cadera. Permanecí tirada hasta que sus maullidos llamaron la atención de los vecinos y entraron a buscarme. Son unos gatos muy listos —emitió un sonido parecido al de los animales que ejerció sobre ellos el efecto de una llamada y corrieron a rodearla. Ylenia contó hasta doce—. ¿Te sirvo algo? ¿Una infusión? ¿Un vaso de agua? —pese a aquel estado no había renunciado a su tradicional hospitalidad.

—Un vaso de agua, gracias —tenía la boca seca—. No te molestes, yo iré a buscarlo, no se me olvidó dónde está la cocina.

**Ane-Marie** se levantó tras ella e Ylenia observó que cojeaba. En la cocina, la basura se amontonaba y el olor penetrante de los residuos orgánicos en descomposición le impidió respirar. Quiso abrir la ventana, pero la encontró claveteada.

—¿Por qué la tienes cerrada?

—Entraban a robarme...

Por su expresión al decirlo, Ylenia dedujo manía persecutoria. Conocía bien los síntomas de la demencia senil y empezó a arrepentirse de la visita, temiendo no obtener en ella respuesta a sus interrogantes.

—**Ane-Marie**, ¿sabes algo de Lavinia? ¿Volviste a verla? —le preguntó de vuelta al salón.

Tuvo que repetirlo dos veces, antes de que la respuesta iluminara su cara.

—¡Oh, sí! Es más buena... Todas las Navidades recibo un paquete con dulces en su nombre...

—Entonces, ¿sabes cómo localizarla? —continuó esperanzada. La vieja negó con la cabeza antes de confesar.

—Sólo recibo sus paquetes, nunca volvió por aquí. No sé dónde vive... —quedó pensativa—. Quizá en las tarjetas venga su remite... te las buscaré.

Rebuscó torpemente en un armario hasta localizar una herrumbrosa caja de hojalata repleta de papeles.

—Lo guardo todo aquí, mira tú que tienes mejor vista...

Ylenia los sacó uno a uno, preguntándose cómo sería la letra de su hermana tantos años después. Encontró juntos varios recortes de prensa amarillentos relativos a la muerte de su padre y su imagen en blanco y negro le resultó distante y lejana. La ausente **Ane-Marie** no se daría cuenta si desaparecían, así que los guardó discretamente en un bolsillo; su vieja vecina ya no era capaz de leer y para ella constituían un tesoro, la memoria que le faltaba y había venido dispuesta a recuperar. En el fondo, atados con un lazo rojo, halló los resguardos de envío postal certificado, ordenados de más antiguo a más reciente. Comprobó las fechas con curiosidad. Las remesas eran realmente regulares, la primera databa de diciembre de 1990 y la última estaba sellada en diciembre de 2008. Dieciocho años, diecinueve tarjetas prácticamente iguales con el nombre

de una confitería de Tulcea. Y, por detrás, siempre el mismo texto: «Felices fiestas. Te quiere, Lavinia». Y un garabato a modo de firma, ni una palabra más. Guardó la más reciente, ofendida por comparación. ¡Y a ella ni una llamada en todos esos años!

—Ya lo encontré, **Ane-Marie**, me llevo una para intentar localizarla, te lo dejo todo como está —ni palabra de los recortes sustraídos.

La vieja empezó a recitar con la mirada ida:

—Siempre os quise mucho a toda la familia, pero a Lavinia en especial. Fue la primera de las dos y cuando tú naciste se sintió destronada. Aunque aparentaba ser fuerte, por dentro era muy frágil, yo la conocía bien, conmigo se sinceraba. Adoraba a tu padre y se sentía desbancada por ti de su corazón. Lavinia tenía una belleza especial, pero necesitaba ser el centro de atención; en el fondo era una muchacha insegura, pese a su aparente madurez. Tú eras más normalita y más formal, muy estudiosa y seria, como Catalin. Desde pequeña te comportabas como una adulta y así te trataban; Lavinia, por el contrario, quería la libertad e independencia que le correspondían por ser la mayor, pero no se la daban. Yo fui su cómplice en muchas ocasiones. A menudo entraba llorando, ofendida por una u otra cosa. En realidad, no tenían importancia alguna, pero de jovencita todo se ve de otra manera. Y luego se llevó un disgusto tan grande cuando tu padre no la dejó salir con aquel novio...

—¿Qué novio? Lavinia siempre tuvo muchos novios...

—Sí, pero ninguno como aquél. Era un muchacho alto y guapo, muy educado, se enamoraron como dos tortolitos. Y bastó que Catalin le prohibiera verlo para que tu hermana quisiera casarse con él. De aquélla ya estaban los dos bastante enfrentados, fueron días duros... A veces los acogía en mi casa, se metían ahí en la habitación del fondo —señaló una puerta—. Yo salía y los dejaba

solos, me daba mucha pena tu hermana. Ella me juraba que no hacían nada indecoroso, supongo que no era cierto, pero mejor aquí que debajo de un árbol. La policía no era muy permisiva entonces con las parejas jóvenes ni con los actos amorosos en público; en cambio ahora andan metiéndose mano por los parques sin pudor alguno...

—¿Cuándo fue eso?

—Al final, poco antes de... la desgracia.

Ylenia intentó hacer memoria. En algún lugar un recuerdo enterrado pugnaba por salir, pero no era capaz de rescatarlo. Le hizo otra dolorosa pregunta.

—¿Por qué Lavinia me dejó abandonada en España cuando murió mamá? ¿Por qué no fue a buscarme, *Ane-Marie*?

El asombro asomó a sus ojos ciegos.

—¿No fue a reunirse contigo? —le temblaba la barbilla—. Yo creí que...

—Si hubiéramos estado juntas no habría venido a preguntar por ella... —hizo esfuerzos para no perder la paciencia.

—Podíais haberos alejado después... —estaba visiblemente compungida—. Además, sí fue a buscarme...

—¿A mí? ¿A buscarme a España? —ahora era ella la asombrada.

—Se... se despidió de mí. Vino a verme el día de su partida...

—¿Cuándo fue eso? ¿A dónde se iba? —estuvo a punto de gritar, de zarandearla. Notó cómo se cerraba en banda.

—Tal vez me equivoque, mi cabeza no funciona bien, lo confundo todo...

Ylenia se armó de paciencia y volvió a empezar, como hacía con los ancianos de la residencia.

—Tranquila, *Ane-Marie*, es importante. Vamos a recordar juntas. Lavinia se marchaba y vino a despedirse porque era muy buena y te quería mucho, tú la habías ayudado...

—Sí, me quería más que a sus papás, decía, aunque eso no era verdad...

—Claro, claro. Vino a verte cuando ya había muerto mamá...

—Corina nunca debió quitarse la vida...

—¿Quitarse la vida? ¿Mamá se suicidó?

—¿No lo sabes? —se encogió sobre sí misma como una niña pillada en falta.

Ylenia negó cariacontecida, incapaz de pronunciar palabra. Con la escasa información proporcionada por su hermana en aquella escueta conversación telefónica, en su romántica imaginación había muerto consumida por la tristeza.

—Lavinia me dijo que iba a buscarte, eso tenía que decir si alguien preguntaba por ella: que había ido a recogerte a España y las dos ibais a emprender allí una nueva vida —Ylenia estaba cada vez más estupefacta, pero continuó muda—. ¿Dices que no fue?

—Sí fue, no te preocupes —mintió—. ¿Venía sola?

—Bueno, alguien la esperaba abajo, su esposo supongo, por lo visto se había casado en la intimidad unos días antes. No salió del coche porque estaba cargado con las maletas y tenía miedo de que se las robaran, eran tiempos revueltos, aunque no peor que ahora...

—¿Quién era su marido? ¿Cómo se llamaba? —no podía dejarla divagar.

—No lo sé, no lo sé —parecía verdad—. ¿No lo llegaste a conocer en España?

—Puede que sí —contestó evasiva—. Intenta recordar su nombre, **Ane-Marie**, seguramente Lavinia te lo dijo. ¿Sería el mismo que acogías en casa, aquel que no le gustaba a papá?

—No recuerdo cómo se llamaba, pero si hubiera sido él habría subido a despedirse también; me tenía por su segunda madre —dijo con cara ofendida.

Quizá quisiera ocultarse o no ser reconocido, pensó Ylenia con rencor. La última pregunta.

—¿Por qué se suicidó mamá, Ane-Marie? Tú conocías bien a Corina, ¿por qué se quitó la vida? ¿Tuvo algo que ver Lavinia?

—Lavinia no estaba aquí. Yo la descubrí. Me extrañó no verla en dos días, siempre venía a visitarme por las tardes, estaba muy abatida desde la muerte de Catalin.

—¡Dos días! ¿Llevaba dos días muerta?

—Vuestra madre me había dado una copia de las llaves y entré en casa con ellas. La encontré colgando de la lámpara del salón —bajó la cabeza como si la culpa hubiera sido suya.

—¿Ahorcada? —se dio cuenta de que ignoraba todos los detalles, había vivido engañada hasta entonces. Ardía de indignación cuanto más descubría—. ¿Dónde estaba mi hermana?

—A veces... a veces se iba y tardaba unos días en volver, pero siempre lo hacía. ¡No la riñas, Corina! —de repente estaba confundíendola con su madre—. Lavinia es buena, no hace nada malo, no puedes culpar a ese chico de lo sucedido a Catalin, fue un accidente, una desgracia, hay mala gente por ahí arriba, ellos se aman...

¿Qué estaba diciendo? ¿Había algo de verdad oculta tras el desvarío? Tomó nota de sus palabras, pero, aunque siguió insistiendo, la vieja modista no consiguió enhebrar otra frase coherente a partir de aquella digresión. Olvidándose de la visita, se secó los ojos con el mandil y se dirigió mascullando frases sueltas a la cocina. La pequeña de los Popescu intentó retenerla para despedirse y salió abatida al descansillo sin lograrlo, cerrando la puerta con suavidad. No se cruzó con nadie en la escalera, pese a que en todo momento tuvo la impresión de estar vigilada. Ya en el portal, se detuvo al sentir unos pasos, pero el silencio consiguiente la hizo pensar en un engaño de los sentidos. Salió a la calle sin llegar a escuchar la

puerta que se abría ni la voz de **Ane-Marie** gritando su nombre desesperadamente.

Un sol pálido iluminaba el atardecer. Las calles de Bucarest hervían de actividad y gentío. Volvería al día siguiente, cuando la vieja hubiera descansado. Sin duda sabía más de lo confesado. Era sorprendente aquella devoción por Lavinia. ¿Cómo pudo ser tan mentirosa su hermana? Decir que iba a España a buscarla y no aparecer nunca, sabiendo de sobra dónde encontrarla. Le resultaba tremendo imaginar a su madre ahorcada, ¿por culpa de Lavinia? Había extraído esa conclusión, aunque deseaba estar equivocada. ¿Y por qué había advertido a **Ane-Marie** «si vienen a preguntar por mí»? ¿Escapaba de alguien? ¿Quién era su acompañante, su presunto marido? ¿Y quién era el muchacho que su padre no la dejaba ver? ¿Se trataba de la misma persona o eran dos hombres distintos? Preguntas, preguntas... En la Piata Unirii los hombres jugaban al table, apostando la ronda de cervezas y matando el tiempo interminable. Se sentó en el único banco libre a rumiar sus preocupaciones, con el corazón frío y encogido tras aquella fugaz visita a las mazmorras del pasado. Un coche de bomberos pasó con la sirena puesta, pero no le hizo caso. Sintió la humedad calándole los huesos y metió las manos en los bolsillos, tropezando con los recortes de prensa. Los desdobló con cuidado de no quebrar sus bordes; en los dobles la tinta se había corrido, pero pudo leerlos perfectamente. El primero contaba cómo unos pescadores habían encontrado en el delta el cadáver del conocido profesor Catalin Popescu con síntomas de ahogamiento. El segundo, unos días después, recogía la noticia del entierro y hablaba de «sospecha de asesinato». El tercero, dos semanas más tarde, alababa la rápida actuación de la Securitate que había conseguido identificar y detener al autor del crimen, Cristian Stoicescu. Sostuvo el trozo de papel en sus manos releuyéndolo varias veces sin dar crédito. ¡Cristian!

*Dos timbrazos largos y dos cortos.*

*—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Es Cristian!*

*Corro por el pasillo a abrir la puerta y su enorme figura a mis ojos de niña se recorta en el vano ocupándolo casi por entero.*

*—¿Y cómo sabes que soy yo, listilla? —me levanta como a una muñeca con sus fuertes brazos.*

*—Por nuestra llamada secreta... —le contesto en un susurro cómplice hundiendo mi cara en su cuello, que apenas abarco con los dos brazos.*

*Cristian huele a pesti, trae consigo un intenso olor a pescado indisoluble bajo la colonia barata que utiliza cuando viene a la capital. Rebusco en sus bolsillos desde lo alto.*

*—¿Qué me traes?*

*—Niña, deja a Cristian en paz —es mi papá, risueño, quien me coge ahora en brazos y me deposita amorosamente en el suelo con un beso.*

*—Déjala, Catalin. Esta niña parece que ha nacido en el delta, será una buena pescadora el día de mañana.*

*—¡Teniendo un maestro como tú! —dice papá halagador mientras se abrazan afectuosamente.*

*Yo sonrío zalamera y espero impaciente la entrega del regalo. Siempre me trae algo: una piedra blanca, un anzuelo, un insecto disecado, una flor seca... Hoy me sorprende con un silbato de madera finamente tallado. Las primeras veces sopló sin obtener resultado, pero cuando lo consigo no hay quien me pare, hasta que me lo retiran. Me siento entonces a sus pies y escucho hablar a los dos hombres. Este año tocan las vacaciones en Tulcea y saldremos a pescar con Cristian en su barca, siempre sabe dónde se esconden los mejores peces. Ayudada por él he realizado esta primavera mi primera captura y, en recompensa, me ha*

*prometido dejarme este verano una caña para mi exclusivo uso. Pero ahora no se ocupan de eso. Se muestran los dos muy serios y, aunque no entiendo nada, me siento muy importante porque me permiten continuar a su lado. De vez en cuando, uno de los dos me acaricia la cabeza.*

*—¿Me llevarás a Lacul Nebunul? —le pregunto tirándole de la pernera.*

*—Sin tu padre —contesta Cristian guiñándome un ojo.*

*El lago Nebunul está poblado por aves de todas las especies. No está permitido entrar en él y mucho menos utilizando motor. Si vamos con papá hay que quedarse quietos en el centro, sin respirar casi, mientras las contempla con sus prismáticos. Pero si no está mi padre presente, Cristian enfila a toda velocidad contra los cisnes, que levantan el vuelo torpemente mientras los perseguimos sin alcanzarlos. Cuando estamos solos Cristian también me deja maniobrar la lancha, él me ha enseñado a seguir el curso de las aguas profundas, a distinguir los peligros que acechan bajo el agua en forma de troncos, los buenos lugares de atraque en las orillas. Cristian conoce el delta del Danubio como la palma de su mano, predice las crecidas, la mudanza de los vientos, el temporal. Toda su vida ha transcurrido mirando para el río. Papá dice que sin Cristian estaría perdido y yo respiro tranquila porque sé que Cristian nunca le abandonará.*

. . . .

Era el mejor amigo de su padre, su fiel escudero en aquella cruzada. Aquello era un disparate. Miró la fecha, calculando. De aquella todavía estaba en Rumanía, en casa hablaban con frecuencia de lo sucedido y jamás lo habían mencionado. Pocos días después su madre la envió a España. ¿Influyó esa acusación en la decisión de Corina de alejarla de allí? ¿Por qué? Una rata cruzó el jardín delante de sus pies, trayéndole a la mente los gatos de **Ane-Marie**. Le temblaban las piernas cuando se levantó.

Se acercó hasta la catedral ortodoxa y en el lateral puso cinco velas sobre la arena a los muertos —por sus padres y por Alicia, para Nicoleta y para la hermana María— y dos a los vivos —por Lavinia y por ella—. Impulsivamente puso una tercera para Sara: o mucho se equivocaba o también necesitaba paz interior. Efectuó una generosa donación a la cuidadora y entró en la iglesia cuando el último rayo de sol incidía en los mosaicos dorados del frontal, dotándolos de una apariencia sobrenatural. Dejó escritas en un papel sus peticiones a un sacerdote de larga barba blanca sobre la túnica negra. Contempló el pantocrátor y el iconostasio que separaba la nave del santuario, las suntuosas alfombras, desgastadas por el uso y las lámparas de luz amarillenta infundiendo misterio y devoción, entre el olor a incienso y cera derretida. Realizó una ofrenda a la salida y aquellos pequeños actos, familiares y olvidados, la reconfortaron. Descendió despacio la cuesta hasta Piata Unirii, observando cómo los anuncios luminosos que remataban los altos edificios empezaban a encenderse. El teléfono sonó, sobresaltándola. Era Sara, invitándola a cenar. Atenazada por la tristeza, rechazó su oferta sin dudarlo, ya se verían al día siguiente.

—¿Puedes hacer algo por mí? —le preguntó en cambio.

—¡Claro que sí, Ylenia! Si está de mi mano...

—Anota este nombre: Cristian Stoicescu. Estuvo en la cárcel acusado del asesinato de mi padre, necesito saber si sigue preso.

—No cuelgues, Razvan lo comprobará en el acto —se la escuchó trasladar al policía la petición—. ¿Qué tal ha ido la tarde?

—Paseando por ahí... —no quería hablar de **Ane-Marie** ni mencionarle lo descubierto. Se hizo el silencio.

—¿Tienes planes para mañana?

—Iré a ver algún museo... —silencio de nuevo—. Llámame cuando Razvan lo tenga, ¿vale?

—De acuerdo.

Ylenia colgó con un suspiro de alivio. No soportaba mentir y tenía miedo de que Sara fuera capaz de leer en su mente incluso al otro lado del aparato. No habían pasado quince minutos cuando el móvil sonó de nuevo.

—Soy Sara.

—Dime, ¿encontró algo?

—Cristian Stoicescu, acusado de asesinato en primer grado sobre la persona del profesor Catalin Popescu y condenado a cadena perpetua —recitó leyendo—. El caso se revisó años más tarde y salió en libertad sin cargos en el año 1996. Figura como domiciliado en Pardina. ¡Qué extraño!

—¿Hay algo raro?

—No explica nada más del proceso, ni por qué fue cambiada la sentencia. Da a entender que en realidad era inocente, pero tampoco se aclara si los cargos fueron falsos... ¿Quieres que Razvan indague?

—¡No, no! No hace falta, me basta con eso.

—Te veo un poco alterada, ¿de verdad no quieres cenar con nosotros?

—No, me voy a la cama, ha sido un día muy largo...

—¿Quedamos entonces para comer mañana?

—Te llamaré —colgó sin más explicaciones.

Cristian expiando un dudoso crimen. Pardina. Su hermana enviando dulces desde una confitería en Tulcea. Ambas poblaciones quedaban en el delta. Allí había muerto su padre también. Todos los caminos conducían al mismo sitio. Tomó una decisión.

RUMANÍA, BUCAREST.  
Jueves, 8 de octubre de 2009. 20.00 horas

Antonio y Sara habían pasado la tarde en la comisaría, en una pequeña sala sin ventanas. Previamente Razvan los había presentado a su jefe, ante el cual mostraron sus credenciales, atestiguan- do la legitimidad de su presencia allí.

—Ya sabes que andamos justos de personal... ¿Vais a necesitar ayuda? —le preguntó cansino a Razvan.

—No, señor. Es una investigación rutinaria sobre Viorel Enescu, un compatriota fallecido en España en un enfrentamiento con los cuerpos de seguridad.

—¿Nada más? —no parecía muy convencido.

—Si surge alguna línea paralela de actuación será convenientemente informado.

—Pues sean bienvenidos. Procúrales el permiso para portar sus armas, ya ha llegado la solicitud de España y la correspondiente auto- rización del Ministerio —les miró con sospecha repentina—. ¿Y por qué vinieron con sus armas si no se prevé intervención alguna?

—Nunca se sabe, además es costumbre en su país —mintió Raz- van sin ruborizarse.

Ya en el pasillo Sara lo interrogó con recelo:

—¿Sigues ocultando que andamos tras los pasos de Mircea?

Se cruzaron con dos agentes al paso.

—¡Chist! —señalándolos, les indicó prudencia con un dedo en los labios.

Cuando ya estaban en el cuarto asignado con la puerta cerrada, le confesó en voz baja:

—Ya te lo anticipé, vuestro hombre es tan poderoso como misterioso, representa un peligro para la operación que su nombre salga a relucir demasiado pronto. He realizado nuevas indagaciones y, según la información obtenida, tiene comprados a jueces y policías; prefiero reservarme hasta tener todas las cartas en la mano. Un paso en falso sería el fin de nuestra investigación... y de mi carrera. Y quizá también de la vuestra, no me extrañaría que sus tentáculos llegaran hasta España, dado que salió indemne de su estancia allí.

Sara le tradujo a Antonio el discurso de Razvan. Mientras su colega rumano se expresaba en castellano con mayor dificultad, ella entendía y hablaba perfectamente el romaní, así que procuraba alternar las dos lenguas para hacer partícipe a Antonio de las conversaciones. Aun así, se sentía desplazado.

—Me parece un poco exagerado, pero él sabrá lo que hace. Pongámonos manos a la obra —dijo cuando Sara le interpretó sus reservas.

—¿El seguimiento a Ylenia está listo? —preguntó Sara.

—En este ordenador podemos seguir sus pasos al detalle —respondió Razvan señalando uno ubicado en una mesita auxiliar—. Si no se separa del móvil y lo mantiene encendido, podemos localizar su posición en cualquier momento y saber quién la llama. No podemos escuchar sus conversaciones, es el único fallo.

—Es una pena, esperemos que no haga falta de momento. ¿Qué tienes de Balan?

—Aparentemente desde su regreso en el 2002 no se ha metido en nada delictivo. Sus actividades rayan el límite de la legalidad, pero eso es común. Si rascáramos seguramente encontraríamos comisiones a los partidos, concesiones fraudulentas y pelotazos urbanísticos, lo habitual en Rumanía.

—Tanto como en España, por desgracia —aseveró Sara con amargura—. Esta corruptela generalizada es el cáncer que carcome las democracias...

—¡Cuán dramática eres! Ese idealismo empedernido resulta poco realista en la actualidad —criticó Antonio.

—Que en todas partes sea igual no significa que esté bien ni puede servirnos de justificación. Según ese criterio, también aceptaríamos sobornos y no pasaría nada. ¿Tú lo harías? —replicó Sara.

Se miraron retadores. Razvan intervino conciliador, captando sin esfuerzo el enfrentamiento larvado.

—De cualquier forma, esa investigación correspondería a la brigada de delitos fiscales, no tiene que ver con la trata de blancas ni con beber sangre. Os recuerdo que por eso estamos aquí y, por cierto, las diferencias existentes entre vosotros mejor las dirimís fuera...

Los dos entendieron a la perfección su deficiente castellano y asintieron pillados en falta.

—¿Qué me dices de la mujer? ¿Puede ser la hermana de Ylenia? Se llaman las dos Lavinia —insistió Sara.

—Es un nombre común en Rumanía, no te hagas ilusiones.

—¿No dices que venían de España?

—Sí.

—Entonces no puede ser, es una coincidencia —determinó Antonio—. Según nuestra amiga, estaban muy unidas, es imposible que no hiciera nada por verla estando en el país...

—Resulta extraño cuanto menos, sí. La que vosotros tenéis es una de las pocas fotos en que el matrimonio aparece junto. Generalmente en las fiestas Mircea se reúne con hombres de negocios y, de haber mujeres, suelen ser jovencitas de dudosa reputación. Una práctica también habitual. En mi país la mujer de uno suele permanecer encerrada en casa si no trabaja. Y a ésta no se le conoce dedicación alguna.

—En España era igual hasta hace pocos años, con la parienta se iba a misa y al vermú los domingos. El resto de vida social se hacía con los amigos y lo de las señoritas de compañía estaba al orden

del día. Bueno, lo de ir a putas nunca se perdió, incluso va a más con el aumento de la oferta...

Razvan sonrió comprensivo.

—Te veo muy enterado, Antonio —dijo Sara mordaz—, se nota que practicas esa religión. Así te fue con tus esposas...

—Mejor que a ti con tu marido, me parece...

Razvan cortó de nuevo, un tanto hastiado.

—Volvamos al caso, por favor. Andar rodeado de muchachas, ya sean prostitutas o codiciosas jovencitas, no es un delito que nos permita detenerlo mientras no sean menores, algo difícil de probar, o lo denuncien. Piensa en Berlusconi y sus escándalos con las *velinas*.

—¿Lavinia puede ser un nombre falso? —inquirió Sara.

—Puede. No encontré demasiados datos sobre ella, la verdad. Cuando aparece en nuestros ficheros ya figura como Lavinia Balan, ignoramos su apellido de soltera. Y tiene poca presencia pública. En general, Mircea no suele aparecer en televisión ni es amigo de conceder entrevistas. Ha recibido varios premios y las escasas palabras dedicadas a los medios en esas ocasiones siempre han estado centradas en su faceta de empresario. Y, fijaos, esto es lo que más me llama la atención, a los rumanos les encanta verse en la pequeña pantalla...

—Por tanto, piensas que oculta algo y podríamos estar en lo cierto.

—Tengo reservas para señalarlo como culpable con los escasos datos disponibles. Aparentemente, insisto, es una figura respetada —se disculpó.

—Tal vez no sea tan respetable... —dijo Sara con sorna haciendo un juego de palabras.

—Me he puesto en contacto con un compañero ya jubilado. Se ha mostrado bastante misterioso. Según él, este hombre, de joven,

formaba parte de la cuadrilla de Nicu. Me ha dado un número de expediente que figura entre los casos sin resolver, pero aún no he ido a buscarlo.

—Puede ser un punto de partida.

—Pediré que nos lo traigan. ¿Un café, mientras? —preguntó Razvan.

Fueron por él a la máquina y encontraron un gran revuelo alrededor.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Razvan.

—Ha habido un incendio cerca de Piata Unirii, en Principatele Unité, en casa de una vieja que vivía sola. ¡Son un peligro!

—¿Se ha salvado?

—No, ha fallecido en él. Ahora nos toca ir para allá a levantar el atestado. ¿Quiénes son tus amigos?

Les presentó a los policías españoles, inmediatamente presa de la curiosidad de sus compañeros. Razvan no soltó prenda sobre el motivo de su estancia allí y ellos se excusaron en su escaso conocimiento del idioma para no dar explicaciones. Sara advirtió claramente que una mujer en aquella profesión todavía era considerada un bicho raro y aquella percepción aumentó su incomodidad. No estuvieron mucho tiempo y enseguida volvieron al despacho. Sin hacer comentario alguno, se dirigieron a la pantalla donde una serie de luces verdes detallaban los movimientos de Ylenia.

—Ha pasado casi dos horas en el mismo sitio. Tuvo que estar con alguien...

—O sentada en un parque...

Razvan maniobró sobre el teclado y les leyó la dirección:

—Es una calle, Principatele Unité...

Los tres dejaron escapar un grito a la vez.

—¡Donde el incendio! ¿Le habrá sucedido algo?

Volvió a consultar los datos.

—Por la hora no coincidió con el fuego, estuvo poco antes —se quedó pensativo—. ¿Pudo haberlo provocado ella?

—Majaderías —dijo Antonio—, esa muchacha es una mosca muerta.

—La llamaré para recordarle que tenemos una cita para cenar y le sonsacaré dónde estuvo —acordó Sara con ellos.

Sin embargo, durante la breve conversación mantenida lo único obtenido fue el encargo de que Razvan buscara un nombre.

—No viene a cenar. Dice que estuvo paseando, pero no la creo.

—¿Y quién es ese Cristian? —preguntó Antonio mientras Razvan buscaba la ficha solicitada.

Razvan le leyó lo encontrado.

—¿Sería el asesino de su padre?

—Según figura en las actas, más bien fue utilizado como cabeza de turco...

La llamaron para darle su paradero, seguía negándose a verlos. Al colgar, Sara se mostró mosqueada.

—O mis sentidos me engañan o nos está mintiendo.

—¿Es posible que su hermana viviera en ese edificio?

—Déjame mirar... esa calle me suena de algo... —volvió a rastrear en la ficha de Cristian, buscando notas al margen—. ¡Bingo! El profesor cuyo asesinato se atribuyó a Cristian Stoicescu, Catalin Popescu, vivía ahí.

—Así que volvió a su casa...

—No te preocupes, pronto sabremos si la vieja que murió en el incendio tenía alguna relación con ella. Por la edad no era su hermana, está claro. ¿Podría ser su madre?

—Su madre murió poco después de llegar ella a España, por lo menos eso me dijo.

—¡Jesucristo! Qué tragedia de familia...

—¿Y no tendrán los Balan una casa por ahí?

—Lo dudo. Su domicilio en Bucarest está al norte de la ciudad, donde las calles son amplias y en los parterres hay jardines, no basura. Esta mañana, antes de ir al aeropuerto a buscaros, pasé por su domicilio y lo encontré cerrado a cal y canto. Pregunté a los vecinos y, aunque no son muy propensos a hablar con la pasma, una señora me informó de que la abandonaron con las maletas el martes por la mañana temprano. Iban de viaje, supuso, pero no sabe a dónde.

—Este martes... ¡Tiene que estar relacionado! No puede ser una coincidencia...

Un hombre irrumpió en la estancia.

—Señor, el atestado que solicitó.

—Gracias, Marcel. ¿Nos ponemos a ello, amigos? Haré tres copias para poder leerlo a la vez —dijo dirigiéndose a la fotocopidora.

No les hizo falta pasar muchas páginas para darse cuenta de la similitud con su caso. El mismo horror se hallaba detallado allí: los desgarros de la violación, los cortes finos de una cuchilla afilada con restos de saliva, el alcohol y las drogas en la sangre... El forense certificaba que la mujer había muerto desangrada por las múltiples heridas. No había prueba de ADN, entonces no existía y aunque así fuera nunca se habría empleado en una transeúnte desconocida y anónima, pues como tal figuraba. Compararon el modus operandi. Prácticamente el mismo. Revisaron el historial adjunto. Nunca había sido detenida ni registrada, sus huellas no figuraban en ningún archivo, jamás fue reclamada. Le habían calculado menos de dieciséis años, las caries delataban carencias alimentarias, sus manos y rodillas revelaban el rudo trabajo de una campesina. Tal vez quiso probar fortuna en la capital, quizá fue secuestrada en su pueblo de origen y llevada a Bucarest para satisfacer las ansias de su asesino. En cualquier caso, no merecía haber muerto así. Su

cuerpo fue hallado en las orillas del Damvobite, en las cercanías del palacio presidencial. Se miraron desmoralizados y animados a la par. Existía, había actuado antes, allí estaba la prueba. Pero nadie se había ocupado de investigarlo. ¿O sí? Volvieron a conectar con el compañero jubilado de Razvan y escucharon su voz por el teléfono puesto en modo conferencia. Bela se mostró reacio a transmitirles información desde el principio, incluso cuando le juraron que la línea era segura y no había nadie más en la habitación.

—¿Por qué no venís a verme? —dijo al fin—. Un poco de compañía no hará mal a este viejo...

—Es un poco tarde... —Razvan miró dubitativo a sus compañeros y los dos asintieron con presteza—. De acuerdo, iremos.

Antes de salir, Sara echó un vistazo a la pantalla de control. Ylenia seguía en el hotel. Suspiró. Si las dos Lavinias no eran la misma no habría disculpas suficientes para justificarse. Quizá era cierto que estaba buscando a su familia. Se encogió de hombros inconscientemente mientras se ponía la chaqueta por encima. Daba igual. Aquellas muertas constituían una razón sobrada. La noche era cálida y la ciudad parecía reposar de la agitación diurna. El cansancio se apoderó de ellos y el silencio se impuso dentro del vehículo. El veterano policía vivía en las afueras de la ciudad, en una pequeña casa de dos plantas, empotrada entre los nuevos edificios que habían levantado a ambos lados.

—No paran de construir, es una locura. Bucarest perderá toda su personalidad de seguir así —se lamentó Razvan aparcando delante.

—¿Nunca le han propuesto vender?

—Sí, hace tiempo, y de vez en cuando insisten. Pero es un romántico, dice que sólo edificarán sobre su tumba...

Un hombre los esperaba fuera echando un cigarro y, mientras hablaba, lo saludó con una mano. Bela no aparentaba su edad,

puro músculo con una mata de pelo blanco. Se le notaba asiduo al gimnasio, pese a la ronca voz de fumador, quizá para compensar el exceso de nicotina.

—Mi mujer no soporta el olor a tabaco —se excusó tras los obligados saludos y presentaciones—. Si alguno fuma, tendremos que salir fuera —su voz denotaba cierta esperanza, rápidamente difuminada ante la negativa respuesta de los visitantes.

Los condujo a un salón con clásicos muebles de madera, donde reinaba chocantemente una tele de plasma de última generación colgada de la pared. En el centro, sobre la mesa, unos platos ofrecían a la vista succulento embutido acompañado de una masa amarilla. Les ofreció unas cervezas y fue a buscarlas a la cocina, mientras se sentaban y Razvan les explicaba qué era la mamaliga, esa pasta de maíz compañera de todos los platos. Charlaron de los viejos tiempos, de cosas intrascendentes, hasta que la mujer entró silenciosa a recoger los restos. Sólo después de su discreta retirada, Bela sacó un grueso archivador y, apartando los vasos, depositó el contenido encima del tablero.

—Yo he sido un buen policía —fue su preludio—. Jamás acepté sobornos, como era práctica habitual y sigue siendo hoy en día —Razvan asintió dándole la razón—. Por suerte, además, no tengo ninguna víctima sobre mi conciencia: tampoco tuve nunca necesidad de matar a nadie. La mayor parte de mi carrera transcurrió en Homicidios y me precio de haber resuelto más del noventa y cinco por ciento de casos que llegaron a mis manos. Excepto algunos... ¿Has recuperado el atestado que te indiqué? ¿Lo habéis leído? —los tres asintieron y se mostró satisfecho—. Esa muchacha aparecida en la ribera no fue la primera víctima. Antes, por lo menos, hubo otras dos mujeres asesinadas en condiciones similares. Nunca encontrarás las diligencias, no te hagas ilusiones —reveló al ver a Razvan sacar la libreta de notas—. Ésas se conservan porque

yo lo archivé como «caso no resuelto», con la esperanza de que en un futuro alguien lo desempolvara y pudiera servir para cazar a ese dragón.

—¿Qué se hizo de los otros dos?

—Se quemaron.

—¿Se quemaron? —Sara y Antonio se mostraron escandalizados, un atestado policial jamás debía destruirse.

—Bucarest es muy frío durante el invierno y a veces no había gas para alimentar la caldera, así que usábamos estufas de leña... o lo que hubiera —justificó con ironía.

—¿Quién lo ordenó? —Razvan quiso escucharlo de labios de su amigo.

El viejo policía se recostó en la butaca y cerró los ojos, echando la vista atrás en el tiempo.

—Cuando estábamos investigando la segunda, apareció por la oficina un comisario político de aquellos que tanto abundaban durante el régimen. Un hombre glacial, bien vestido y bien peinado, con aspecto de comer más de lo prescrito en aquellos tiempos del hambre. Estuvo reunido media hora con mi jefe y al cabo me mandaron llamar. Delante de él me lo dijo: las muchachas habían participado en una orgía por su propia voluntad, eran prostitutas y estaba mezclada gente muy importante que no podía aparecer mezclada en aquel asunto. Al dictado del otro, mi jefe lo etiquetó como un caso de seguridad nacional y donde hay patrón no manda marinero. Los bajé al sótano y los eché al fuego con mis propias manos —su expresión evidenciaba cuán arrepentido estaba de aquel acto y, por la forma de mirar alrededor, se dieron cuenta de que los fantasmas de las muertas aún lo perseguían—. Cuando apareció la tercera, apliqué el mismo cuento y le dije al jefe: «caso cerrado». Él entendió que el expediente había seguido el mismo camino y me felicitó; pero no lo quemé, lo clasifiqué como os dije

y lo envié al archivo. Los crímenes se sucedieron entre finales de 1987 y 1989. No se me olvida. Y aunque haya sido obediente, nunca me gustó que me tomaran por tonto, así que, una vez cumplidas las órdenes de mi superior empecé a indagar por mi cuenta en los ratos libres.

—¿Descubriste algo posteriormente?

—Fue la pandilla de Nicu, el hijo de Ceaucescu. Eso lo supe con seguridad. Y entre ellos estaba Dracul, no es un invento, lo llamaban así, como el emperador Vlad Tepess.

—Conocemos la historia...

—Bien. Todos tenían apodos, no les gustaba utilizar su verdadero nombre cuando cometían tropelías y puedo deciros que era frecuentemente. Aquí los encontraréis relacionados —señaló el archivador.

—¿Cuál de ellos era Dracul?

—No lo sé.

—¿No lo sabes? —lo miraron con sorpresa.

—Logré casar cada personaje con su mote, pero me faltaron dos. Y uno de ellos lo era con seguridad. Sin embargo, carezco de pruebas para confirmarlo. En diciembre del 89 todo acabó, la pandilla se dispersó y entre los crímenes imputados a los que detuvieron no se hallaban éstos. ¿Cómo iban a estar si los expedientes habían desaparecido?

—¿Y el de esta chica? ¿No lo rescataste entonces?

—Literalmente, el jefe me prohibió «echar más leña al fuego». Además, hubiera tenido que explicar por qué lo había desobedecido.

—¿Quiénes son los dos hombres que se rifan el nombre de Dracul?

—Los dos se llamaban igual: Mircea Iaru y Mircea Balan —los visitantes dieron un respingo al oír el segundo y los miró con curiosidad—. ¿A cuál estáis siguiendo?

—A Balan —contestó Sara rápidamente.

—¿Balan? —silbó—. Es una buena pieza si conseguís cazarla, algo difícil me temo.

—¿Nunca pudiste desentrañar el enigma?

—Mi confidente sólo llegó a decirme que Dracul era Mircea, de ahí la confusión cuando descubrí dos hombres con el mismo nombre. Y cuando intenté aclararlo con él fue demasiado tarde, lo habían matado de un disparo a quemarropa por la espalda el día anterior.

—¿De quién se trataba? Si quieres decírnoslo, claro.

—Ya está muerto, no importa. Era uno de los asistentes personales de Nicu. Fue en agosto del 89. Se vistió como atentado, pero yo creo que descubrieron la delación. A veces venía por casa, así que mi mujer se asustó. Me pidió que lo dejara, que me apartara de todo aquello; tuvo miedo y yo también, si os soy franco. Aquella gente no se paraba ante nada. Pronto acabó todo, no volvió a haber más casos y yo quedé con dos posibles candidatos en cartera para un sádico vampiro. Dracul se ocultó en su ataúd y ahora ha vuelto a salir, según decís.

—Hubo un caso en Valencia, hace años. Yo me ocupé de él —Sara le puso al corriente.

—Fue cuando te pregunté la primera vez por Dracul, recordando algo que me habías comentado —aclaró Razvan.

—Y ahora está el caso de Madrid. Bueno, los casos —Sara le hizo un breve resumen de lo sucedido los días anteriores a kilómetros de distancia.

—Estamos ante un asesino en serie —concluyó Antonio.

—Yo no lo veo así —reflexionó el experimentado policía—. Más bien creo que se trata de un vicioso y, en ocasiones, se le va la mano. ¿Cuántas muertes que nosotros sepamos lleva en su haber? ¿Cinco? Seguramente sean incontables las chicas que andan por ahí con la piel marcada y no murieron.

—¿Drogas?

Bela se rio.

—Aquella banda consumía todas las sustancias a su alcance regadas con alcohol. Ese cóctel, mezclado con una personalidad trastornada, puede producir verdaderos monstruos.

—Nicu era uno.

—No era el peor. Era un juguete manejable por cualquier adulator sin escrúpulos. La dinastía Ceaucescu se había otorgado poderes teocráticos, se creían investidos por la divina gracia, pese a su origen comunista. Nicolae tenía un cetro de mando e instituyó el culto a su persona y a la familia, a cuyos miembros colocó en los lugares más destacados del gobierno. Su mujer estaba considerada como una gran científica y se denominaba a sí misma la Dama de Acero comunista. En su afán de modernizar e industrializar Rumanía, para pagar la deuda externa acumulada en el proceso, ordenaron la exportación de la mayor parte de la producción agrícola e industrial del país. El resultado fue la escasez de comida, energía y medicamentos; la vida diaria de los rumanos se convirtió en una lucha por la supervivencia. Pese a todo, nunca se les pasó por la cabeza terminar juzgados, no tienes más que ver el vídeo del fusilamiento de Nicolae y Elena.

—Está colgado en Youtube —informó Sara a Antonio tras traducirle el discurso y éste le sacó la lengua. Razvan sonrió por lo bajo. ¡Menudos dos!

—Por cierto, frente a las once balas que le metieron a él en el cuerpo, ella recibió ciento diez. Conducator y Conducatriz... da pena ver tirados sobre la nieve a aquellos dos viejos locos —concluyó Bela.

—¡Esos locos llevaron al caos este país! —matizó Razvan indignado.

—Así todo, mucha gente los echa de menos...

—También hay quien echa de menos a Franco. Eso pasa en todas las dictaduras: los que viven bien no tienen queja, los que se quejan no viven para contarlo —aseveró Sara.

—Sí, pero además aquí no hubo ninguna planificación, nadie pensó en el día después. Con las mismas, se considero finiquitado el colectivismo. Se cerraron las fábricas y miles de obreros quedaron en la calle, sin alternativa al paro —se quedó sumido en sus pensamientos.

—Decías que Nicu no era el peor... —retomó Razvan con delicadeza.

—Sería culpable, pero era un pobre diablo comparado con los arribistas y crápulas que se le juntaron al calor de las prebendas y favores otorgados. Gentes como estos Mircea de los que hablamos. ¿Quién era Iaru? Un joven policía corrupto, asiduo a los burdeles, cuyo sobresueldo provenía de la extorsión y el chantaje. Cuando entraba en uno, los chulos le besaban el culo y le ofrecían las mejores putas bañadas en champán. Salía con el escroto vacío y el bolsillo lleno. Según dicen, prendía los habanos con billetes. En una ocasión le rajó la cara a una chica por negarse a satisfacer sus abyectos deseos —miró a Sara con temor a ofenderla si se explayaba y ésta, al observar su reticencia, lo tranquilizó con un gesto—. Se rumoreaban barbaridades... por eso figuraba en mi lista como primer sospechoso.

—¿Dónde está ahora? ¿Qué sabes de él?

—Acabó en Rusia como escolta de un pez gordo, un tipo dueño de una petrolera.

—¿Y Balan?

—Su familia medró con el régimen como otras tantas. Su padre dirigía la acería de Galati, la niña bonita de las fábricas del régimen. Según tengo entendido, llegó a ser amigo personal del Conducator. El hijo abandonó los estudios en primero de carrera

para unirse a la camarilla de Nicu. Había empezado Biología, creo, pero tuvo graves enfrentamientos con la dirección de la Facultad, llegando a amenazar en público a un profesor incluso. Y no eran habladurías. Tenía tanta fama de inteligente como de caprichoso y violento.

—¡Ahí lo tienes ahora! Dueño de un verdadero imperio...

—¡Qué sorpresa si al final resulta ser Dracul! Me hubiera inclinado más por Iaru...

—No podemos probarlo todavía, pero todo encaja. Lo curioso es que tú manejas esta información sobre él, pero en los registros figura limpio; el primer apunte es su llegada a Rumanía desde España en el 2002.

—Es muy posible que tenga los flancos bien cubiertos. Sin pruebas no iréis a ninguna parte.

—Por lo que sé tiene comprados a políticos, policías y jueces —dijo Razvan haciéndole partícipe de sus averiguaciones.

—Si es cierto lo que creemos, les debe untar más que con dinero... —apostilló Sara.

—¿No se trata entonces sólo del asesinato de esas dos chicas de Madrid lo que os trae aquí?

—Consideramos como hipótesis que Dracul encabece la cúspide de la trata de rumanas en España —explicó Sara—. Puede estar implicado de forma indirecta, además, en el asesinato de cuatro capos de su propia red. El ejecutor del crimen múltiple se lio a tiros posteriormente con la policía y fue abatido, no sin antes cargarse a otra chica rumana más y a una monja.

—Lo vi por el canal internacional, aquí no le dieron mucha repercusión. Tened cuidado. Si es tan peligroso como listo, resulta impredecible lo que pueda hacer al verse acorralado.

—De momento ignora nuestra presencia aquí. Jugamos con el factor sorpresa.

—No tardará en enterarse, os conviene actuar con rapidez. ¿Vais a detenerlo?

—Ha desaparecido —dijo Razvan con inquietud.

—Mala cosa...

La conversación duró poco más y al cabo se despidieron. Bela les acompañó hasta la puerta y aprovechó a prender otro cigarrillo. En lo alto de la casa la luz estaba encendida, señal de que su mujer lo esperaba despierta. Eran casi las dos de la madrugada a y a los españoles se les cerraban los ojos. Razvan los condujo directamente al hotel, deseándoles buen descanso.

—Hasta mañana, bueno, hasta dentro de unas horas, ya es viernes.

Sara le correspondió sorprendida, hubiera sido incapaz de decir el día de la semana, envuelta en aquella confusa aglomeración de sucesos y descubrimientos.

RUMANÍA, BUCAREST.  
Viernes, 9 de octubre de 2009. 09.00 horas.

El sonido del móvil despertó a Sara.

—Ylenia ha abandonado Bucarest —era Razvan.

—¿Qué? —se levantó de un salto.

—A las 7.30 estaba en la estación de autobuses y ahora mismo se encamina a Tulcea, según mis cálculos.

—¿Dónde queda eso?

—Al noreste, en el delta.

Sara no lo pensó ni un segundo.

—Debemos seguirla.

—¡Aún tenemos cosas que hacer aquí! Debemos localizar a Mircea e interrogarlo; este sábado acudirá a una gala en Mamaia, donde lo condecorarán. Aprovechando el tumulto nos acercaremos y tendremos una conversación con él.

—¿Y si está en el delta? Los *pesti* vuelven al río cuando las cosas se ponen feas, eso lo aprendí en la Operación Danubio, tú me lo enseñaste.

—No es descabellado. Pero si es cierta tu corazonada y Dracul se esconde allí es porque se siente seguro. Y eso sólo significa una cosa: en cuanto aterricemos en la comisaría lo sabrá. No podemos hacer movimientos en falso, hasta ahora la discreción ha sido nuestra principal baza.

—Tienes razón. Iré sola.

—¿Tú? No conoces la ciudad...

—Mira Razvan, en peores plazas he toreado. Os las arreglaréis bien solos, no me cabe duda.

—Antonio desconoce nuestra lengua...

—Tú dominas lo suficiente el castellano para entenderos, así practicas —dijo atajando sus reticencias—. Me desplazaré como una turista para no levantar sospechas, ya daré con ella. Basta con que me mantengas informada de sus movimientos. Si por un casual detecto a Balan cerca os aviso inmediatamente. Y si es una falsa alarma nos encontraremos mañana por la tarde en Mamaia.

—¿Cómo consigues siempre que tus decisiones parezcan acertadas?

—Porque lo son, no lo dudes. No te preocupes de nada y ten localizado su móvil. ¡Esperemos que le haya cargado la batería! Yo despertaré a Antonio, se lo explicaré y te lo mando en un taxi. Utilizaré otro para llegar a la estación de autobuses desde el hotel, dame la dirección. Todas las precauciones son pocas.

Fue a la habitación de Antonio, quien se mostró totalmente contrario a su decisión.

—Primero me traes aquí y ahora me dejas colgado en este país, donde no conozco ni el idioma.

—Razvan habla español, él se ocupará de ti. Además, mañana sábado nos encontraremos en la fiesta de Mamaia, es solamente un día lo que pienso ausentarme. Si Lavinia es la hermana de Ylenia y Mircea Balan es Dracul, Ylenia nos conducirá a él. Y si es Dracul y ha conseguido mantenerse fuera de la ley y ocupar una posición tan privilegiada sin levantar sospechas sobre la trama que esconde, Ylenia está en serio peligro. Estamos en un país extraño y es fácil que tenga tejida una tupida red. Razvan está preocupado por las filtraciones, deben de ser habituales; es posible que nuestro sospechoso esté advertido, incluso puede estar tendiéndonos una trampa a través de ella... No podemos dejarla sola ni hacernos ver. Lo mejor será que yo vaya de incógnito.

—¿Crees que soy idiota? A ti te gusta la chiquilla y quieres irte con ella de viaje. Todo este rollo de la hermana es puro cuento, le sacaste tú el billete para que viniera a Rumanía, a ella sola nunca se le hubiera ocurrido... No engañas a nadie, Sara. Tu punto débil son las mujeres.

—¿Sacas esa deducción sólo porque no sucumbí a tus encantos?

—En nuestro gremio se sabe todo, alhaja, incluso por quién abandonaste a tu marido, me he informado bien antes de venir. ¿Qué te crees? ¿Que no me doy cuenta de que vas tras el chochito de Ylenia? Hay colillas, luego han fumado, la policía no es tonta...

—Vete a la mierda, Antonio. Eres un gilipollas.

—Y tú una lesbiana machorra, a mí no me engañas. ¡Estás celosa porque me prefiere a mí! Advertiré a esa moza de tus intenciones...

Sara le cruzó la cara de una bofetada. Él la miró un instante furibundo y luego se echó a reír.

—¡Ésas tenemos! Pues con ella pinchas en hueso, bonita, es conservadora y tradicional como todas las rumanas. ¡Si lo sabré yo! Y te apuesto lo que quieras a que me la llevo yo al huerto antes que tú.

Intentó darle de nuevo pero él le detuvo el brazo en el aire, risueño.

—No empeores las cosas, Sarita, y da gracias de que no informe sobre tu conducta...

Sara abandonó la habitación hecha una furia consigo misma por haber perdido los papeles.

—¡Y ganaré la apuesta! —escuchó a voz en grito a sus espaldas.

Totalmente alterada, recogió rápidamente su equipaje y salió del hotel con la mochila y un plano en la mano, decidida a meterse en su papel de turista desde el principio. Ya sentada en el incómodo asiento, lamentó no haber alquilado un coche. Razvan la había

hecho desistir con sus comentarios sobre las carreteras del país, pero cualquier cosa hubiera sido mejor. El autobús era una tartana, tardaría horas y además paraba en cada pueblo. Intentando calmarse, se concentró en el paisaje. Los puestos ambulantes de fruta y hortalizas se sucedían en los arcenes y los pueblos crecían longitudinalmente a la carretera, adosando las viviendas en fila a ambos lados como un decorado de casas y huertas. Carros y carretas conducidos por animales circulaban lentamente obstaculizando la circulación. Era un ambiente rural anacrónico, como si el tiempo se hubiera detenido en aquella llanura, al margen de las fábricas, obras y camiones pesados que inundaban el entorno de la capital. Pasado ya medio camino, perdieron de vista todo contacto con la civilización y entraron en un paisaje de dunas, desierto hasta donde la vista alcanzaba. El tráfico fue desapareciendo gradualmente. Rumanía era un país de contrastes. Pensó que le gustaría ir a Transilvania y visitar el famoso castillo de Drácula, aunque Razvan les había dicho que ni Vlad Tepes el Empalador había vivido allí, ni Bram Stoker había inspirado en él su novela. «Somos un pueblo de comerciantes, el negocio es el negocio», fue su conclusión, a la cual Sara correspondió riendo: «¡Y luego dicen de los catalanes!».

Cuando ya estaba llegando, recibió una llamada de Razvan. Le había reservado habitación en el hotel Delta, con vistas al muelle del Danubio. Especuló si Ylenia lo habría elegido también para hospedarse o tendría familia o amigos por allí. Sabía muy poco de ella. Le había parecido buena persona, sin fisuras, legal, alguien poco corriente, y tenía ganas de conocerla mejor. ¿Cómo sería en la intimidad? Se imaginó desvistiéndola con delicadeza, descubriendo su piel blanca sin mácula poco a poco, acariciando con suavidad sus pezones rosados y diminutos, enterrando los labios en su pubis sedoso y rubio... Recrearse en estos pensamientos la condujo casi al orgasmo y no le quedó más remedio que situar-

se para calmar el ardor: estaba en un lugar público, en medio de una operación de alto riesgo. Cuando todo terminara, vería si era posible hacer realidad su imaginación. ¿Descartaría su amor por ser mujer? ¿Constituiría la diferencia de edad un impedimento? ¿Se alejaría de ella para siempre por su atrevimiento? ¿Quedaría realmente espantada por su osadía? ¡A la mierda Antonio! Nada perdería por intentarlo, iba siendo hora de tomar la iniciativa y manifestar sin pudor sus sentimientos.

RUMANÍA, TULCEA.  
Viernes, 9 de octubre de 2009. 11.00 horas

Nada más bajarse del autobús, Ylenia se dirigió a la confitería remitente de los paquetes de Navidad. Estaba en una plaza céntrica y llamaba la atención por la vistosidad de los pasteles y golosinas del escaparate, de todos los colores y pulcramente ordenados. La dependienta, una chica jovencita, morena y rellenita como un bollo de chocolate, se ofreció solícita para llamar a la dueña.

—De estas cosas se ocupa la señora —sonrió dulcemente, como correspondía a una confitera.

No tardó diez minutos en aparecer. Tenía una cabellera rubia platino recogida en una alta cola que estiraba hábilmente las arrugas del cuello. Sobre su delantera, cual aterciopelado mostrador, descansaba una cruz griega de oro de gran tamaño con incrustaciones de pedrería. Inmediatamente supo a quién se refería e Ylenia no tuvo reparo en fingir, ignorando cuán cerca se hallaba de la verdad:

—**Ane-Marie** ha muerto y le ha dejado parte de la herencia a Lavinia. Antes de fallecer me rogó comunicárselo personalmente, fue su última voluntad. La pobre únicamente tenía esta referencia, si usted me ayudara a localizarla...

La mujer se mostró tan conmovida como dispuesta. No, no conocía su dirección, ni siquiera sabía si residía en Tulcea. Hablaban únicamente por teléfono, pero consultaría en los registros del año pasado. Era muy meticulosa y le gustaba anotar todos los datos en los pedidos por si había alguna reclamación, algo poco frecuente, aclaró mientras revisaba el archivador. A Ylenia se le hizo interminable el escaso tiempo transcurrido hasta su localización.

—¡Está usted de suerte! Desde que cambiamos el viejo aparato por esta moderna centralita los números quedan marcados. Registré el suyo por si acaso, es un móvil.

Ylenia casi le arranca la hoja de las manos. Apuntó los números en una tarjeta y le compró una caja de mazapanes antes de despedirse, dándole efusivamente las gracias y prometiendo volver. Ya en la calle sacó su aparato del bolso y lo miró con remordimiento. No había avisado del desplazamiento a sus amigos policías. Tampoco ellos la habían llamado. Mejor, no sabría qué decirles. Ya había mentido bastante y no era su intención revelar que estaba en Tulcea. Marcó el número y dejó sonar el teléfono hasta que la línea se cortó. Insistió. Volvió a insistir, con el mismo resultado. Al otro lado daba señal, pero nadie lo cogía. Sentada en un banco de la plaza, con la caja de mazapanes sobre las rodillas, decidió indagar sobre Cristian.

Se embarcó en la primera línea que salía con parada en Pardina. Ya en el agua, se sorprendió reconociendo el paisaje pese al tiempo transcurrido. Los canales iban apareciendo a izquierda y derecha, pura jungla en casos apenas navegable. Pasaron frente al *Siret*, el decadente barco de lujo de tres pisos en cuya cubierta recibía el Conducator a los visitantes extranjeros. A medida que se acercaban al pueblo le dio la impresión de estar abandonado, pero había gente pescando en la orilla y varias personas esperando la llegada del barco en el muelle de atraque, eso la animó. Ya en tierra, se dirigió hacia la plaza del pueblo, atestada de niños jugando. Vio un bar al fondo y hacia allí encaminó sus pasos. Preguntó a la mujer que atendía la barra.

—¿Cristian? Estará pescando, como siempre...

Le indicó la altura donde solía ubicarse, pero al verla dudar salió al exterior y dio un silbido. Al momento apareció un adolescente rubio, casi albino, dispuesto a acompañarla. Avanzaron por un ca-

mino pegado a la orilla, cruzándose las mínimas palabras, hasta un pequeño vado en el cual había levantado un toldo sobre cuatro palos. Varias cañas de pescar, sujetas sobre una estructura de madera destinada a aparcar una lancha motora, hundían sus sedales sobre el Danubio, dejando que los arrastrara la corriente. Una suave brisa hacía ondear el tendejón de plástico. Bajo su sombra se hallaba sentado un hombre alto de piel curtida y bronceada plagada de arrugas como un pergamino, sin pelo en la cabeza y extremidades como sarmientos, con unos ajados vaqueros recortados a la altura de la rodilla y un desgastado suéter rojo de lana cubierto de agujeros.

—¿Qué me traes aquí? ¿Turistas? —preguntó descubriendo las encías con una franca sonrisa.

Ylenia se lo quedó mirando fijamente sin reconocerlo, temiendo haberse confundido. Recordaba a un hombre joven, robusto y corpulento, con una rebelde mata de pelo y el cuello como un toro. Tardó en asimilar los años transcurridos, el deterioro causado por el paso del tiempo. Lo único que conservaba de entonces era la sonrisa. Su permanente sonrisa, ahora desdentada.

—Soy Ylenia, la hija pequeña de Catalin...

Se echó las manos a la cabeza, levantándose de un salto.

—¡Cómo no lo adiviné! Eres igual que tu padre...

Se abrazaron con torpeza, como dos extraños. Ylenia le dio al muchacho cien leis y Cristian completó la recompensa por haberla llevado con media docena de carpas aún vivas.

—¿Este barco es tuyo? —dijo por romper el hielo cuando quedaron solos.

—Lo compré de segunda mano, pero está prácticamente nuevo. He invertido en esta lancha todos mis ahorros. ¡No veas la cantidad de peces que tuve que sacar para pagarla! —la contempló con orgullo.

Se sentaron uno frente a otro, ella en el taburete amablemente cedido, él sobre un tronco.

—¿Quieres algo de comer?

—Traigo... traigo mazapanes.

Le entregó el paquete y los dos se quedaron mirando el envoltorio de papel dorado con un lazo lila, tan chocante en aquel entorno. Rompieron a reír al unísono.

—¡Siempre fuiste tan bien educada! —dijo con ternura mientras los desenvolvía y le ofrecía uno.

—Llevo todo el día sin comer... —aceptó tragándose lo apenas sin masticar.

—Asaré unos peces, te chuparás los dedos, ya verás —apiló unas ramitas a la orilla y se dispuso a hacer una hoguera—. Esto tardará un rato, cuéntame mientras ¿qué haces aquí?

—Estoy buscando a Lavinia. Me enviaron a España al poco tiempo de morir mi padre y no nos vemos desde entonces. Por el camino me enteré de que vivías en Pardina y decidí visitarte —no quiso dar más detalles de momento y él esperó sin decir palabra—. También visité a **Ane-Marie**, nuestra vecina y ella me enseñó esto —le mostró los recortes—. Fuiste acusado y detenido por matar a mi padre, pero yo no lo creo. ¿Qué pasó, Cristian?

Su viejo amigo dispuso el pescado al fuego sobre una parrilla roñosa apoyada en dos lajas de piedra y se irguió, dispuesto a contestar.

—Buscaban una cabeza de turco y conmigo mataron dos pájaros de un tiro: detenían a un asesino y retiraban de la circulación a un disidente.

—¡Cuéntamelo todo, por favor! —le imploró—. Son tantas las lagunas, las incógnitas...

—Tú eras muy pequeña, tu madre hizo bien alejándote de esta sinrazón.

—¿Quién mató a mi padre? ¿Por qué?

—Yo no fui, desde luego, eso puedes tenerlo claro. Catalin recibió un aviso en mi nombre para acudir a Pardina a intervenir en una asamblea informativa con los vecinos sobre los dragados. Nunca supe quién se lo envió, seguramente el mismo que tramaba su muerte; ya lo tenían premeditado, no hubo nada casual aquella tarde. Cuando llegó a Pardina yo fui el primer sorprendido, de hecho estaba pescando, vinieron a avisarme aquí mismo. No me había enterado de la asamblea y era el único que hubiera podido convocarla, ¿entiendes? Pero la había, anunciada con carteles y todo. Los habían puesto por la mañana en mi ausencia; como ahora, solía salir a pescar de madrugada y no regresaba hasta la noche —aclaró—. Cuando se lo expliqué a tu padre no daba crédito, pero la gente estaba allí, en medio de la plaza, concentrada, esperando. A la hora anunciada se empeñó en subir al estrado a intervenir, sobre todo al ver presentes a los medios. Los convocábamos siempre y jamás habían acudido, pero en esta ocasión había tres corresponsales, uno de un diario de Tulcea y dos de Bucarest, fotógrafo incluido. Todo estaba preparado sin haberlo organizado nosotros. A mí me daba mala espina e intenté disuadirle, pero rendirse no entraba en el carácter de Catalin. Podía ser cualquier cosa, menos un cobarde.

—¿A qué tenías miedo?

—El Estado les había construido bloques de edificios a los vecinos, había venido gente de fuera con la promesa de un trabajo, familias enteras. Los dragados se veían como maná en este desierto, la gente quería trabajar, temían que nuestras protestas pudiesen detener las obras y perderse así los puestos prometidos. La mecha ya estaba encendida, ¿entiendes? Así que cuando los reventadores aparecieron de la nada con pancartas a favor de la desecación, el progreso y la agricultura, bastaron unos gritos en

contra para que casi lo lincharan. Nos lincharan, para ser más exactos, pues yo estaba subido a la tarima con él. Nos lanzaron hasta piedras. ¿Ves esta cicatriz? —señaló la sien—. Fue con un casco de botella. Tu padre se encaró con ellos, con uno concretamente; me dio la impresión de que se conocían de antes, nunca lo había visto perder el control así. Al final, con ayuda de unos parientes, conseguí separarlos. Nos vinimos a la orilla, un poco más allá —señaló con el dedo—. Catalin estaba fuera de sí y le propuse pescar un rato, no era cosa de volver al pueblo hasta que no se calmaran los ánimos. Le dejé contemplando el río y me fui a buscar cebo. No estaría alejado ni media hora. Cuando volví, ya no estaba. Lo llamé, lo busqué y, ya de noche cerrada, regresé a casa pensando que había cambiado de idea y tomado el último barco. Me enteré de su muerte al día siguiente. Estuve en el funeral, no sé si me recuerdas... —Ylenia asintió emocionada—. No habrían pasado dos semanas cuando la policía vino a buscarme y me acusó de su asesinato. Todos los cargos se basaban en que era el último que lo había visto con vida. Un jurista amigo de tu padre me defendió, otros me apoyaron, entre ellos Corina, pero todo resultó inútil. Por lo menos en primera instancia. Aun muerto el perro, el abogado tardó varios años en conseguir que se revisara el juicio y se sobreseyera por falta de pruebas. Creí que nunca saldría de la cárcel, fueron años horribles, no puedes imaginar las condiciones de las cárceles rumanas. Conviví con verdaderos asesinos, hacinado, con falta de higiene, de comida... con miedo. Padecí disentería, neumonía, anemia... y casi me lleva al otro barrio una infección intestinal. Cuando regresé a Pardina nadie me conocía, tan consumido estaba. Perdí todos los dientes, quedé calvo y ni siquiera fui acreedor de una indemnización por aquel injusto trato. El Estado se había apropiado de todos mis bienes y todavía estoy en pleitos para recuperarlos; seguramente no lo

consiga nunca. Vivo como un pordiosero tras haber pagado por un crimen que no cometí.

—¡Cristian! Lo siento tanto... No podía imaginarlo...

—No llores, pequeña, ya pasó... —su callosa y huesuda mano le acarició con ternura la mejilla.

—¿Pero quién lo mató, Cristian? ¿Por qué?

—No lo sé, Ylenia, y te juro que no será porque no lo haya pensado todos estos años... ¡Ni un día he dejado de darle vueltas!

—¿Algún vecino?

—Muchos estaban a favor de los dragados, no te lo niego, pero nosotros realmente no suponíamos un peligro para sus intereses, tan sólo un incordio para sus conciencias, aquellos que la tuvieran. El desecado, los cultivos, las edificaciones... todo seguía el ritmo previsto. Y ya nos conocían, no éramos nuevos en la plaza, el profesor ecologista y el loco del pueblo. A tu padre le mató alguno de aquellos provocadores venidos de fuera, estoy convencido.

—¿Qué dijeron los diarios del enfrentamiento?

—Sacaron solamente a los opositores abroncándonos, venían a eso —hurgó en su cartera y sacó con cuidado un recorte de prensa más amarillo aún que los de **Ane-Marie** envuelto en un gastado plástico—. «Enemigos del progreso intentan paralizar los dragados. La población se defiende» —recitó de memoria el titular—. Mira la foto.

Un grupo de exaltados debajo de una pancarta, con el puño levantado y las bocas abiertas. Se detuvo a conciencia en cada cara.

—¿Quién era éste? —con el ceño fruncido señaló un joven desgañitándose. Desde la conversación con **Ane-Marie** un recuerdo pugnaba por aflorar y pilló el cabo por los pelos.

—¿Ése? Es el muchacho que tuvo el encontronazo con Catalin, precisamente...

—¡No quiero que le vuelvas a ver!

—¡No me lo puedes impedir! ¡Le amo!

La discusión no es a puerta cerrada, se está produciendo en la escalera. Asomo la cabeza al oír los gritos. Lavinia y un muchacho están ante la puerta abierta de Ane-Marie, que intenta protegerlos con su cuerpo. Papá acaba de subir, viene del trabajo y está enfrentado a ellos. El chico sonrío sin inmutarse y no me gusta su cara. Es la primera vez que lo veo. Papá se dirige ahora a él, gritando:

—¡Te dije que no vinieras a mi casa y que no rondaras más a mi hija! ¡No te quiero ver con ella!

—Usted no me puede impedir nada...

¿Por qué sonrío? ¿No le asusta papá? Cuando se pone colérico mete miedo... ¿No tiene miedo a nada ese muchacho? Lavinia se crece a su lado pero está atemorizada, lo percibo.

—Te arruinaré la carrera, te expulsaré... eres un vago y un maleante, ¿crees que no sé por dónde andas, a qué te dedicas? No eres compañía para mi hija, no quiero volver a verte cerca.

—Lavinia es mayorcita y hará lo que quiera.

Lavinia no dice nada.

—¡Mientras sea menor de edad hará lo que yo diga! ¡Entra en casa, Lavinia!

—Yo me voy con él, papá.

—¡Tú vienes conmigo dentro!

Coge a Lavinia del brazo y la mete en casa, apartándome de un empujón. Ella se resiste un poco, lo suficiente para que el muchacho grite antes de bajar las escaleras:

—¡Se va a arrepentir de ésta, viejo! No sabe con quién está tratando...

—¡A la mierda tú y tus amigos, Mircea Balan!

Papá cierra de un portazo la puerta.

. . .

—Mircea Balan... —el nombre sonó como un aldabonazo en su conciencia.

Era él. Ahí estaba, perdido en el oscuro fondo del pasado, en el rincón de las cosas olvidadas. Con la misma cara de odio, despertando el mismo sentimiento de amenaza. Había asomado fugazmente en las tinieblas de la memoria con el relato de **Ane-Marie** el muchacho que escondía en casa, el novio de Lavinia que no le gustaba a su padre, pero su cara se le escapaba confundida con la de otros amigos de su hermana, *los mayores*, ese universo tan lejano para una chiquilla. ¿Cuándo había sucedido el episodio de la escalera? No pudo ser mucho antes del trágico suceso. ¿Se había tratado el asesinato de una venganza? ¿O era una simple coincidencia su presencia en Pardina? Repentinamente pensó en Sara. ¡Ojalá estuviera allí con su olfato sagaz de policía! Volvió a observar el recorte detenidamente, analizando cada rasgo. Por eso el acompañante de Viorel y Lavinia en la foto le resultaba vagamente familiar. ¿Se había casado con él, entonces? ¿Cómo iba a unirse Lavinia, por muy enamorada que estuviera, con el asesino de su padre? ¿Seguían juntos? ¿Dónde estaba, quién era su hermana? Un sudor frío la puso al borde del desmayo. Se apartó para vomitar, desbordada por la angustia. Se apoyó contra un árbol cuando ya no extraía ni aire con las arcadas y, mirando el turbio Danubio correr hacia la mar, le expuso a Cristian sus peores sospechas. Le habló de Viorel, de cómo había reconocido a su hermana en la foto, de las sospechas de la policía sobre el otro hombre... ese que ella acababa de identificar como Mircea Balan.

—Todo cuadra —dijo él al cabo—. Pero Lavinia puede no saber nada, seguramente haya sido engañada por ese cabrón. Era una cabecita loca pero no una mala persona —la miró intensamente, deseando creerlo—. Comamos, se están enfriando...

Le sirvió los peces asados en un descascarillado plato de porcelana. Cristian los metía enteros en la boca y como una trituradora extraía las espinas con los labios. Mientras las separaba con pulcritud, Ylenia lo observaba con admiración. Tenía hambre y se comió tres piezas enteras.

—Está anocheciendo. ¿Qué haré ahora? —dijo al acabar.

—En Pardina no hay pensiones y mi casa no está preparada para recibir visitas —se disculpó—. Te llevaré de vuelta a Tulcea, es media hora a buen ritmo. Puedes alojarte en el Delta, un hotel a pie del muelle. Conozco a alguien en recepción. Llamaré para hacer tu reserva —hurgó en el zurrón para sacar el teléfono.

—¡No imaginaba que tuvieras móvil! Yo no lo tuve hasta ayer y porque me lo regalaron...

—Había jurado no usarlo, pero un día enganché el pie en un anzuelo, no podía caminar y pasaron horas hasta que dieron conmigo. Entendí la necesidad de estar comunicado cuando estás solo. Graba mi número.

—No sé cómo hacerlo... —estaba sacando el aparato del bolsillo cuando empezó a sonar y eso provocó su caída al suelo. Al recogerlo miró la pantalla luminosa esperando encontrar el nombre de Sara escrito, pero no era suya la llamada—. Es... es el número de Lavinia...

—¡Cógelo! ¡Rápido, no vaya a cortar! —la apremió el viejo pescador.

—¿Hola?

—...

—Soy Ylenia, Lavinia. Ylenia, tu hermana.

—¡...!

—Estoy en Rumanía, en el delta, ahora mismo —Cristian le hizo un significativo gesto—. Sí, estoy sola —asintió haciéndole entender con un guiño que lo había comprendido—. He venido a buscarte, quiero verte, hablar contigo...

—...

—Ya, es muy tarde... ¿Y mañana? ¿Podemos vernos mañana?

—...

—¿Tu número de teléfono? De la confitería. **Ane-Marie** me dijo que le enviabas dulces, ayer la fui a visitar.

—...

—Estaré en Tulcea, nos vemos donde quieras.

—...

—De acuerdo. Camino por el espigón a la izquierda hasta que se acabe y allí te espero. A las once. ¿Mejor a las doce? Como quieras.

—...

—Sí, sí. Iré sola. Adiós —cortó la línea—. ¡Voy a verla! —gritó exultante.

—Mañana hablaréis y todo se aclarará, ya lo verás. Y ahora, ponte esta capa de plástico para navegar o los mosquitos te abrasarán. Envuélvete bien, cabeza y todo. Yo tengo ya la piel como una coraza, los mosquitos rebotan contra ella, pero en tu piel blanca se cebarán, si no lo han hecho ya.

Agradeció la protección cuando empezó a sentir cómo se estrellaban a toda velocidad contra su cuerpo como dardos afilados, haciendo un seco chasquido al chocar. El rojo atardecer se desvaneció tras la negra sombra de los árboles y la luna asomó, luminosa y redonda, hendiendo su halo en la blanca estela que abría la barca al avanzar sobre el agua. Recordó la luna sobre Los Cigarrales y pensó si volvería alguna vez. ¡Toledo quedaba tan lejano! Las luces de Tulcea se adivinaron tras la isla. Enredada en sus pensamientos, el trayecto le pareció más breve que a la ida.

—Mi lancha es mucho más rápida que esos barcos de pasajeros. Además, le he trucado el motor, no se lo digas a nadie... ¡Es una *fièraborda*! —ambos rieron el chiste. Sin duda aquel barco era lo más importante de su vida en aquella etapa. Lo tenía limpio como

una patena, al contrario de su persona, y equipado con modernas luces y radares.

Cristian la ayudó a pisar tierra firme y la despidió sin bajar.

—¿No quieres venir? Podíamos cenar algo...

—Has tenido un día duro y largo, te conviene descansar. Yo volveré a Pardina. Te llamaré mañana a ver cómo resultó el encuentro, siento curiosidad...

Cristian había reservado una habitación a su nombre y no se la quisieron cobrar.

—Si es invitada de Cristian, no tiene que pagar nada, faltaría más.

Se emocionó con la generosidad de su amigo, sabedora de sus escasos recursos. El recepcionista le explicó, adivinando sus pensamientos, que Cristian solía abastecerles de pescado fresco. Se quedó más tranquila, no parecía que pudiera permitirse mayor desembolso. Mientras tomaban los datos de su pasaporte se encontró muy cansada, agotada. Lo acusaban la flojera de las piernas y aquellas ojeras hondas y moradas, visibles claramente en el espejo de la pared. Echó un vistazo a su alrededor, sin reparar en la mujer que se hallaba sentada de espaldas en un sillón cercano, leyendo un libro, sin perder detalle de lo acontecido en el mostrador gracias al reflejo del cristal de la puerta. Cuando el ascensor subió con Ylenia dentro, Sara hizo una llamada.

—¡Hemos tenido suerte! Se aloja en este mismo hotel, así me resultará fácil seguirla.

—Ten cuidado, compañera. Cuanto más descubrimos de ese hombre, más miedo me da. O deliramos o es un maestro en el arte de la ocultación y el engaño. Goza de peluquero y sastre particular, frecuenta las más altas esferas y los mejores restaurantes, tiene un volumen de ingresos millonario...

—Mañana le abordaremos con la disculpa de Viorel Enescu. No puede negar que está con él en la foto. Ya tengo el coche reservado,

saldré hacia las seis para Mamaia, me han dicho que son dos horas de buena carretera. Hasta entonces intentaré averiguar algo más sobre nuestra amiga y el motivo de su estancia aquí.

—Otra cosa. Ylenia hizo varias llamadas a un móvil al mediodía y la llamaron desde ese número ahora por la noche. No está registrado, es de tarjeta y me resulta imposible adivinar a quién pertenece. La llamada se realizó desde Tulcea, no muy lejos de donde tú estás.

—Tengo el presentimiento de que Dracul está cerca...

—Ten mucho cuidado, Sara.

—No temas, no estoy loca... ¿Qué tal con Antonio?

—Lleva todo el día callado como una tumba y con un humor de perros. No le hizo mucha gracia tu marcha, deduzco, aunque no me dijo nada.

—Es un capullo, no lo aguanto.

—Se nota que es mutuo. Tal vez te vea como una rival.

Sara soltó una carcajada sin ofrecer explicaciones, despidiéndose de él hasta el día siguiente. Una rival, sí, pero en el amor, no en el trabajo. Al ver llegar a Ylenia tan derrotada, estuvo tentada de salir de su escondite y abrazarla, de decirle que no sufriera ni se preocupara por nada; ella estaba allí para ayudarla, para protegerla, para amarla... Quizá, en el fondo, Antonio tenía razón y estaba en el culo del mundo por ella. O tal vez perseguía a sus propios fantasmas, decidida a alcanzarlos y librarse de ellos. Lo único cierto es que cada vez le gustaba más aquella muchacha. Y estaba pensando muy seriamente ganar la apuesta.

RUMANÍA, TULCEA.  
Sábado, 10 de octubre de 2009. 11.00 horas

Cuando Ylenia bajó a desayunar, Sara ya lo había hecho hacía horas y la esperaba en el parque de enfrente desde entonces, sentada en un banco, leyendo el periódico y riéndose para sus adentros al darse cuenta de que ofrecía una imagen de espía de película; sólo le faltaba hacer dos agujeros para los ojos en el papel. Afortunadamente, el gran número de ociosos y merodeadores le permitía pasar desapercibida. A las once y media la vio salir y dirigirse sin titubear a la izquierda del malecón. Caminaba sin mirar atrás, eso le permitió seguirla cómodamente por el lateral, pegada a las fachadas de los hoteles. A las doce menos diez se sentó en un banco y Sara se ocultó precipitadamente tras un contenedor a varios metros de distancia. Por la forma de mirar alrededor consultando el reloj, sospechó que se había citado con alguien en ese lugar. Se admiró del lugar elegido, una explanada en medio de la nada, alejada de la carretera y al borde del muelle. Sara hubiera dado lo que fuera por poder apostarse más cerca.

Cuando las dos manecillas se juntaron, una moto de potente cilindrada avanzó por el estrecho paseo despacio, casi al ralentí, en dirección a Ylenia. Iba conducida por una figura vestida de cuero negro, bajo cuyo casco asomaba una rubia melena. Cuando llegó a su altura dio un par de vueltas, antes de frenar a su lado. La conductora se puso frente a ella de un ágil salto y preguntó sin descubrirse.

—¿Ylenia?

—¿Lavinia?

Se quitó la cobertura sin despeinarse y se plantó delante con las piernas abiertas y una sonrisa torcida.

—¿Qué coño haces tú aquí, hermanita? —abrió los brazos e Ylenia se refugió en ellos—. ¡Joder, Ylenia! ¡Cómo has crecido! Venga, no llores, que me vas a hacer llorar a mí también —le dio unas confortadoras palmaditas en la espalda intentando disimular el nudo que ahogaba su garganta.

—Lo... lo siento —dijo sorbiendo las lágrimas—. Me he emocionado como una tonta...

Miró a su hermana a los ojos y el alma le cayó a los pies. Cuando vivían juntas sus pupilas brillaban, siempre estaban expectantes, buscando la emoción. Ahora, en cambio, mostraban los destellos del falso vidrio y estaban vacías. Tenían un punto ausente, pese a la intensidad con que la atravesaban. Le recordaron los ojos de los viejos, quebrados, turbios, cansados de vivir.

—¿Vienes sola? —preguntó mosqueada observando alrededor con atención.

—¡Claro que vengo sola! ¿Con quién iba a venir? Quedamos en eso, ¿no te fías de mí?

—¿Y qué esperas después de tanto tiempo? ¿Para qué has vuelto? ¿Necesitas dinero?

—¡A la mierda el dinero! —no pudo por menos que gritar—. No necesito nada. O sí. Te necesito a ti, somos hermanas. ¿Recuerdas?

Lavinia rio desabrida mostrando una boca perfecta, de dientes tan blancos que no podían ser naturales. Se fijó con detalle en sus pómulos y en sus labios, demasiado voluminosos. Al darse cuenta del análisis a que estaba siendo sometida, bajó ásperamente la cremallera de la cazadora y le mostró sus abultados senos, empujándolos hacia fuera con las manos.

—¿Qué te parece, eh? La magia de la silicona. Ya veo que tú no has hecho nada por cuidarte...

—Lavinia, no seas cruel, no nos vemos hace veinte años, no me trates así... —imploró afligida.

—¡Pues eso! ¿Pretendes venir ahora a criticarme? ¿Cómo crees que me mirabas? ¡Como a un bicho! ¿Estás en contra de los implantes? ¿O estás en contra mía?

—¡Pero si no he abierto la boca! ¿Qué te pasa, por qué estás tan susceptible? ¿Qué te hice yo?

—No vuelvas a llorar, Ylenia, no soporto verte así —dijo ablandando el tono y volviendo a subir la cremallera—. Vamos, no me pasa nada, es que... me sorprende encontrarte en Tulcea...

—¿Acaso no esperabas volver a verme nunca más? —ahora estaba indignada. Se iba a enterar—. Te casaste y no me invitaste ni quisiste saber nada de mí. Sé también que estuviste en España y no fuiste a verme. Ese Mircea Balan tuvo la culpa, ¿verdad? ¿Estáis juntos todavía?

Lavinia palideció.

—¿Qué sabes de él? ¿Por qué me preguntas eso?

—Le persigue la policía, sospechan que está implicado en varios asesinatos, por eso he venido a verte, a avisarte —soltó a boca-jarro—. Si estás con él cuando lo detengan te considerarán también culpable y tú eres inocente, ¿verdad, Lavinia? Tú no sabes nada de sus andanzas, no eres su cómplice, dime que no...

—¡Estás loca!

—Estuvo en Pardina la tarde que mataron a papá, hay fotos y testimonios de su presencia ese día, fue allí a reventar el mitin y quién sabe si...

Lavinia se abalanzó sobre ella golpeándola.

—¡No lo digas! ¡No digas eso!

Sara estuvo a punto de salir corriendo y sólo le impidió intervenir ver cómo, sin transición, la motorista soltaba a Ylenia y se echaba a llorar convulsivamente, retorciéndose sobre sí misma y

golpeándose el abdomen con los puños. El eco de sus aullidos le llegó en la distancia. La policía notó cómo el corazón le latía con fuerza.

—Lavinia, Lavinia, lo siento, perdóname, para... —Ylenia la con-  
tuvo con todas sus fuerzas intentando calmarla. Una vez logrado,  
con dificultad, consiguió sentarla y se puso a su lado, atrayéndola  
por los hombros hacia sí. Le distinguía el esqueleto hueso a hue-  
so, la encontró extremadamente delgada y desmejorada. ¿Dónde  
estaban sus curvas de antaño?— Estoy a tu lado y ya no nos sepa-  
raremos, hermanita. No importa lo que haya sucedido, olvídate de  
él, yo cuidaré de ti. Podemos irnos a España, tengo empleo allí y te  
podría encontrar uno...

—¿Trabajar yo? —se rio histérica e Ylenia fue consciente de que  
su hermana probablemente no había tenido nunca ocupación.

—Lavinia, sea cual sea la vida que llevas está acabando contigo.  
¡Vente conmigo!

Se separó de ella y sacó un pañuelo para secarse las lágrimas.  
Tenía el rimel corrido y el rostro desencajado. Habló con voz en-  
trecortada:

—Dime de dónde has sacado esas absurdas ideas sobre Mircea.  
No es un ángel, lo reconozco, pero tampoco es para considerarlo  
un criminal. Y es verdad que a papá no le gustaba, pero a mí sí. Nos  
casamos al poco de morir mamá. Fíjate si fui buena hija que no lo  
hice mientras estuvo con vida para no darle un disgusto, pobrecita,  
bastante había tenido ya...

—No estabas en casa cuando se suicidó. Y nunca me dijiste que  
se había ahorcado...

—¿Quién te ha revelado eso? —se revolvió al verse pillada en  
falta.

—**Ane-Marie**, estuve visitándola ayer, al llegar. Ella siempre se  
había portado bien, te protegía y os prestaba la vivienda para ocul-

tar vuestros encuentros, se consideraba una madre para vosotros. Cuando fuiste a despedirte de ella, supuestamente para marchar a España, tu marido no subió. Por eso la pobre no creía que te hubieras casado con Mircea, no se lo esperaba de él, ni un adiós. Y tú ocultaste su nombre. Y mentiste también cuando le dijiste que ibas a buscarme. ¿Por qué?

Lavinia encendió un cigarrillo, buscando la respuesta correcta.

—Mircea tenía amigos comprometidos con el régimen y cuando cayó emprendieron una persecución sin tregua contra ellos. ¡Aunque él no había hecho nada! Salimos del país a escondidas y sí, es cierto, nos fuimos a España. Valencia, Málaga, Marbella... allí empezó a hacer negocios, es muy listo, ¿sabes? Y siempre tuvo buenos contactos...

—¿Por qué no fuiste a verme nunca?

—¿Por qué, por qué? ¿No sabes decir otra cosa? La vida te va liando y estaba muy ocupada; tuve una hija, ¿sabes? Además, te hacía integrada en tu nueva familia, la amiga de mamá era rica...

—Alicia me internó en un colegio al poco de acogerme. Permanecí con las monjas al cumplir los dieciocho, ella murió de cáncer cuatro años más tarde.

—Ylenia, no sabía nada... —sonaba verdaderamente arrepentida.

—Siempre esperé que aparecieras; cada vez que el teléfono sonaba, durante años esperé que fueras tú, y no recibí nunca ni una carta, ni una postal por Navidad como **Ane-Marie**... —la lástima se desbordó nuevamente en lágrimas.

Lavinia se revolvió incómoda, antes de pasar al ataque.

—No sé por qué lo esperabas, nunca estuvimos muy unidas. Eras la favorita, la preferida de nuestros padres, todo lo contrario a mí. Papá me odiaba, siempre me estaba riñendo, nada le gustaba, ni cómo era, ni con quién salía...

—¡Eso es mentira! Se preocupaba por ti, eso es todo.

—¿Sabes que expulsó a Mircea de la facultad sólo por salir conmigo? ¿Consideras eso lícito? ¡Mira qué bueno era Catalin Popescu! Su obcecación arruinó nuestras vidas, Mircea podía haber sido catedrático y no tendríamos que haber huido del país...

—¿No había sido la fuga causada por las malas compañías?

—¡Me estás poniendo nerviosa! ¿Por qué cuestionas todo lo que digo?

«Porque dices incoherencias, das excusas tontas, me mientes...», pensó Ylenia, pero en cambio dijo:

—Tranquilízate. Te contaré la historia que me ha traído hasta aquí, tal vez así comprendas mejor mis temores...

Ylenia empezó por el principio, su vida en Toledo con las monjas y cómo la residencia se había convertido en su segundo hogar. Le habló de su ocupación remunerada, de su labor de voluntariado y de la llamada de Antonio pidiéndole refugio para Nicoleta. Le desmenuzó cómo le había afectado la conversación mantenida con ésta y cómo Viorel Enescu había trastocado su apacible existencia despachando fríamente dos vidas humanas y amenazando la suya propia. Y, ya en comisaría, el golpe definitivo, la foto del asesino con ellos dos, aunque entonces no había reconocido a Mircea; la luz se hizo en su memoria después, cuando Cristian le enseñó el recorte de prensa. Los hechos, tan cercanos y lejanos a la par, fluían de su boca sin piedad y no quiso verle la cara mientras los narraba pues sabía que si la miraba no podría hacerlo. Se vació con la misma velocidad que el Danubio discurría, sin apartar los ojos de sus aguas. Sólo cuando consideró llegado el final de relato, volvió los ojos hacia ella y la halló pálida, hundida, demacrada.

—Vine para avisarte, nunca pensé que estuvieras implicada...

—Lo que dices no es cierto... —su voz sonaba rara, fría, metálica.

—Da igual, Lavinia. La policía anda tras Mircea, si te quedas a su lado te arrastrará por el fango. Vayámonos a España. Una temporada...

—Quizá tengas razón... —se mostraba abstraída, distante.

—Dile que te invita tu hermana para celebrar el reencuentro.

—Un viaje, sí... ¿Por qué no? Se vive bien en España... —asintió ensimismada.

—¿Vendrás conmigo? —preguntó esperanzada.

Lavinia empezó a balancearse con los ojos cerrados e Ylenia no quiso interrumpirla, consciente de su lucha interior. De pronto se irguió y la miró de tal forma que sintió miedo. ¿Estaría acaso su hermana perturbada?

—Voy a hacerte caso, pasaré por casa a recoger mis cosas —declaró con una voz extrañamente aguda.

Ylenia palmoteó ilusionada, no estaba convencida de conseguirlo tan fácilmente.

—¿Puedo ir contigo?

Lavinia miró el reloj, dubitativa.

—Sí, creo que sí. Mircea habrá salido para Mamaia, tiene un acto allí por la tarde y seguramente hayan ido a comer. Sube —le señaló el asiento.

—Nunca he montado en una moto —confesó reticente.

—No hay mucha distancia, estamos cerca. Tranquila, conduciré despacio.

Sara las vio levantarse y fundirse en un abrazo antes de subir juntas a la máquina. Las vio dirigirse hacia ella y pasar por delante, no iban demasiado rápido, todavía tenía una oportunidad si... Un chico pasaba pedaleando sobre una bici con aire cansino y Sara se abalanzó a detenerlo.

—Soy policía, es una emergencia. Te doy cien leis si me la dejas. Y mañana doscientos más cuando la recojas. Me alojo en el hotel Delta.

El chaval no lo dudó un instante y al momento ya estaba Sara detrás de ellas a toda velocidad. Las vio alcanzar el muelle principal y cruzarlo para salir a la carretera. Se arregló con una mano para llamar a Razvan.

—Están juntas, las estoy siguiendo.

—¿A dónde se dirigen?

—Entiendo que irán a casa de la otra.

—Espera, localizaré las coordenadas.

—Hemos dejado el hotel detrás, a mano izquierda.

—Esa zona es la del viejo puerto, no está habitada...

—Tengo que colgar, se alejan, manténla vigilada.

—¡Avísanos si detectas algo sospechoso!

Pedaleó con fuerza, agradeciendo las clases de *spinning* y las horas de gimnasio. La ciudad quedó a sus espaldas. El camino, cada vez más polvoriento, continuaba paralelo al río, entre astilleros abandonados y montañas de chatarra. Cascotes, trozos de hierro y arena dificultaban su rodar. A ratos las perdía, pero el ruido del motor le permitía alcanzarlas de nuevo. En ningún momento se volvieron a mirar atrás. Al doblar un recodo, el sonido cesó y el chirrido de un frenazo le hizo comprender que se habían detenido. Apoyó la bici contra un alto muro y asomó la cabeza. Las dos hermanas se hallaban ante una puerta de madera. La pared de piedra continuaba y dedujo que se trataría de otra fábrica. ¿Qué harían allí? No había ninguna casa en los alrededores, la zona parecía totalmente deshabitada, como Razvan había dicho. Enfrente, una vieja cerca semiderruida permitía contemplar los restos de una maquinaria oxidada, demasiado pesada para haber sido retirada o sustraída. El armazón del techo caído formaba una escultura abstracta de absurdo equilibrio suspendida sobre el pavimento destrozado, de cuyas grietas asomaban matas de hierba, empeñadas en hacer desaparecer la maltratada capa de cemento. Pese a estar tan

fatigada y sudorosa a causa de la carrera, contempló con admiración aquel exponente de arqueología industrial. Mientras las otras dialogaban puso el móvil en modo vibración, por si la llamaban y el sonido la delataba. Ylenia había descendido de la moto, aunque no se la veía muy contenta, y permaneció cruzada de brazos mientras la otra entraba cerrando el portón en sus narices. ¿Qué se ocultaba dentro del recinto? ¿Por qué le había impedido el paso a Ylenia? Tentada estuvo de acercarse a ella, pero le pareció más prudente no descubrir su posición. Afortunadamente, ningún ser humano andaba por los alrededores, le hubiera resultado chocante ver a dos mujeres en medio del desolador paisaje, una dando paseos delante de una puerta cerrada, la otra asomando a ratos la cabeza desde la esquina, espiándola.

Transcurrieron más de veinte minutos sin novedad e Ylenia translucía cada vez mayor nerviosismo. De repente sonó un estampido seco en el interior, audible detrás del elevado parapeto que los separaba. ¿Un neumático estallado? Y otro. Sara no lo dudó: eran disparos. Abandonando toda precaución, desenfundó su arma y echó a correr hacia Ylenia.

—¡Sara! ¿Qué haces aquí? —preguntó asustada al verla aparecer como un caballo desbocado.

—¡Han sido disparos! ¡Aparta! —empujó la puerta, pero no se movió—. ¿Qué hay dentro?

—Es... es la casa de Lavinia, mi hermana...

—¿Una casa? ¿Aquí? ¿Quién está con ella?

—No lo sé, no tenía que haber nadie, su marido estaba fuera, pero vio un coche aparcado y no me dejó pasar...

«Balan», pensó automáticamente Sara.

—Quédate aquí fuera, yo entraré.

Sin dudarlo dos veces saltó la cerradura de un disparo. Ylenia la tomó del brazo.

—Iré contigo.

—Puede ser peligroso, hazme caso...

—Entraré —dijo con determinación.

—De acuerdo, pégate a mí y haz cuanto te diga. No hay tiempo que perder.

Las dos se detuvieron al cruzar el umbral sin dar crédito a sus ojos. Comparado con el inhóspito paraje a sus espaldas, el interior de aquellos muros escondía un vergel, un hermoso jardín lleno de flores y exóticos árboles, con senderos de piedra cubiertos por rosaledas que conducían a una mansión de dos plantas. Sara oteó en derredor esperando encontrar guardas, vigilantes armados, pero nadie apareció pese al escándalo del tiro. El silencio sólo era roto por el trino de los pájaros anidados en las ramas. Corrieron agazapadas detrás de los arbustos hasta llegar a la vivienda. Delante estaban aparcados la moto de Lavinia y un coche negro con los cristales tintados, un BMW de alta gama. Sara ordenó a Ylenia permanecer escondida y se asomó por una ventana. Nada. Aquel silencio no presagiaba nada bueno. Caminó pegada a la pared, sujetando la pistola con las dos manos, hasta llegar a una enorme cristalera de acceso al salón. Entonces la vio. Dio un paso atrás y se encontró a Ylenia tras de sí. Quiso apartarla, pero ya era tarde. No pudo evitar que gritara y se abalanzara sobre ella por la rendija entreabierta.

—¡Lavinia!

Sara entró detrás, cubriéndola.

—¡Policía! ¡Alto!

La única persona visible se hallaba en el suelo, sobre un charco de sangre, con un feo agujero en el abdomen. Al verla, Sara supo que no saldría de aquélla.

—Llamaré a una ambulancia...

Intentó hacerlo sin abandonar el arma, su asesino debía estar cerca, tal vez observándolas... ¿Por qué no atacaba? Marcó el nú-

mero de Razvan y le dio el sos sin dejar de dar vueltas; él se encargaría de todo, sabía dónde estaban. Guardó de nuevo el móvil y se dispuso a registrar la casa. A sus espaldas, una voz gutural se dejó oír. Detuvo sus pasos para escucharla.

—Yo quería matarle... pero fallé... —un gesto imperceptible de la ceja le indicó a Sara la pistola tirada a su costado—. Lo confesó todo... él mató a nuestro padre... y a todas esas jóvenes... también a **Ane-Marie**... ayer...

—¡No! —gritó Ylenia desencajada sujetando a su hermana entre los brazos.

—Sí... después de ir tú a visitarla... la tenía vigilada... tiene espías en todas partes...

—¿Dónde está? —la interrumpió Sara—. ¿A dónde se ha ido?

—A Ucrania...

—Tiene el coche fuera...

—En el embarcadero, atrás... —intentó moverse para señalar, pero un vómito de sangre se lo impidió. Sara salió disparada—. Ylenia... —le agarró el cuello con fuerza desmesurada en un intento de acercarla a ella.

—Tranquila, tranquila... pronto llegará la ambulancia, no te muevas...

—Nicoleta... era mi hija.

El último suspiro, acompañado de otra bocanada. Ylenia sintió su peso muerto y, como hacía con los viejos, la recompuso con piedad y le cerró los ojos, antes de levantarse y estirarse la falda con los dientes apretados, incapaz de derramar una lágrima. Le echó una última mirada y salió dando grandes zancadas detrás de Sara. La encontró en el embarcadero, intentando arrancar el motor de una lancha. No hicieron falta palabras. Se subió de un salto dentro y dijo con voz firme.

—Yo iré también. Pagaré por esto.

—Quédate con ella, Ylenia —había conseguido ponerla en marcha y estaba desenroscando las cuerdas del noray.

—¡Ya no me necesita! ¡Está muerta, Sara! ¡Ese hijo de puta la mató! Y voy a ir a por él, quiero ver su cara, aunque sea lo último que haga.

—Dracul.

—¿Cómo? —ya estaban saliendo hacia el canal y el ruido las aislaba. Se acercó al timón.

—¡Es su alias...! —explicó a voces sin apartar la vista del frente, agradeciendo aquel curso de patrón de yate.

—¡Pues le clavaré una estaca en su puto corazón!

—¡Te estás volviendo una malhablada! —no pudo evitar reírse.

—No tiene gracia... ¡Eh! ¡Cuidado, que vas a chocar! ¿Sabes conducir un bicho de éstos?

—¡Sí, pero no tengo ni idea por dónde ir! ¿Dónde está Ucrania?

—¡La frontera está cerca, un poco más allá de Pardina! ¡Me he criado en este delta, yo te guiaré! ¡A la derecha, sigue la corriente!

Desembocaron a un canal lleno de tráfico portuario. Grandes buques, transbordadores y lanchas turísticas se apiñaban dejando mínimo espacio entre sí.

—¡Mierda! —dijo Sara reduciendo la velocidad.

—¡Sigue, sigue! ¡Mira allí!

No mucho más adelante, un yate avanzaba a todo trapo sorteando peligrosamente las naves. Aunque navegaban a máxima velocidad, la distancia parecía crecer por momentos. Alcanzarlo semejaba una tarea imposible.

—¡Va demasiado rápido! —lamentó rabiada Sara.

—¡Sólo podremos alcanzarlo si cogemos un atajo!

—¿Cómo dices?

—¡A la izquierda! ¡Detrás de ese barco!

—¡No cabemos!

—¡Adelántalo y gira! ¡Entra! ¡Ahora!

Siguiendo sus instrucciones, en segundos se vieron metidas en un túnel verde de agua mansa.

—¿Qué hacemos aquí? ¡Se nos escapa!

—Hazme caso, te he dicho que es un atajo, recuerda que me crié en el delta... Vete despacio, pero no mucho.

—Esto es una selva... —susurró Sara admirada.

—Hay que tener cuidado con los troncos emergidos, pueden ser como icebergs, Cristian siempre lo decía...

Avanzaban por canales cada vez más estrechos. Ylenia iba en la proa con medio cuerpo asomado fuera, escrutando el fondo con sumo cuidado y apartando las ramas de la proa con un palo. A medida que le iban volviendo los recuerdos de los años de infancia transcurridos en aquel paraíso natural y salvaje, defendido por su padre hasta la muerte, sus indicaciones se fueron haciendo más precisas. Podía escuchar su voz guiándola, la voz que había ahogado aquel canalla.

—¡Acelera ahora, está despejado!

Desembocaron a toda pastilla en una laguna alfombrada de nenúfares y una bandada de cisnes blancos salió huyendo a su paso. Sara pensó fugazmente que aquello era una maravilla, merecería la pena volver en otras circunstancias.

—¡A este lago está prohibido el paso! —Ylenia señaló con la mano el pasillo existente entre las plantas acuáticas, indicándole un panel en la orilla donde se podía leer «ACCESUL INTERZIS».

—¡Qué bien! —contestó irónica Sara.

Cuando llegaron al otro extremo, encontraron varias posibles salidas y Sara redujo ante la indecisión de su compañera. En esto, sonó un móvil.

—¡Es el mío! —dijo Ylenia.

—¡Cógelo! ¡Y decídetelo pronto! ¿Por dónde vamos?

—¿Sí?

—...

—¡Cristian! ¡Oh, Cristian! ¡Teníamos razón, Mircea Balan es culpable! Asesinó a Catalin y acaba de matar a Lavinia. ¡Y también a **Ane-Marie**! Y a muchas mujeres más...

—¿...?

—Con una policía española, en una lancha motora, persiguiéndolo por el delta. ¡Debemos impedirle cruzar a Ucrania!

—...

—¿Dónde estamos? En Lacul Nebunul, pero no recuerdo cómo salir al brazo de Chilia...

—...

—¡Oh, gracias! —le indicó a Sara el canal del medio y ésta aceleró cuanto pudo.

—...

—¡Te pierdo, tengo que dejarte! —tiró el aparato al suelo y señaló con la mano—. Izquierda, derecha, izquierda.

Alcanzaron el canal grande a tiempo de verle pasar como una flecha. Muy a lo lejos, detrás de él, se escuchó una sirena sin que llegaran a avistar barco alguno.

—¡Es la policía! ¡Debió de avisarles Razvan!

—¡No le darán alcance, Ucrania está ahí enfrente! —gritó Ylenia.

Exactamente hacia donde Mircea se hallaba girando desde el centro del río. Apenas unos metros lo separaban de la tierra. Si lo conseguía, se les habría escapado para siempre. Sara bajó la palanca con todas sus fuerzas, tenía que intentar alcanzarlo. Con un petardeo característico el motor se caló.

—¡Mierda! —exclamó consternada.

La patrullera no se vislumbraba y Mircea estaba cada vez más lejos de su alcance y más cerca de lograr su objetivo. Maldijo al comprobar el indicador del depósito de fuel, vacío. Movié frené-

ticamente la palanca y, al dar la persecución por perdida, sacó su arma. Intentaría herirlo por lo menos, detenerlo hasta que llegara la guardia fronteriza. De repente, un rugido acercándose, aquel ruido procedente de la nada echándoseles encima. Se volvieron instintivamente a tiempo de ver una sombra, veloz como la trayectoria de una bala, que las sobrepasaba. Atónitas, contemplaron cómo una lancha con el motor a todo trapo, erguida su proa como una bandera en el campo de batalla, cruzaba embalada el Danubio hasta estrellarse contra el barco de Mircea, al fin detenido en la orilla.

—¡Cristian! ¡Noooooooo! —gritó Ylenia al reconocer a su ocupante.

La explosión suicida levantó un huracán de árboles y agua sobre la columna negra de humo alzada por el fuego. Balan salió despedido a tierra convertido en una antorcha y sus gritos se apagaron antes de dejar de mover los brazos. El olor a carne quemada duró poco, absorbido por el del petróleo en combustión. La corriente arrastró su barca por delante del apocalíptico escenario, permitiéndolas contemplar el desastre desde todos los ángulos. Las dos iban agarradas a la borda, boquiabiertas, lívidas. Un plástico arrancado de uno de los cascos voló hasta ellas y cayó al agua delante de sus narices, sacándolas del estupor en que se hallaban sumidas.

—No puedo creerlo... Cristian... —musitó Ylenia sin apartar la vista, meneando la cabeza incrédula.

—¿Por qué lo ha hecho? —preguntó Sara conmovida.

—Se la tenía guardada hace muchos años... arruinó su vida y la de toda nuestra familia... —se giró hacia ella—. ¿Cómo una persona puede ser tan mala?

—Hay gente mala, pero también buena. Algún día encontrarás a alguien... alguien que te quiera... —tragó saliva sin atreverse a continuar, temiendo no fuera el momento adecuado.

—¡No pienso mirar más a un hombre en mi vida! —negó furiosa con un severo gesto de rechazo.

—Me tienes a mí... yo... —impelida por una mezcla de ternura y deseo, Sara le ofreció emocionada el abrigo de sus brazos protectores e Ylenia se refugió en ellos sin dudarlo. Sara la apretó contra su pecho desesperadamente y, al percibir su entrega sin reticencias, se hundió en el universo cálido de su cuello, sintiendo cómo una ola desbordaba sus diques de contención, cómo crecía arrolladora la esperanza en su interior. Y no pudo evitar darle, con el pensamiento, un buen corte de manga a Antonio.

